

Kobo Abe

LOS CUENTOS SINIESTROS

Traducción de Ryukichi Terao
Prólogo de Gregory Zambrano



Lectulandia

Kobo Abe es sin lugar a dudas uno de los autores más deslumbrantes de la literatura universal y uno de los renovadores de la literatura japonesa del siglo xx junto a Yukio Mishima y Kenzaburo Oe.

Los cuentos siniestros es una selección de sus relatos escritos en las décadas de 1950 y 1960. Traducidos por primera vez al español y directamente del japonés, estos cuentos siniestros son una muestra de lo mejor de su obra, ubicada entre los intrincados mundos kafkianos y las antiutopías de Philip K. Dick.

Lectulandia

Kôbô Abe

Los cuentos siniestros

ePub r1.0

gertdelpozo 16.02.14

Título original: *Los cuentos siniestros*

Kōbō Abe, 2011

Traducción: Ryūichi Terao

Editor digital: gertdelpozo

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Prólogo Los cuentos siniestros de Kobo Abe

Atraído por las transformaciones que el lenguaje literario había comenzado a mostrar en Occidente después de la Segunda Guerra Mundial (desazón, desencanto, incertidumbre eran las claves), Kobo Abe se dedicó a explorar en tradiciones ajenas a las suyas. Sus novelas y cuentos plantean una estética que si bien no rompe con su tradición, sí se distancia de ella para explorar no solo puntos de vista sobre el ser japonés y su lugar en la cultura, sino para indagar, de manera aguda, en los misterios de la psicología del hombre contemporáneo.

Si bien Abe es heredero de una tradición que se reconoce en la obra de Junichiro Tanizaki (1886-1965), Ryunosuke Akutagawa (1892-1927) y Osamu Dazai (1909-1948), es un perfecto contemporáneo de Yukio Mishima (1925-1970) y Kenzaburo Oe (n. 1935), a cuyos nombres está profundamente ligado en tanto renovadores de la literatura japonesa del siglo xx.

En el ámbito de la lengua castellana la obra de Abe se conoce sobre todo por sus novelas *La mujer de la arena* (*Sunna no onna*, 1962) y *El rostro ajeno* (*Tanin no kao*, 1964), ambas premiadas y llevadas al cine. En 2010 se publicó en España *Idéntico al ser humano* (*Ningen sokkuri*, 1967). Las tres novelas rielan sobre temas que son recurrentes en el autor, entre ellos la identidad, la soledad, el miedo y la alienación. Sin embargo, en español poco se conocen sus relatos breves; algunas traducciones, publicadas en revistas y suplementos, dejan ver la riqueza de su lenguaje y ese estilo tan personal que se desplaza por caminos sofocantes y abismales. Sus relatos breves apelan a temas vinculados con la alienación, la metamorfosis, el humor y el absurdo; un grupo importante de sus narraciones se ubican dentro de la ciencia ficción, llamada por él mismo *ficción científica*, sobre lo cual escribió diversos artículos teóricos e interpretativos. Otra veta se puede hallar en estos «cuentos siniestros», que proponen un lenguaje desnudo, directo, desprovisto de artificios retóricos para así sostener la tensión narrativa sobre una atmósfera de precariedad.

Sus ejes narrativos son, principalmente, la imaginación llevada al punto límite de lo inverosímil, la malignidad, los espacios fantasmagóricos, los tiempos condensados, y un conjunto de juegos irónicos que confrontan a los personajes con su entorno. Estos personajes son sujetos solitarios, viciosos, errantes, dubitativos, perdedores, desempleados, apenas nombrados con una letra inicial. Todos se encuentran en conflicto con sus circunstancias y no pueden comprender cabalmente lo que sucede a su alrededor, en ese juego involucra también al lector. Los ambientes se cargan de sombras, los personajes se desdibujan como fantasmagorías y los diálogos se pueden tornar asfixiantes, inmersos en un clima de paradojas y acertijos. Esto y mucho más encontrará el lector en este conjunto de cuentos: «El pánico», «El perro», «El Grupo de Petición Anticanibalista y los tres caballeros», «El huevo de plomo», «La casa»,

«La muerte ajena» y «Al borde del abismo».

Un refinamiento verbal distingue sus formas expresivas, las cuales se reconocen en la austeridad de su prosa, pero a veces un prolijo ensamble de significaciones profundas y complejas sobre el destino del hombre señala otras búsquedas, mucho más audaces. Estas dieron a Abe la fama de ser un buceador en mundos oscuros, de perfilar sujetos extraños que se sumergen en situaciones inexplicables, movidas por el azar, si se les ve con un criterio unidimensional de realidad, acorde con el sentido común.

Lo exótico, o lo típicamente japonés que busca un lector acostumbrado a ciertos códigos de la literatura japonesa no hallarán aquí ninguna correspondencia. Entrar en el laberinto narrativo del autor significa comprender la realidad desde la dinámica producida en la cinta de Moebius. Las escenas por lo general se desarrollan en espacios signados por la opacidad y sus personajes pueden parecer fantasmas que merodean convertidos en corporeidades etéreas. Lo japonés queda circunscrito a ciertas atmósferas ceñidas a elementos distintivos, por ejemplo, el tamaño de las habitaciones de las casas se determina por el número de tatamis, y hay alusiones al sake y otros tópicos gastronómicos.

Kobo Abe nació en Tokio, en 1924 y falleció en la misma ciudad en 1993. Pasó parte de sus años de formación en Manchuria, adonde su padre fue enviado a trabajar cuando Japón ejercía el control militar de aquellos territorios del noreste de China. Luego cursó estudios de Medicina en la antigua Universidad Imperial de Tokio, donde alcanzó el grado académico pero no llegó a ejercer la profesión. La literatura ganó para siempre su vocación, no obstante, el lenguaje de las ciencias exactas aparece con frecuencia en la argumentación de muchos de sus personajes; en ello basa también la presencia recurrente de silogismos, axiomas y paradojas, que dan a su lenguaje literario una atmósfera de abstracción o de cavilación futurista.

En su juventud acogió los postulados del marxismo, que determinaron su militancia política, sin embargo, su expectativa comunista se fue apagando en la medida en que comenzó a decepcionarse ante el acoso a la libertad de creación y la violación de los derechos humanos en el entorno soviético. Fue expulsado del Partido Comunista Japonés. No solo su postura personal es crítica, sino también algunos de sus personajes cuestionan la farsa del mundo fabuloso —en realidad policial, ineficiente y, en definitiva, totalitario— que pretendía legitimar el realismo socialista. La visión de Abe es crítica porque no cree en las falsas utopías; prefiere retratar al hombre ordinario, sometido a los azares de la incomunicación, la incompreensión y la parálisis que producen la duda y la incertidumbre.

En sus años de formación Abe leyó autores cuyas obras rompen con los patrones de la literatura realista, y cuestionan la dependencia del hombre con su entorno. Se aficionó a las lecturas de Kafka, Camus y Becket, entre otros autores, y quiso asumir

la fuerza creativa que tiene la literatura para hacer creíbles otros mundos posibles. Esa fue una de sus principales búsquedas; en ello también se le puede vincular con la obra de su contemporáneo Gabriel García Márquez, cuya saga macondiana llegó a ejercer en él cierta fascinación.

Los ingredientes que Kobo Abe mezcla para construir sus ficciones se decantan en un espacio y un tiempo difusos; los personajes suelen ser inasibles y la tensión de su discurso busca generar una sugestión en el lector. Ante un ejercicio de imaginación desbordada el lector no puede más que dejarse seducir por la argumentación de los personajes, el humor o la disquisición de sus narradores, demasiado atentos a los detalles.

Como hemos afirmado, el mundo narrativo de Abe crea una atmósfera de sombras, acertijos y paradojas, al mismo tiempo que propone al lector una especie de irrupción vertiginosa en mundos no convencionales, con desenlaces inesperados.

En el conjunto de relatos reunidos en este volumen el lector podrá apreciar una muestra de estos elementos que confirman por qué Kobo Abe es uno de los autores clásicos de la literatura japonesa del siglo xx. La traducción, hecha directamente del japonés por Ryukichi Terao, catedrático de la Universidad Ferris de Yokohama, institución que ha apoyado la edición de este volumen, confirma esa condición inherente a la originalidad narrativa de Kobo Abe, quien también incursionó en la poesía y se destacó ampliamente en la dramaturgia.

GREGORY ZAMBRANO, abril de 2011.

El pánico (1954)

Cada vez que lo recuerdo, me invade el arrepentimiento. Tuve mi oportunidad, tal vez una oportunidad única, pero mi prejuicio no solo me impidió aprovecharla para conseguir el empleo ideal, sino que también me convirtió en sospechoso de un homicidio, y por eso fui enviado al tribunal. Por tomar al pie de la letra el refrán que dice: «mala experiencia ajena es lección buena», debo dejar esta crónica como una advertencia para quienes estén desempleados en la actualidad o desesperados por lo tedioso de su presente.

Todo comenzó a la salida de la oficina de empleos. La desolación se leía en mi rostro. Estaba deprimido, y con razón, pues lo único que me habían ofrecido en la oficina era un miserable puesto como asistente en una peluquería. Dicho sea de paso, soy un hombre de treinta y dos años de edad, un poco flaco pero sano, sin ningún defecto físico. De ideas conservadoras, y honesto por naturaleza, amo el trabajo manual y he terminado los estudios humanísticos en un colegio superior. Mi único punto débil consiste en mis ojos, miopes desde hace poco, pero esto no es un problema realmente, solo necesito algo de dinero para comprar unos lentes. Una vez me dijeron que padecía de una enfermedad congénita que me impide consumir demasiadas vitaminas, pero de todas maneras esto no llega al grado de ser un obstáculo para obtener un empleo decente. Realmente, el puesto de asistente en una peluquería me pareció humillante...

—No te dieron un buen empleo, ¿verdad? —me dijo un hombre, que permanecía mirando hacia la puerta, con un cigarro entre los labios y un pie sobre el porche, como si estuviera al acecho de alguien, y enseguida se puso a caminar a mi lado. Iba a seguir de largo al suponer que me tomaba por otra persona, pero el hombre se rio, ofreciéndome una cajetilla nueva de cigarros—. Mira, yo estoy a cargo del reclutamiento de candidatos para trabajar en Comercio Pánico, y tú me pareces una persona ideal para nuestra empresa. ¿Por qué no vas a la prueba?

Recobré repentinamente el ánimo, como si me hubiera cambiado de camisa, y asentí varias veces sin poder formular una sola frase, atragantado por una sensación de júbilo excesivo. Al darse cuenta de mi estado, el hombre me entregó una hoja de papel y se fue sin rumbo, saludando apenas con una mano. Me senté bajo la sombra del pino plantado frente a la entrada de la oficina y me dediqué a completar la hoja.

Formulario de solicitud para la prueba de Comercio Pánico S.A. (Num. 84)

Tenía una serie de columnas para indicar los datos:

edad, antecedentes, pasatiempo, especialidad, deseo

(Nota. No hace falta colocar ni el nombre ni la dirección. En cuanto a la última columna, «deseo», exprese con toda confianza, a mayores detalles, mejor resultado).

En el reverso decía:

Al terminar de llenar las columnas, guarde este formulario en el bolsillo del pantalón y vaya a las ocho de la noche al sitio indicado en el mapa de la izquierda para buscar al señor K, a quien identificará por las gafas de montura blanca, la chaqueta azul y una herida en la mejilla izquierda.

(Nota. Obedezca la instrucción. Fuera de las respuestas estrictamente necesarias, no diga nada más). Nuestra empresa maneja casi todo, salvo electricidad, agua y gas. Una vez empleado, le explicaremos los detalles, pero nuestra administración sigue el último modelo de la teoría moderna. Entienda que todos los datos son confidenciales para evitar la copia ilegal de otras empresas. Le deseamos la mejor suerte y el mayor éxito en la prueba.

El mapa estaba dibujado con lápiz. Parecía variar según el formulario. El sitio indicado era un bar, el Pez Volador, de la zona comercial que está en la salida Este de la estación I, sí, recordaba haber ido ahí una vez. No creí necesario explorar la zona de antemano, pero tenía el temor de violar la confidencialidad requerida en el formulario si sucumbía ante el deseo de comunicar esta buena nueva a mi esposa cuando estuviera en casa; debía matar el tiempo hasta las siete pasadas, no sé si entrando al cine o jugando al pachinko.

Sonaría exagerado si dijera que es una buena noticia, puesto que ustedes no conocen el estado de ánimo que yo tenía en ese momento. Desde luego, el asunto no dejaba de parecerme extraño. ¿Quién se atrevería a decir «una persona ideal» a un desconocido? ¿Por qué no exigían ni el nombre ni la dirección en el formulario? Pero un desempleado confía con facilidad en gente extraña: también me gustó mucho el nombre extranjero de la empresa, Pánico; las frases extrañas del formulario tenían una resonancia majestuosa; el hombre que me dio el formulario me parecía muy simpático y pulcro. No sabría explicar en qué consistía su pulcritud, solo creo que me dejó una impresión fantasmal. En fin, tuve confianza en que el hombre jamás se aprovecharía de mi desdicha.

Entré al Pez Volador a las ocho en punto. K era un hombre cuarentón de cutis

blanco, con cejas gruesas y ojos hundidos; se destacaba notablemente entre otros dos clientes que lo acompañaban. Cuando le pregunté si era el señor K, me invitó a su lado y me ofreció sake, con una sonrisa de oreja a oreja, como si fuéramos viejos amigos. Me decepcioné al ver que ya estaba bastante embriagado. «Qué desafortunado soy, ya se vino abajo este empleo por causa de este tipo, que parece más bien un inspector degradado. Mejor hubiera ido a la peluquería», dije para mis adentros. Quise rechazar el sake que me ofrecía, mirándolo a la cara con un gesto severo, pero K insistió con un murmullo, como si tratara de cumplir una promesa. Ante su enfática insistencia, no tuve más remedio que aceptarlo.

Yo estaba en ayunas, y el sake surtió un efecto inmediato. K estuvo conversando todo el tiempo con una mujer que estaba del otro lado, sin abordar nunca el tema de la prueba. Quise hacer algo, pero de pronto me sentí embotado. De ahí en adelante, sólo me acuerdo de algunos fragmentos incoherentes. K cantó, y yo lo acompañé. La mujer se rio, y me reí también. K me despegó de la mesa. Escuché un ruido de la puerta automática, y ya, ahí se acaba mi recuerdo. Nunca me he emborrachado tanto como esa vez, ni antes ni después.

Me desperté al amanecer. Justo al otro lado de la ventana se veía una maraña de cables, y cruzó el primer tren de la mañana con un ruido que estremecía la pared. Al desaparecer, el tren dejó una bruma azulada en la ventana. Parecía la habitación de un departamento. Me encontraba acostado sobre el tatami con la cabeza junto a la ventana. ¿Qué me habría pasado? Sentí la cabeza pesada como si me hubieran inyectado alquitrán, y me ardía la boca, que estaba completamente seca por dentro. Me acordé vagamente de lo que había pasado la noche anterior. Quise levantarme, y al rozar mi cuerpo, sentí algo viscoso en la palma de la mano. También había algo metálico y resistente en aquel líquido pegajoso.

Prendí la luz, y la apagué inmediatamente. No podía creer lo que había visto en ese instante. Sangre... sangre... sangre... Era sangre lo que tenía en mi mano. Empapado en sangre, desde las mejillas hasta el cuello, K permanecía acostado con la cabeza pegada a la pared, en ángulo vertical hacia donde yo estaba. Una navaja ensangrentada se veía entre el cuerpo de K y el mío. Sentí que se congelaba el aire hasta transformarse en un material vidrioso. Me quedé inmóvil, con la respiración entrecortada. ¿Qué había pasado?... ¿Por qué todo esto?... De pronto recuperé la página perdida de mi memoria. No, todo esto no tenía nada que ver conmigo, había que huir, eso era todo. Me lavé las manos en el lavabo tratando de quitar la sangre y me fui sin perder tiempo. Al dar la vuelta a la derecha en la segunda esquina, me encontré con la salida Oeste de la estación I, del lado opuesto al Pez Volador. Entré en la estación sin que nadie me viera. Al comprar el pasaje, noté que aún tenía rastros de sangre en mis manos. Saqué el pañuelo para taparme la nariz y traté de simular una hemorragia. Fue una acción torpe, instintiva como la de una bestia. Me di cuenta

demasiado tarde, cuando ya viajaba en el tren, de que ni siquiera me había traído la navaja para no dejar una evidencia tan clara.

Las preocupaciones seguían, una tras otra. Mejor hubiera borrado mis huellas digitales; hubiera requisado el cuerpo de K para despojarlo de su identificación; hubiera cerrado el departamento con la llave —que estaba insertada en el gozne interior— para que no detectaran tan fácilmente el cadáver; hubiera desplazado el cuerpo más hacia el interior para que no lo pudieran ver a través de la ventana. Al percatarme de que había perdido el formulario guardado en el bolsillo del pantalón, me desesperé al grado de quedarme paralizado, como si estuviera muerto... Ya no me quedaba nada por hacer.

Cuando regresé a casa, me desplomé en el futón, sin ánimo para responder a las preguntas de mi esposa, y quise dormir hasta el mediodía. Cuando desperté, ella armaba una maqueta de papel, fijándose en las que vienen impresas en esas revistas que reparten en las clínicas ginecológicas. Seguro creyó descubrir algo absurdo en mi actitud, ya que no quiso dirigirme la palabra y tenía un gesto de fastidio. Me alivié al ver que no sospechaba nada, y luego tomé una cantidad exorbitante de agua, pensando para mis adentros, que ella no me comprendería, de ninguna manera, mientras yo me encontraba en una situación tan desesperante. Tomé casi un litro. «¿Y ahora qué vas a hacer?», me encaró de repente. «Qué sé yo», le respondí en mis pensamientos, calculando silenciosamente la necesidad de contar con su cooperación para inventar una coartada. En un momento pensé que me convenía contarle todo, pero luego se me ocurrió que lo mejor era quedarme callado para no generar más sospechas. Al permanecer silencioso durante un largo rato, me dormí de nuevo sin darme cuenta.

Me desperté ya muy avanzada la tarde. Mi esposa no estaba en casa. Busqué comida en todos los rincones sin resultado alguno. Acosado por una pequeña lámpara imaginaria que parpadeaba en el interior de mi cerebro, sufrí un retortijón en el estómago. Maldije con los dientes rechinantes a K por haberse emborrachado tanto y haberme dado algún motivo para matarlo. Fui a la casa de un vecino para leer el periódico vespertino. Leí tres periódicos distintos, pero no encontré noticias sobre el homicidio sucedido a la salida Oeste de la estación I. Sentí un alivio efímero hasta que me entró la sospecha de que todo esto formaba parte de alguna trama muy bien planificada.

Al tantear en el bolsillo en busca de un papel para sonarme la nariz, encontré dos billetes arrugados de mil yenes cada uno. O sea que había matado a K solo por robar estos miserables dos mil yenes. Con esa prueba ante mis ojos... ¡carajo, me arruiné la vida por dos mil yenes!... Sí, nada menos que la vida entera... ¡Mierda! Me horroricé. No pude controlar el temblor del cuerpo.

Sin esperar a que volviera mi esposa, me fui a una zona abandonada después de

haber viajado más de media hora en tren, luego saqué un billete de mil yenes para comprar una cajetilla de cigarros y el otro lo gasté en un restaurante de soba. Al regresar a mi vecindad, me di cuenta de que alguien me seguía. Seguro era el mismo hombre con aspecto de estudiante que se encontraba en el restaurante. No fui a mi casa directamente y anduve sin rumbo durante casi una hora. Después de confirmar que ya nadie me seguía, regresé y entregué a mi esposa, casi tirándoselos, los nueve billetes de cien yenes. Ella solo me miró, estupefacta. Salí a la calle nuevamente, y me puse en marcha sin saber a dónde dirigirme. Vi dos películas, cené en un puesto ambulante y pasé la noche en una posada del barrio A.

Al amanecer, me encontré más solitario que nunca. Una extraña lucidez me hacía sentirme un hombre completamente distinto de lo que había sido el día anterior. La luz me enceguecía. Ya no me servía la rutina, que antes era mi refugio. El dinero que me quedó después de pagar la posada, setecientos veinte yenes en total, era el único lazo que me ataba al mundo circundante. Un resquicio en una valla, una salida inesperada, una callejuela, cualquier hueco me infundía terror. Me hacía falta una valentía enorme para decidirme a cruzar cada una de las calles. Todas las vías parecían conducirme a las puertas del infierno.

Mi estado físico era deplorable; todo mi cuerpo era una maraña de hilos enredados. Compré cinco periódicos diferentes. Sin embargo, tardé bastante en reconocer que solo buscaba noticias sobre el homicidio. Tampoco encontré nada en relación con K esa mañana. Tardé otro rato en saber que ya no tenía nada más que leer. Pedí cualquier cosa en un comedor popular para saciar el hambre. Me di cuenta de que seguía tratando de comer cuando ya no había nada en el plato. Todo esto incrementó aún más mi pavor. Pensé irme a un sitio donde me dejaran estar tranquilo, donde no tuviera nada que hacer. Entonces caminé sin rumbo, en busca de algún refugio, sin encontrar nada.

En la tarde, me dirigí a la misma posada del día anterior. Al recordarlo ahora, me parece que daba vueltas alrededor de un solo punto pese a mi voluntad de huir. En una esquina cerca de la posada, me di cuenta de que me seguían la pista de nuevo. El sospechoso se esfumó por una vereda que había entre los edificios. Seguramente me había estado vigilando todo el día. Ya completamente despojado de certeza para medir el tiempo, permanecí petrificado a la espera de mi perseguidor, pero jamás volvió a aparecer.

No habrá necesidad de relatar en detalle lo que hice durante los tres días siguientes. Me acostumbré con celeridad al nuevo hábito de vivir sin mi rutina. Llegué a odiar todo lo cotidiano, donde un acto sucedía como consecuencia del otro. Al aceptar esa temible rutina, me vi obligado a estar consciente del homicidio cometido, y lo recordaba obsesivamente. Solo un hombre feliz sería capaz de soportar

esa clase de tortura. Quería desbaratar la realidad en pequeños fragmentos, tal como yo mismo me encontraba.

Empecé a robar siguiendo un impulso natural. Después todo fue pan comido. El espacio se llenó de tantas cosas, que me sentía vivir en la selva. Tanto el pasado como el futuro se escondieron detrás de lo material para dejar el presente en su estado más sencillo. A pesar de que el terror no disminuía nunca, estaba a punto de olvidar que era un homicida. Un par de zapatos al pasar frente a una casa... trescientos veinte yenes. Una boina olvidada en la rejilla del tren... cuarenta yenes. Dos libros de la librería de usados... sin precio. Una pañoleta de otro huésped de la posada... para mi uso personal. Un par de zapatillas en el patio de una escuela primaria... diez yenes. Una manta que permanecía colgada de noche en el tendedero... ciento ochenta yenes. Quinientos cincuenta yenes en total en los tres días.

De vez en cuando me sorprendía repitiéndome silenciosamente: «¿Por qué, por qué?». Y me sentía tan desolado al acordarme de mi esposa que me daban tremendas ganas de llorar. Sin embargo, el resto del tiempo estaba insensible como una piedra. Mientras tanto, el periódico guardaba silencio sobre el homicidio.

... Al cuarto día.

No pude dormir debido a la preocupación que sentía por mi esposa. Como los pobres no confiamos en la autoridad, no había riesgo de que ella reportara mi caso a la policía, pero, al menos, quería entregarle algo de dinero. Extrañamente, me sentía obligado a hacerlo. Se me ocurrió un plan para robar zapatos, que eran la presa más fácil y me reportaba mejor rendimiento económico. Con tres pares sumaría más de mil yenes.

Desde el día anterior, ya tenía en la mira una casa que se veía tan lujosa desde afuera. Unos cuántos zapatos menos no iban a causarles un daño significativo a sus dueños, y su jardín descuidado indicaba un acceso bastante fácil. También juzgué conveniente la altura del muro que protegía muy bien el zaguán de las miradas indiscretas. Alrededor de las diez di unas vueltas al frente de la casa. La ventana que había encontrado abierta en la primera vuelta estaba cerrada en la segunda. Me atreví a irrumpir en la tercera vuelta. Un perro confiado se me acercó moviendo amistosamente la cola. Afuera del zaguán estaban apiñadas unas cajas vacías y había un montón de sillas destartadas.

La puerta estaba medio abierta. Al abrirla más para ingresar al interior, el perro lanzó un chillido agudo, luego ladró un poco, pero huyó espantado hacia las cajas apiladas al ver mi puño amenazante. Tomando precaución para poder marcharme a la carrera en cualquier momento, permanecí con los oídos atentos, pero no percibí ninguna presencia humana. Me metí sigilosamente con el cuerpo ladeado. Vi zapatos verdes con tacones altos, y botines negros, sucios y tirados en desorden. Percibí un aire oloroso a tierra mojada.

Se escuchó encima de mi cabeza el grito terrorífico de una mujer. Al voltearme, vi un rostro. Tenía las fosas nasales excesivamente grandes y los labios pintados de profundo carmesí; era una mujer cuarentona que gritaba como idiota, medio agachada, con los puños entrelazados sobre el pecho, sacudiendo su cabello desgreñado. Dejé los zapatos. Busqué la puerta procurando una vía de escape. La mujer no dejó de gritar. Me horroricé en el mismo instante. Un machete que estaba apoyado contra la pared se reveló ante mis ojos. Lo tomé en mis manos, diciéndole a la mujer con voz ronca: «¡Deja de gritar!». La mujer tembló, subiendo aún más el tono de sus gritos. Le lancé el machete, que se quedó clavado en medio de su rostro. El perro, que se le había acercado sin que me diera cuenta, empezó a lamer la sangre derramada sobre la cara de la mujer. Me dio asco, y vomité poniéndome en cuatro patas. Quería vaciarme por completo.

—Apúrate, hermano —me dijo alguien, sacudiéndome con una mano colocada sobre mi hombro. Era mi perseguidor. Me resigné a todo, pero el perseguidor sonreía—. Apúrate —me repitió, tomándome por el brazo, y me enseñó un envoltorio hecho con una pañoleta, que contenía los zapatos.

No entendí nada. Seguí sintiéndome como una piedra que se precipitaba sobre la barranca. El perseguidor se volteó hacia el jardín desierto cuando atravesó la puerta, hizo una reverencia y dijo con voz nítida: «Disculpen la molestia». Un hombre desconocido que pasó por casualidad siguió de largo sin dirigirle siquiera la mirada.

El perseguidor me llevó al mismo departamento, cerca de la estación I. Esfumado el último pedazo de esperanza, me sumergí en un pozo hondo y oscuro ante la convicción de que se trataba de una investigación policial. Reconocí la habitación en que había matado a K. Un cuarto deprimente y sin muebles. Mientras pensaba que nadie lo alquilaría después del homicidio, bajé titubeante la mirada al piso de tatami y encontré manchas negras que parecían absorberme como cuevas insondables. Me agarré a la pared para evitar la caída.

El perseguidor se lavaba la cara. Pensé en que tal vez me quedaba una sola salida. Avancé sigilosamente hacia su espalda, cuando el hombre se volvió de golpe y sonriente, se haló el cabello para despegarlo de su cabeza. Por debajo se asomó el cuero cabelludo, donde relucían algunos pelitos crespos. Sacó las gafas de montura blanca para colocárselas con parsimonia. Era K.

—Bien hecho —se rio K.

No pude mantenerme en pie pues las rodillas me temblaban. Me desplomé apoyado contra la pared. K se sentó a mi lado como para consolarme y lanzó una bocanada de humo hacia arriba.

—Aprobado, hombre —me dijo, dándome una palmada en el hombro—. Todo esto formaba parte de la prueba. Los hombres sin vocación se hubieran entregado fácilmente a la policía. Nadie les haría caso, desde luego. Has mostrado una notable

madurez. Te acostumbraste rápido a la vida fuera de la ley. Vas a trabajar de aprendiz conmigo durante un mes. Te iré explicando más en detalle la organización de la empresa. Seguro vas a tener buena promoción, ya que has cometido hasta un homicidio durante la prueba. El sueldo de aprendiz es de ocho mil quinientos mensuales, y ahora mismo te voy a dar la mitad. Pronto tienes que aprender de memoria esta libreta de instrucciones y el glosario de la empresa, que está en el reverso. A las ocho va a ser la entrevista de los nuevos miembros con el gerente, que te va a entregar la insignia de la compañía. Por el momento no hay nada más que hacer, así que relájate, puedes dormir la siesta si quieres. Literalmente estás en tu casa, porque de ahora en adelante este departamento estará a tu disposición. Bueno, yo me retiro con tu permiso. A las siete y media vengo a buscarte...

—Pero qué prueba tan terrible —dije como ahogado—. Hubiera podido evitar todo esto si me lo hubiera dicho antes. Aunque tenga un puesto fijo, no podré estar tranquilo con el miedo de que me puedan detener en cualquier momento. Yo soy el auténtico homicida al fin y al cabo. Qué crueldad.

—No te preocupes —se rio K—. Vamos a inventar algún sustituto. Hay varios empleados nuestros en la policía, que se encargarán de poner todo en orden. Dedícate a tu trabajo, que, una vez aprobado, estarás a bordo de un barco seguro.

—¿En qué consiste el trabajo?

—En una palabra, se trata de robar.

—¡No, qué va! —me levanté sobresaltado—. Me pareció extraño desde el comienzo. ¡No, yo reniego de semejante barbaridad! —me fui a la carrera, tirando el dinero recibido. K me siguió para hablarme.

—Te vas a arrepentir. Sin protección de la empresa, te van a agarrar sin falta dentro de ocho horas. ¡Por homicidio, para colmo! Te van a condenar a la horca, te lo advierto...

Corrí a ciegas. No era la primera vez que me arrepentía. ¿Acaso no me arrepentiría de haberme incorporado a una empresa de ladrones?... Pero me fui calmando a medida que se me cortaba la respiración. Sentado en un depósito de madera, asenté mi cabeza entre las dos manos. Supe por primera vez que la cara también podía temblar. Comercio Pánico... robar... la empresa... Por mínima que sea, yo también tengo dignidad. Sé que he cometido robos insignificantes, pero fueron tan solo intentos para que me dieran algo de comer... ¡Qué empresa tan descarada! Yo merezco algo más decente. Sin embargo, no podía estar seguro del todo. Me encontraba inquieto como si no me ubicara en un sitio fijo. Metí los dedos en el bolsillo y encontré la libreta de instrucciones que me había dado K. La empecé a leer como suplicando un auxilio. Luego de la introducción decía: «El fundamento ideológico de nuestra empresa consiste en las siguientes frases conocidas de Marx», se citaba un fragmento, levemente modificado, de la teoría del valor agregado (esto

me lo enseñó después un policía amable):

Los criminales no solo producen crímenes sino códigos penales, por eso existen los textos didácticos, que se publican con el fin de que los profesores de derecho penal puedan vender sus cursos como mercancías. Como afirma el célebre profesor Rocher, esos textos constituyen, aun cuando se escriban como una mera distracción personal de esos profesores, aportes al enriquecimiento nacional.

Los criminales también producen jueces, oficiales, policías, verdugos y jurados. A su vez, estos profesionales inventan nuevos métodos para desarrollar capacidades inherentes en la mente humana para así satisfacer deseos constantemente renovados. Piénsese tan solo en la tortura, por ejemplo, que ha logrado estimular el proceso de mecanización y subyugar a los trabajadores manuales a la labor productiva.

Por otro lado, los criminales producen, según la circunstancia, impresiones morales o trágicas, cultivando así el sentido estético del pueblo. De esta manera, los criminales ofrecen tanto diversiones como actividades artísticas en una sociedad cada vez más monótona.

Los criminales hacen aportes enormes a la producción global. Los ladrones desarrollaron el mecanismo de las chapas y los falsificadores de monedas la técnica de impresión de billetes. Los estafadores crearon la demanda de microscopios. Por eso, los criminales son indispensables en la sociedad.

Aquí fundamos Comercio Pánico con el objetivo de sistematizar los crímenes y así acelerar el proceso de desarrollo social. Esperamos que, con base en este principio, todos nuestros empleados colaboren orgullosamente con el aumento de la felicidad social.

De repente se me cruzó una sombra negra delante de los ojos. De los dos lados me agarraron por los brazos con una fuerza arrolladora.

—Ven, acompáñanos al cuartel, por favor —se escuchó una voz melindrosa cuando me pusieron las esposas.

Les argumenté, con los datos sobre el departamento, que yo era un empleado de Comercio Pánico y traté de convencerlos de mi inocencia. Los policías me acompañaron al departamento sin soltar ninguno de mis brazos. El administrador del edificio no me reconoció, diciendo que ese departamento estaba desocupado. Gentilmente, los policías esperaron hasta las ocho en la entrada del edificio. K no apareció. Los policías me golpearon y me esposaron de nuevo. Mi mujer, que acudió ante la petición de la autoridad, comenzó a llorar y a dar gritos al verme. No tuve más remedio que confesar todo. Sin embargo, jamás lograron confirmar la existencia de Comercio Pánico. Además, como cosa extraña, se me había desaparecido la libreta, que era la única evidencia de la empresa. Ya no me esforcé más.

... Aunque esto no deja de ser una mera conjetura mía, mantengo secretamente la sospecha de que al menos uno de los dos policías que me detuvieron era empleado de

Comercio Pánico.

El perro (1954)

Yo odio los perros. A mi modo de ver, ellos reflejan la vulgaridad humana con fidelidad y verlos me produce un asco irrefrenable. Los dueños de los perros me repugnan aún más. Comprendo a la gente que cuida los perros con algún objetivo específico, tal como sucede con los pequeños productores, que los mantienen por necesidad laboral, sea para vigilar las ovejas o para transportar los trineos, pero no soporto a esos seres pretenciosos que los tienen solo para amarrarlos al porche de sus casas miserables; esto, para mí, no es sino un síntoma de la degeneración humana.

Lo que le sucedió a S también fue un caso ilustrativo. Claro, me refiero al joven pintor S... ¿No lo conoces? ¿Nunca te han contado del hombre devorado por su propia mascota? Me atrevo a decir que él mismo se lo buscó; al menos, no lo compadezco de ninguna manera.

Conozco todas las peripecias desde el inicio. De hecho me opuse a su matrimonio. Creo que fue a principios de febrero, hace como tres años, un día en que hizo mucho frío después de una tremenda nevada. Casi al mediodía, llegó S, emblanquecido por completo. Entró a mi casa con el periódico, que por mi pereza no había ido a recoger del buzón. Al recibirlo, sentí un aire glacial que se colaba entre los pliegues del diario. Se me ocurrió pensar de manera inmediata que algo raro le había pasado. A decir verdad, S nunca me cayó bien, pero eso ya no me importa a mi edad. Le ofrecí un té, y luego nos sentamos en silencio con una estufa de por medio.

Se le ondularon los vellos sobre las mejillas como las alas de un insecto. Pensé que me iba a decir algo, pero en cambio sacó del bolsillo una foto envuelta en un papel semitransparente; vi una mujer bella, pero de expresión rencorosa, tendría alrededor de veintitrés años de edad, sentada de lado con las rodillas descubiertas que se salían por debajo de la falda. Cuando lo miré a los ojos a modo de interrogación, S sacudió afanado las manos delante de la cara y me dijo con voz de espanto:

—Me voy a casar con ella. —Y continuó—: Ya sé, por favor, no me digas nada.

Luego empezó a dar explicaciones detalladas:

—Ya sé lo que me quieres decir: esta mujer, que trabaja como modelo en el Centro de Investigaciones, donde dicto un par de clases a la semana, carece por completo de inteligencia y estética. Yo sé muy bien que no tiene ningún mérito como mujer. Sabes, yo estoy en contra de las modelos nudistas; a ella tampoco le dirigía la palabra. Sin embargo, era imposible evitarla del todo, pues era la modelo predilecta del joven F, de la famosa Asociación de Artes Realistas, y frecuentaba el Centro. La mujer solía vagar por ahí sin hacer nada en particular, escogiendo siempre sitios poco concurridos, tales como baños alejados o rincones ocultos, y parecía estar al acecho de algún estudiante que la abrazara al cruzarse. Cuando la tomaban entre los brazos,

ella alzaba las dos manos sobre su cabeza como para proteger algún adorno frágil y se entregaba sin resistencia, emitiendo risitas cosquillosas. Quizá te parezca estúpido, pero los muchachos del Centro se acostumbraron a abrazarla así. Desde luego, fue F quien estableció este hábito, con el argumento de que se trataba de un entrenamiento diario, necesario para cosificar el cuerpo humano, es decir, para convertir a la mujer en una verdadera modelo. Yo no estaba de acuerdo. A mi modo de ver, su método no era más que una forma de corporeizar el objeto. Creo que el fauvismo no prosperó por esta misma razón. Los estudiantes se enloquecieron al tratar de entrenar a la mujer y se descuidaron de su propio entrenamiento artístico.

»Al principio yo propuse la destitución de la modelo. Sin embargo, los muchachos quisieron conservar el mismo hábito con las nuevas modelos, que desde luego huyeron espantadas una tras otra. Por eso fue que ella volvió. Con las caras fruncidas por la ansiedad, los estudiantes permanecieron al acecho para toparse a solas con ella; todo el tiempo andaban sin rumbo, con los nervios de punta para no perder la menor oportunidad de abrazarla. Cuando se encontraron tres compañeros por casualidad, empezaron a discutir con alboroto sobre la belleza de la modelo desde varios puntos de vista. Para colmo, todos perdieron el recato ante las miradas ajenas, fuera en un espacio público o a mitad de mi lección. Qué horror. Me empezó a angustiar el Centro; una vez adentro, me sentía como si el cerebro se me transformara en una masa de plomo, luego sentí la lengua adormecida, como si se tratara de un veneno. En varias ocasiones me petrifiqué delante de la pizarra, frente a los estudiantes que se mostraron indiferentes con todo; cuando no les tocaba el turno de abrazarla, se abstraían a su antojo frente a los lienzos, que permanecían interrumpidos durante más de tres meses con la tediosa rutina de pintar y borrar.

»Un día le pegué a un estudiante atrevido que trató de abrazar a la modelo en el mismo taller. El muchacho se envalentonó sin parpadear; al recibir otra bofetada, me acometió a puñetazos y resultó muy superior a mí en fuerza.

»Qué lío. ¿Qué significaba el arte para los muchachos? No se comportaban así en broma; al contrario, lo hacían todo en serio. Pensé que la culpa era de la mujer. Discutí una noche entera con F, enumerando los defectos de la modelo; primero le critiqué el mal gusto de vendarse siempre alguna parte del cuerpo, fuera el cuello, el brazo, la pierna o el muslo. Pero F me replicó:

»—Ella quiere pasar como enferma... aspira a ser un objeto abstracto, carente de vida productiva... ¿No te parece un caso ideal para tu estética?

»Entonces le respondí que en lugar de convertirse en un objeto abstracto, ella se vuelve un parásito con su sentimentalismo asqueroso; ¡cómo no se dan cuenta de que la están estropeando entre todos ustedes!

»—Cómo no —me respondió F sin retroceder—. Eso no importa de ninguna manera; yo no me fijo en la venda sino en su verdadera personalidad; en cambio, a ti

te llama la atención la venda porque solo te interesa lo carnal...

»Luego sostuvimos un debate intenso sobre lo que sucedería si pusiéramos aretes a la estatua de Venus, pero ambos nos agotamos antes de llegar a una conclusión. El siguiente tema fue el perro que cuidaba la mujer. Bueno, por ahora no te hablaré más de esto, pues de ahora en adelante tendré que explicarte los detalles. F me dijo al final:

»—Te has puesto demasiado sensible, quizá por neurastenia; ¿estás resentido conmigo en relación con ella?; en tal caso, dímelo con toda franqueza.

»Cuando quise marcharme del taller, tropecé con una silla. Al salir al corredor, algo se me enroscó en los pies: era el perro de la modelo. Alcé la vista y me di cuenta de que ahí estaba ella, que había escuchado toda nuestra conversación. La interrogué por instinto: ¿qué haces aquí? Ya es muy tarde. La mujer emitió una risilla sofocada, ladeando su cuerpo con los brazos levantados, como si me hubiera detectado la intención de abrazarla. Avancé un paso para repetirle:

»—¿Qué haces aquí tan de noche?...

»Entonces me dijo con el pecho erguido:

»—Es que los estudiantes están al acecho a la salida.

»—Te acompaño —le dije, dando otro paso hacia adelante. Y terminé abrazándola.

»... No, por favor, no me digas nada. No me entenderás. Con ningún razonamiento lograrás que cambie de opinión. Ya es inevitable que me case con ella. Tengo plena conciencia de lo ilógico de este matrimonio, ya que, a diferencia de ti, siempre he sido célibe por principios. No he venido aquí para solicitarte una consulta psicológica. Sólo quería hablar contigo acerca del perro. Sé que odias los perros. Yo también, como tú bien sabes. Ahora, el problema es que la mujer dice que no se casará conmigo si no acepto al perro. Te imaginarás el dilema en que me encuentro, y me gustaría saber qué opinas tú...

Al escuchar todo esto, intervino mi esposa, que hacía rato había venido a cuidar el fuego de la estufa:

—Estarás muy inseguro al tener que escoger entre el amor y el perro.

—Efectivamente —dijo S con brío—. Desde luego, yo no confío en su cariño. Es una mujer tan egoísta que ni siquiera asume su personalidad frente a los demás. Es por eso que estoy atormentado; si no, hace rato me hubiera librado de ella. Para colmo, no se trata de un perro común, que se pueda soportar sin mayor dificultad, sino de uno que parece un gusano; tiene la cabeza gigantesca sobre el cuerpo estirado, siempre anda retorcido con un gesto de rencor. Intenta jugar con cualquiera que se le acerque, sacudiendo con fuerza la cadera entera sin cola, como si deseara partirla en dos. Con las patas traseras, que le saltan por el peso de la cabezota, hace piruetas en el aire. Realmente es un perro miserable, casi una basura.

”Y jamás ladra, fíjense; se limita a lanzar unos gruñidos, won-won o vau-vau, como los balbuceos de un sordomudo, y apenas chilla como un perro cuando siente la cercanía de las hembras. Claro, es macho. Me da tanta vergüenza que no soy capaz de mirarlo de frente. Tiene el rostro como el de una viuda vanidosa, con mechones caídos sobre la frente y siempre me encara resentido. No deja de vigilarme cuando estoy con ella, hagamos lo que hagamos. Le suplico que eche al perro, pero insiste en que se divierte más cuando ese animal la está viendo. Cuando le sostengo la mirada, el perro se deja caer sobre el piso con un chillido lastimero como si lo hubieran maltratado. Y no deja de lanzar esos gruñidos de espanto hasta que la mujer acude a su lado para acariciarle la cabeza. Puro simulacro. Qué odioso. Si hubiera sido un perro más común...

—Cómo no. Ha de ser un perro corriente, según lo que dices —le grité sin querer, subiendo el tono, golpeando la estufa con el atizador. Ya estaba harto—. No entiendo qué buscas al venir a verme. ¿Acaso renunciarás al matrimonio si te digo que no te cases? Qué raro eres.

De seguro le hablé en un tono demasiado fuerte. Mi esposa se levantó apresurada. Con la mirada clavada en el cielo raso, S me dijo, con voz afligida:

—He venido a ofrecerte disculpas, por haber consentido al perro... —y continuó en un tono apaciguado—. Bueno, me han contado que ese perro es de buen linaje, que es un pastor alemán. La mujer me cuenta con orgullo que al padre del perro lo trajeron los soldados norteamericanos, pero la realidad es que él mismo nació de un incesto entre la madre y el hijo. Así que prefiero callarme con la idea de que ese perro no es normal.

—Y eso, ¿qué tiene que ver conmigo? Tanto tú como yo odiamos los perros, pero yo los detesto y los desprecio mientras tú les tienes miedo. La diferencia es muy grande.

—¿Sí? Bueno, qué alivio. Ya puedo estar tranquilo —dijo con un leve murmullo antes de prender un cigarro. La columna de humo subió por encima de la estufa hasta alcanzar el cielo raso. Me irritaba. Ya no pensaba en él. Solo sabía que odiaba a ese perro.

El hombre, al fin, se casó con la mujer. Recién casado, recibió una carta de F que le reclamaba su mujer para el trabajo; decía que los muchachos querían tenerla de modelo como antes, aunque ya era una señora. Por primera vez, S cayó en la cuenta: el matrimonio, en última instancia, consistía en el deseo de despojar a la mujer de la posibilidad de ser otra. Desde luego, rechazó la petición. Y allí comenzó la tragedia de su vida. Con un ingreso aún más escaso desde que le habían quitado el sueldo del Centro, tuvo que mantener a los dos animales, carentes de la menor noción de lo que es la paciencia; para colmo, ambos eran capaces de fugarse sin escrúpulos a cualquier hora. De hecho, parece que la mujer añoraba la rutina del Centro, y se mostraba

absolutamente aburrida de su vida doméstica. Además, los jóvenes estudiantes rondaban de tres en tres todo el tiempo alrededor de la casa, y se subían los unos sobre los hombros de los otros en espera de la oportunidad para asomarse a las ventanas. Al verse imposibilitado de salir de casa, S empezó a pedir trabajo por correspondencia a todos los conocidos. A mí también me preguntó unas tres veces si le podía facilitar algún encargo para hacer ilustraciones, y creo que sí se lo conseguí en una ocasión.

Lo peor de todo fue su pintura. Desde antes S pintaba solamente cuadros abstractos, que yo jamás aprecié, y gozaba de cierto renombre en algunos círculos de artistas, lo cual le permitía trabajar con vitalidad intelectual y confianza en sí mismo. Sin embargo, en la exposición primaveral de ese año presentó un cuadro con garabatos como los de un neurótico. Pensé que era el esbozo del perro; se veía con claridad una cara perruna, dibujada de frente con color gris sobre un fondo amarillo. A pesar de que había detalles que resaltaban con una vivacidad excesiva, el cuadro en sí carecía de unidad, como si fuera un animal disecado con torpeza. Aun así lo supe. Era el perro. Deduje que S también comenzaba a conocer a fondo lo que era un perro... Un niño que llegó justo detrás de mí, tomado de la mano por la madre, soltó a llorar al ver el cuadro. Hubo un estudiante de secundaria que se detuvo a escudriñarlo, abstraído, con el cuello encogido. ¡Qué inmundito!, dijo una dama. Una reseña publicada en la prensa lo despachó con frases cortantes: es un fraude, le falta modestia.

Si mal no recuerdo, fue en el camino de regreso de la misma exposición que se me ocurrió visitarlo, después de mucho tiempo sin verlo. O quizá fue al día siguiente, después de la clase. Bueno, no importa, de lo que sí estoy seguro es que fue un día lluvioso. Su departamento se encontraba en penumbra, mientras el resto del edificio resplandecía con las ventanas iluminadas. Llamé a la puerta, pero no obtuve respuesta. Me marchaba un tanto aliviado, pensando que había salido a algún lado, cuando se escuchó el chillido del perro y se encendió la luz. La cara de S se asomó detrás de la puerta entornada.

Aunque no lo vi bien a contraluz, estaba pálido y desgarbado, con el rostro enmugrecido, cubierto con una barba de varios meses, despidiendo un tufo agrio como de verduras podridas. S se quedó mirándome durante un largo rato. Mientras cerraba la puerta lentamente, murmuró en voz baja: «No, vete, déjame en paz, por favor». Me miró con ojos tan afligidos que no me pude marchar sin sentir pena por él.

Me enteré del desenlace unos diez días después, cuando me llegó una carta en que S relató toda la historia. Yo no me arrepiento. Él mismo sabía de antemano lo que le iba a suceder. Reitero lo único que sé: S se lo buscó.

Por fortuna aquí tengo la carta. Prefiero que la leas tú mismo, antes de brindarte mis explicaciones aclaratorias. Comienza de una manera brusca sin ningún

preámbulo, pero yo no he tachado nada, y aquí la transcribo tal cual está:

Tú sí que eres malvado.

Si me hubieras dicho al principio que me perdonabas... Pero seguí luchando con el perro hasta el último momento. Tú nunca sabrás lo terribles que son los perros.

Mi esposa me abandonó aquella mañana en la víspera de tu visita. Quería contarte muchas cosas, pero tuve que rechazarte, pues todavía me aferraba a la idea de que mi esposa podía regresar en cualquier momento. No tenía ánimo para salir, y tampoco te dejé entrar porque el perro había empezado a hablar como cinco días antes. Después de escuchar nuestra conversación, ese perro maldito sería capaz de contarle todo a mi esposa.

Sé más o menos el paradero de mi esposa, pero prefiero mantenerme a la espera. Aunque pueda salir a buscarla, no me será posible recuperarla a la fuerza. Además, ¿qué tal si se le ocurre pasar por aquí para llevarse el perro cuando yo esté en la calle? Sería mi total perdición. Estoy seguro de que ella volverá conmigo mientras yo tenga el perro a mi lado. Bueno, déjame contarte lo que sucedió con el perro. Sin olvidar jamás tus palabras, yo luché hasta el último momento contra el perro, que a su vez no dejó de luchar contra mí. Al comienzo lo menospreciaba; creía que el perro, carente de memoria y conciencia, no dejaría de ser una sombra animada, con tal de que ignorara su comportamiento lisonjero para llamar la atención. De hecho, el animal permanecía melancólico todo el tiempo, acostado de bruces en un rincón, sin molestarme casi nunca. Hasta llegué a burlarme secretamente de ti y de tus semejantes. Pero pronto me di cuenta de mi error; el perro era capaz de fastidiarlo a uno sólo con su presencia. ¿Qué crees tú? Nadie sabe con qué objetivo permanece ahí; para peor, no solo está allí sino que su presencia es tal porque uno mismo se la otorga. Nunca he llegado a entender por qué tenemos que hacer que exista un ser tan banal. Nos pasaría inadvertido si tuviera algún significado, pero nos molesta porque no tiene ningún significado. Cuando lo observo con una mirada feroz, rumiando la posibilidad de dispararle un tiro, el perro se aferra al piso con un chillido estridente. Qué insignificancia tan vulgar.

Me pareció abominable su afición por cierta comida. Siendo perro, no comía huesos; en lugar de comida fría, probaba exclusivamente platos calientes.

Y su comida favorita eran las frutas y los dulces. También bebía licor, pero solo si era de buena calidad. Lo más grotesco de ese animal era que, pese a su incorregible pereza, reaccionaba de vez en cuando como si estuviera entendiendo la lengua humana. Un día en que dejé colgado su bacín al lado de la ventana después de lavarlo, tuvo necesidades naturales y empezó a husmear el sitio de siempre, acto que nos pareció tan gracioso, tan característico del perro, que nos hizo reír a mí y a mi esposa; pero el animal sacó, vaya a saber de dónde, una hoja de un periódico viejo,

defecó encima, y luego lo enrolló correctamente con el hocico. Como si fuera poco, tomó el envoltorio entre los dientes para depositar lo sobre mis rodillas y empezó a jugar eufórico con las piernas de mi esposa. De ahí en adelante, evité hablar con demasiada soltura cuando el perro parecía estar atento a lo que yo conversaba con ella. Jamás logré eliminar la sospecha, pese a la insistencia con que traté de convencerme de que yo solo exageraba, al igual que «el error del sabio Hans», y que era imposible que el perro me entendiera.

Uno de esos días me decidí a educarlo, porque el animal andaba tan indiferente que solicitaba más cariño a la gente ajena que a nosotros mismos. Me pareció insoportable la ingenuidad con que expresaba su alegría desbordante delante de los desconocidos, haciendo las piruetas de siempre. La cosa empeoró cuando los morbosos del Centro empezaron a rondar alrededor del edificio donde vivíamos. El alboroto repentino del perro al lado de la ventana era el indicio de que afuera había uno que otro muchacho, atisbando el interior. En esos momentos el animal me parecía tan fútil que me daban ganas de golpearlo, pero siempre me frené por estar frente a mi esposa, que me espetaba con frases tan corrientes como: «Es que tú no me quieres». Abriendo sus ojos penetrantes el perro me miraba de soslayo con arrogancia. Decidí aplicarle el entrenamiento espartano a ver si lograba fortalecerlo como un pastor alemán, pues pensé que dejaría de ser una vergüenza cuando se convirtiera en un perro hecho y derecho, con una apariencia más decente.

Y todo fue en vano; apenas iniciado el entrenamiento, el animal se acostó de espaldas para manifestar su rendición incondicional, como si fuera una araña o un escarabajo noqueado por un golpe inesperado. Nada que hacer; con cualquier trato brusco, por mínimo que fuera, el perro lanzaba un chillido tres veces más escandaloso que lo normal. A lo mejor los vecinos creyeron que aquí vivía un sádico irremediable.

Tuve que cambiar de plan. El perro era cabezón, y pensé que quizá fuera inteligente en realidad; podía ser un perro futurista, producto de alguna mutación... Al inculcarle una educación elitista, ¿no llegaría a ser un perro sabio?... Cuando algún grupo de circo ofreciera comprarlo con una suma estimable, mi esposa, tan aficionada siempre al dinero, accedería sin titubear... Podría matar dos pájaros de un tiro al vender el perro... Renuncié por completo al método anterior para emprender con paciencia la labor de integrarlo a la vida humana. Fue una experiencia angustiosa, pero nunca perdí el control de mí mismo. Además, conté con la colaboración activa de mi esposa, que se interesó en el proyecto. Engreído por nuestro amoroso trato, el animal se puso mil veces más abusivo que antes, pero a la vez cultivó el intelecto con rapidez, a tal grado que se parecía de una manera cada vez más grotesca al ser humano. Pronto aprendió a sonarse la nariz utilizando un papel, a fumar cigarrillos y a escupir entre refunfuños; hasta llegó a asentir o negar con el movimiento de la cabeza. Bueno, pero también es cierto que tardó mucho en aprender a reír; pareció costarle entender la

psicología de la risa.

El cuadro presentado en la exposición fue una obra inspirada por el gesto tan cómico del perro, que se esforzaba en reír con desmesura. Sería como la versión canina de La Gioconda. Dicho sea de paso, yo perdí todo el interés en la pintura abstracta desde que me casé con mi esposa. Ahora estoy de acuerdo contigo; me he vuelto un pintor realista.

Pero lo más sobrecogedor tuvo lugar justo en el momento en que terminé de pintar ese cuadro. Mi esposa lavaba ropa en el balcón. En la cama el animal se relajaba, comiendo pan untado con mermelada, sin preocuparse por la pobreza, que nos forzaba a vivir sin tener ni qué cenar. Al dejar el pincel sentí alivio, y se me ocurrió comparar el lienzo con el modelo y le ordené que se riera. Y el perro se rio de verdad con malicia. «Carajo, se rio al fin, qué vida tan cómoda», murmuré sin querer, un tanto melancólico, y el perro me respondió en un gemido utilizando palabras perfectamente inteligibles: «Oye, qué buena vida la tuya». Mi asombro no podía ser mayor. No me soportaron mis piernas flácidas y me desplomé ahí mismo. Intenté replicarle algo, pero un bulto palpitante en el estómago me cerró la garganta. Oí los pasos de mi esposa, que volvía a mi lado. Concentré todas las fuerzas restantes de mi cuerpo para suplicarle al perro:

—Por favor, por lo que más quieras, no le dirijas la palabra a mi esposa, que puede morir de un infarto fulminante al escucharte hablar; por favor, guarda silencio, hasta que le diga sí... El animal asintió con la punta de la nariz, como si aceptara la complicidad.

Es espantoso que un perro hable. Aquí te voy a redactar al pie de la letra las palabras que me susurró al notar que ya mi esposa se había acostado. Me dijo:

—¿Ves que los perros no somos tan tontos como para ignorar lo que piensan los humanos? Tú te burlabas de mí, pero acuérdate que yo, con mis colmillos afilados, soy capaz de destrozarme la piel humana sin dificultad. Sé comportarme para llevar una buena vida; todos mis actos, incluyendo zalamerías y sustos, son fríamente calculados para infundirles confianza. Deja de desdeñarme, que yo te puedo asestar un golpe mortal. Date cuenta de que tú no tienes ningún derecho a amarrarme...

(¿Te imaginas que un perro sea capaz de hablar así?)

Ahora bien, esto fue dos días antes de tu visita. Me llegó por correo el programa de la exposición. Al echarle una ojeada, mi esposa alzó de repente la mirada para acusarme: «¡Fue mi cara, entonces! Ni un estudiante del primer año sería tan torpe en el dibujo». Me dejó aterrado la cadena de insultos inauditos y poco frecuentes que salían de la boca de mi esposa, de quien no esperaba más que frases comunes, casi siempre empalagosas. Claro, no había excusa. Por alguna razón desconocida, el título estaba impreso en el programa con letras imborrables: El rostro de mi esposa, del pintor S. A la mañana siguiente, mi esposa ya había desaparecido.

Amarré el perro a una de las patas de la cama y lo amordacé. Despojado de su disfraz, el animal se puso más violento que nunca, mordeíndome la canilla y el brazo, pero todavía un humano podía superarlo en fuerza. Además de ser incapaz de sostener el peso de la cabeza al andar sobre sus patas, el perro lleva una desventaja fatal en los dedos, que le resultan inservibles por completo. Pero alcanzó a gritar justo antes de ser amordazado: «¡No te confíes! ¡Vas a ver que un súbdito nunca llega a dominar!». ... Luché contra el perro y seguiré luchando desde ahora en adelante. Sin embargo, te advierto que no me arrepiento de ninguna manera de mi matrimonio. Conozco más que tú lo tonta que es mi esposa. Nuestra vida conyugal, tan efímera, fue tan solo una sucesión de angustias desesperantes. Mi esposa siempre escudriñaba la comida antes de probarla; era incapaz de saborear sin atiborrarse la boca hasta empezar a babear y masticaba grotescamente. No soltaba ni un minuto un palo que utilizaba para rascarse una que otra parte del cuerpo. Su manía por los anillos llegaba a tal grado que vivía añorando a la americana que llevaba tres en cada mano. Desde luego, le fascinaban todos los hombres que la abrazaban... Aun así, yo la espero. La esperaré, luchando contra el perro. Sé que tú eres malvado, pero por favor, te lo suplico una vez más: mándame algún trabajo de ilustración.

Al recibir esta carta, acudí a su llamado, y rápidamente estuve a su lado. Vi dos policías que rondaban distraídos delante del edificio donde estaba su departamento. Les dije que era amigo de S, y me dejaron pasar sin problema. Me crucé al pie de la escalera con un fotógrafo que venía bajando con una sonrisa despreocupada. Había otro policía en el departamento. Encima de la cama se acomodaba el cadáver de S, envuelto en una sábana. Me llegó a la nariz un penetrante olor a creosol. El policía que me creyó un periodista empezó a darme explicaciones minuciosas, casi museísticas, con el rostro fruncido:

—Una muerte extraña. Lleva muerto más de dos días. Seguramente, tanto el hombre como el perro se encontraban hambrientos. Hay indicios de que el perro estaba amarrado, pero parece que despedazó la soga con los colmillos para acometer al hombre; se pelearon fuertemente durante más de dos horas hasta que el perro lo venció al fin. Le comió primero el labio inferior y las orejas; luego, devoró los brazos y lamió la sangre. El hombre le había arrancado puñados de pelos con sus manos. El perro dormía satisfecho cuando entramos. Mire, ahí está. ¿Ve que le faltan pelos en muchas partes y que tiene manchas de sangre coagulada en todo el cuerpo? Es increíble que el hambre haya alterado tanto a ese perro, que parece tan bien domesticado...

Cuando el policía le tocó la espalda con la punta del zapato, como lo haría con su sirviente en espera de más propina, el perro alzó los ojos y jugueteó alrededor de sus pies con una alegría tan desoladora que daba pena. En efecto, era un perro cabezón

que parecía una larva de saltamontes. Irritado, el policía le dio un manotazo para espantarlo, y el perro huyó hacia un rincón de la habitación, renqueaba a causa de su cadera torcida; después de mirarnos alternativamente al policía y a mí, vino corriendo a mis pies con la misma alegría miserable. «¡Maldito perro!», grité, y de inmediato le di una patada en el pecho. El policía se encogió de hombros, pero no me dijo nada. Salí expresando palabras de agradecimiento. Desde afuera siguieron escuchándose durante un largo rato los terribles chillidos del animal.

El Grupo de Petición Anticanibalista y los tres caballeros (1956)

Junto a la entrada de la inmensa sala de espera se enfilaban tres bancos instalados en la pared, todos provistos de un cenicero grande de latón y un basurero, que estaban a punto de desbordarse. Los hilos de humo azul que subían de una que otra colilla hacían suponer que el espacio había estado lleno de gente hasta hacía apenas unos minutos. Ahora sólo permanecía un hombre enano y flaco, de contextura fuerte, que no lograba controlar los temblores nerviosos de sus rodillas.

Comenzaba a caer la tarde. Con el techo alto, el aire se sentía cada vez más frío. Todavía quedaban indicios de la presencia humana, lo cual reforzaba el silencio del ambiente. El enano dejó de temblar de repente, pues creyó escuchar con nitidez el crujido de unos pantalones cuando se rasgan. Levantó su mirada con apremio para observar la puerta oscura del fondo. Al lado de la puerta había otro oficial uniformado, que ya llevaba más de una hora sacando punta al lápiz sin decir nada.

Más allá quedaba una habitación majestuosa de mediano tamaño. En el centro había un escritorio con relieves y al frente se veía una puerta que comunicaba con otro cuarto al fondo; en la pared derecha estaban colgados un mapa y un cuadro con un paisaje desconocido, y a la izquierda había un sofá forrado en cuero. Ahí estaban sentados dos caballeros, uno en cada extremo, en una postura que revelaba el cansancio acumulado, ambos tenían un bastón en la mano. Vestían un traje ligero, mantenían una calma absoluta en su comportamiento, y exhibían en sus pechos las insignias de oro que los mostraban como hombres importantes del gobierno. El calvo de traje negro carraspeó en un tono premeditado. El barbudo de traje pardo se tocó las rodillas, mordiéndose el labio inferior. Permanecieron así en silencio durante algunos minutos. Entró el tercer caballero, de traje gris, por la puerta de enfrente. Le faltaba el brazo izquierdo.

—Perdonen la demora.

Al decirlo, se sentó frente al escritorio, casi desplomándose. Luego se levantó el de traje pardo, sacudiéndose un poco la cabeza. Resultó que no tenía la pierna derecha.

—Más bien llegaste demasiado temprano. Todavía no tenemos ninguna conclusión.

—Pero —dijo nervioso el de traje gris, mientras se ajustaba la manga vacía— ¿los convenciste de que se retiraran, y dejaran sólo un representante?

—Sí, lo logramos —dijo apurado el de traje negro, estirando el cuello como para mirar a lo lejos, sin cambiar de postura. Este caballero era ciego—. Ellos llegaron a entender lo complejo del asunto y a confiar hasta cierto punto en la honestidad de nuestra parte. Ahora aceptan con cierta reserva que estamos afligidos al no

comprender la esencia de su petición y que hacemos esfuerzos para comprenderla. Así acordaron retirarse y dejar sólo un representante.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —El de traje gris, impaciente, raspó varias veces la orilla del escritorio con los dedos arqueados—. Así no podremos convencerlos de ninguna manera. Por eso les dije desde el comienzo que no debíamos acceder a la negociación.

—Pero —respondió el de traje pardo para calmarlo— en tal caso nos habrían molestado cada vez más. Sabes muy bien que ya no podemos seguir ignorándolos...

—No estoy diciendo que los ignoremos. Debemos tomar alguna medida, de acuerdo, pero la negociación sólo sirve para alborotarlos.

—No es cierto. Ya no nos queda otro remedio. Lo único que debemos hacer es comprender cabalmente la situación. Yo no creo que se trate de una rebelión cuando hacen esta clase de petición.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo el de traje negro—. El argumento en sí es tan disparatado que casi termina diciendo que la lluvia no debe caer de arriba hacia abajo. Francamente, yo no confío en su autenticidad. Me parece más sensato que nos sentemos a conversar con calma, en lugar de estar debatiendo interminablemente unos contra otros.

—Ustedes son demasiado optimistas —dijo el de traje gris—. No, tú no has comprendido el tamaño del problema —dijo el de traje pardo.

—Vengan, mejor, vamos a atender al representante —dijo el de traje negro para apaciguarlos, mientras oprimía un botón invisible en el escritorio.

El de traje gris también lo tocó en su lugar.

El hombre solicitado, que pasó de la sala de espera a la habitación, parecía aún más miserable en ese ambiente. Estaba tieso de pies a cabeza, con la cara pálida y las piernas trémulas.

—¿Por qué estás tan alterado? —dijo sonriente el de traje pardo, señalando la silla con el bastón—. Relájate un poco, que vamos a hablar mano a mano.

Sin embargo, el hombre permaneció en silencio sin levantar la cabeza.

—A ver, dime en calidad de qué representas al pueblo —le preguntó el de traje gris, casi disgustado—. No es que desconfíe de ti, pero me pareces demasiado humilde para ser el representante. Además, has de ser del tipo anterior a la renovación del año treinta.

El hombre tragó saliva y habló con una voz vibrante y seca, haciendo pausas a cada rato.

—Sí, usted tiene razón, es que no quería ser representante, pero, saben, soy el mayor y de cuerpo magro, es decir...

—¿De cuerpo magro?...

—Si es que...

—¿Qué quieres decir? —dijo el de traje gris.

—Ya veo —dijo el de traje negro en un tono irónico—. Seguro tuvieron miedo de que el cuerpo bien formado nos abriera el apetito, ¿no es así?

—Qué va... —se rió el de traje pardo, pero se inquietó al ver que el hombre se callaba—. ¿De verdad creyeron en algo tan absurdo? ¿Cómo será el pueblo en general si los dirigentes como tú tienen un nivel de inteligencia tan bajo? ¿Cómo es posible creer que somos capaces de tener apetito ante los hombres vivos?... Mira, tal como nosotros los comemos, ustedes comen vacas y puercos. ¿Y ustedes tienen apetito ante un puerco vivo? Al contrario, simpatizan con los animales. A nosotros nos pasa lo mismo. No somos tan insensibles como para confundir los hombres vivos y los hombres ya procesados en rebanadas y salchichas.

—Sí, es que... Además, estoy un poco resfriado...

—Bueno, sí, ciertamente aquí está haciendo frío. —El de traje negro buscó a tientas el botón para prender la calefacción—. Pronto se calienta, ya verás. Pero oigan, ¿es tan poco apetitoso este representante?

—¡Carne de tercera clase! —dijo el de traje gris casi escupiendo—. Tampoco estuviste en la vacunación general de protección corporal el año pasado, contesta sin mentiras.

—Es que ese día tuve fiebre y dolor de pecho...

—Está bien —dijo el de traje pardo—. No es el momento de meternos en problemas personales. Mejor escuchemos la opinión del representante.

—Yo preferiría indagar un poco en su mente. Es que sospecho que su petición tiene origen en el complejo de estas carnes de tercera clase. Es decir, lo que en apariencia es la protesta en contra del canibalismo puede ser en realidad...

—¿Cómo se le ocurre! —El representante tomó la iniciativa por primera vez—. Lo que pasa es que ya tenemos conciencia. Hemos empezado a pensar que no se debe permitir en términos humanos que un hombre se coma a otro hombre. Para demostrar que nuestro reclamo no es nada arbitrario, me mandaron a mí como representante por ser el menos apto para ser procesado como carne. La decisión no tiene nada que ver con el complejo...

—Es justamente el punto que no me queda claro —dijo el de traje pardo en un tono calmado—. Ustedes hablan en términos humanos, ¿pero un hombre no debe comerse a otro hombre? Hace muchas generaciones, tan remotas que ya nadie se acuerda desde cuándo, que los comemos a ustedes. Nosotros, la clase comedora, los hemos criado y mejorado para que proliferen como nuestro alimento básico. Así hemos establecido una relación de dependencia mutua con ustedes.

—Pero supongamos que fuera al revés y que nosotros los comiéramos a ustedes...

—¡Que ustedes nos comieran! —gritó el de traje negro, poniéndose de pie—. La

carne humana es cara. ¿Cómo es posible permitirse tanto lujo? No hablemos de algo imposible.

—Bueno...

—Efectivamente —dijo el de traje pardo como para tranquilizarlo—. En fin, me parece que ustedes sólo protestan para molestarnos. Seguramente su verdadero objetivo no consiste en la prohibición del canibalismo sino en sacar alguna otra concesión, sea la reducción de impuestos o el levantamiento del control de la carne humana...

—No, imposible —lo interrumpió el de traje gris—. Qué barbaridad. Con cualquier pretexto, ustedes empezarán a comerse unos a otros hasta extinguirse por completo. Comprendo muy bien su deseo de alimentarse de carne humana, al igual que nosotros.

—No...

—Espera un segundo. Eso no se lo permito, jamás se lo voy a permitir. Si ustedes colaboran con nosotros para aumentar la producción de carne, el país entero naturalmente llegará a tener tanta riqueza que les permitirá alimentarse de carne humana. ¿No te parece una medida legítima el látigo que le aplica un pastor a una oveja descarriada?

—No, señores, no me están entendiendo. Lo único en que queremos insistir es que estamos en contra del canibalismo... Esto es clarísimo. Jamás se nos ha ocurrido la idea de comernos unos a otros...

—A ver, aclárame ese punto, te repito. ¿Por qué dices que jamás se les ha ocurrido esa idea? —dijo el de traje pardo un tanto irritado.

—Las vacas comen pasto, ustedes comen vacas y nosotros los comemos a ustedes. ¿A quién pertenece el pasto inicial? A nosotros, desde luego. Este gran círculo es el principio de la naturaleza. No entiendo a qué se oponen ustedes. No me digas que han empezado a creer en alguna religión exótica.

—Por favor, señores. —El representante se enlazó las dos manos en un gesto desolado—. Entiendan lo salvaje que es el hecho de que un hombre se coma a otro hombre...

—¡Ni en lo más mínimo! —gritó el de traje gris, golpeando el escritorio con toda su fuerza. El representante quedó petrificado, y luego se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. El cuarto se había calentado sin que nadie se diera cuenta. El silencio predominó durante un buen rato.

—O sea que tienen miedo a la muerte —susurró el de traje negro—. Ése es uno de los síntomas de una especie de neurosis. En tal caso, el problema es complicado pero no grave. El miedo a la muerte, que es común entre los seres humanos, no tiene nada que ver con el canibalismo.

—Ya veo —dijo el de traje pardo, aliviado—. Claro, debe ser eso. Ahora sí los

entiendo. Dime, ¿verdad que es así?

—No... —tartamudeó el representante. No le salió la voz pese a su deseo de continuar.

—¿Entonces qué? —El de traje pardo se puso furioso de nuevo—. Ya les dije que era inútil negociar con ellos —dijo el de traje gris en un tono mortificante.

Esta vez el silencio fue más largo.

—No entiendo... no entiendo... —murmuró el de traje pardo mientras recorría despacio la habitación, manteniendo cuidadosamente el equilibrio con el bastón—. Me gustaría hacer algo por ustedes. No somos enemigos, ni pretendemos dominarlos por la fuerza. Pero no entiendo... Todo está fuera de mi capacidad de comprensión... ¿Por qué dice que no debemos comerlos a ustedes? Su carne es la más sabrosa, nutritiva y sana. ¿Por qué están en contra de algo tan lógico?...

—Somos responsables de la reproducción y de la salud de todos ustedes —continuó el de traje negro—. Hemos mejorado cuantitativa y cualitativamente su vida, mucho más de lo que hubiera sido en estado natural, y sólo nos quedamos con lo que ha sobrado. Alimentarnos de su carne es nuestro derecho, que también garantiza su vida y salud. Prosperidad mutua, ¿no te parece?

—Basta —dijo hastiado el de traje gris—. ¿Tienes algo más que decir? Si no hay más, aquí se acabó la conversación.

—¿Verdad que ya no vas a hablar? —le preguntó el de traje pardo, un tanto inquieto—. Di todo lo que tengas que decir, no queremos que después crean que hemos impuesto la decisión a regañadientes... ¿No ves que estoy tratando de comprenderte?...

—Señores —gritó el representante, dejándose caer de rodillas—. Ayúdenme, señores, que a mi hija le tocó el sorteo. Hoy se tuvo que presentar en el matadero. Tiene trece años y va a la escuela. Lee libros, escribe cosas y se ríe mucho. Me han dicho que la van a mandar a la sección de jamones. Tan dulcera que es, como su madre, su carne es muy jugosa. Me dijo el encargado que sólo nos iban a devolver una ración de la grasa que saliera de ella... Señores, les suplico...

Los rostros de los tres caballeros se endurecieron de cólera al mismo tiempo. El de traje gris tocó el botón y ordenó al oficial que entraba:

—Llévate a este hombre.

—Creía que se trataba de algo más firme y ahora resulta que no fue sino un sentimiento completamente banal —dijo el de traje pardo, resollando amargura por la nariz.

—Te lo había advertido, ¿no ves? No son seres que se prestan a la negociación razonable —dijo el de traje gris—. Fui demasiado comprensivo con ellos. Creí que había un fondo más filosófico...

—¡No me digas! —gimió el de traje negro, ladeando la cabeza en señal de duda

—. ¿Pero cómo será su mentalidad al fin? El sorteo no le toca tan sólo a su hija... Yo, en su lugar, dudo que me alborotara tanto ante una hija procesada como jamón.

—Estupidez —dijo el de traje gris mientras estiraba la mano hacia la puerta que comunicaba con el cuarto del fondo—. ¿Qué clase de idiotas se escandalizan ante los peces que insisten en ahogarse en el agua? Puro teatro, estoy seguro.

—¿Y para qué hacen semejante teatro? —Al decirlo, el de traje negro también se puso de pie apoyado en el bastón.

—La hija ha de ser realmente muy apetitosa, hasta el grado de querer comérsela él mismo... ¿Qué tal si llamamos al matadero para que nos conceda una porción de esa carne jugosa?

—Buena idea —asintió el de traje pardo con el ánimo recobrado, mirando al de traje gris que ya tomaba el auricular—. Pero por poco caigo en la trampa. Tienes razón, fui demasiado generoso con ellos. El exceso de simpatía termina siendo perjudicial para uno, ya veo.

—Eso se llama falacia de personificación. —Se sonrió el de traje negro, tanteando el piso con su bastón y apuntando hacia la puerta.

—¿Cómo?! —gritó inesperadamente al auricular el de traje gris—. ¿Que el matadero entró en huelga?...

Ante la frase se miraron estupefactos los otros dos caballeros. El de traje gris se volvió para preguntarles:

—¿Qué es lo que significa exactamente la palabra «huelga»? ¿Se acuerdan?

—Recuerdo haber oído la palabra... —balbuceó el de traje pardo—. Ha de ser un extranjerismo... No, es un arcaísmo, más bien.

—Sí, seguro. De todas maneras me suena bastante desagradable —dijo el de traje negro en un tono ambiguo.

Los tres salieron al pasillo sin decir una palabra. Luego se encontraron frente a la sala de la biblioteca. Entraron para consultar una enciclopedia. Mientras el de traje pardo buscaba la palabra «huelga», el de traje gris escrutó por encima del hombro y el de traje negro esperó un poco alejado de los otros.

—¿Qué dice?

Los dos permanecieron con la cabeza hundida entre las páginas sin responder nada, imposibilitados para mover un dedo siquiera.

El de traje negro habló con voz ronca:

—Miren, suena la campana. ¿Escuchan?

—Yo he sido absolutamente honesto —dijo el de traje pardo, casi ahogado—. Absolutamente honesto, estoy seguro. ¿No es cierto?

—A propósito, tengo que llamar a mi casa para que hagan la provisión de carne —dijo el de traje gris, levantando afanado la cara.

En medio de la resonancia de esta frase, los tres caballeros —el ciego, el manco y

el mocho— se apresuraron a salir enmarañados de la sala y se fueron corriendo por el pasillo como vendavales.

El huevo de plomo

(1957)

1. La caja de hibernación perpetua al estilo Clarent

En una mina ubicada en la colonia de esclavos —desde luego, solo había minas en la colonia de esclavos— descubrieron, en el proceso de renovar la explotación del sustrato urbano antiguo de la época carbónica, una gran mole ovalada de plomo que medía 4,5 metros de altura y 9 metros de talle. Su forma grotesca se asemejaba a un huevo, no de los redondos que conocemos en especies de peces, sino de los ovalados e irregulares, como esos de las aves que se extinguieron hace más de diez mil años.

Aquí me permito hacer una pequeña aclaración para los lectores que quizá se extrañen ante el evidente anacronismo de explotar el sustrato urbano de carbón líquido, lleno de impurezas como hierro, vidrio y cemento, en lugar del sustrato carbónico que contiene suficiente material de alta pureza, más fácil de procesar mediante operaciones relativamente sencillas, en esta época en que se fabrica carbón artificial en serie automatizada. Todo esto, en realidad, forma parte de un proyecto ambicioso, dirigido por la autoridad municipal que, libre de preocupación financiera, tiene un interés desmesurado en la investigación y conservación del período antiguo; el descubrimiento del huevo de plomo constituye uno de los logros más valiosos.

Ahora, al ver la señal del contador, el jefe de esclavos, que estuvo a cargo del centro operativo de la explotación carbónica de la zona dos, acudió al escenario sin perder tiempo. Después de paralizar la maquinaria, convocó refuerzos y logró extraer el huevo de la mina en menos de dos horas sin causarle ni un rasguño. Entrenado especialmente por el gobierno municipal para cuidar el sustrato urbano antiguo, el jefe minero descifró sin dificultad las letras grabadas en la placa de latón encajada en la superficie de plomo. A decir verdad, no se requería ninguna capacitación especial para leer el idioma de la época carbónica —finales del cuarto período de la vida renovada, para ser más exacto—, pues conservaba casi la misma estructura lingüística, excepto por pequeñas variaciones en la escritura, hecho que parecía confirmar la teoría sobre la evolución espiral de la cultura, planteada por el señor Odge. Traducidas a la lengua moderna, las letras decían: «Caja de hibernación perpetua al estilo Clarent: CM1987-2087». Clarent habría de ser el nombre del inventor, y la caja de hibernación era, sin duda alguna, la máquina de congelación para mantener animales o seres humanos en estado somnoliento contra el avance del envejecimiento. En aquellos años, cuando aún no existía un reproductor del pasado como el de hoy, se observaba una curiosa práctica de congelar a los profesores selectos para transmitir a la posteridad el patrimonio histórico y cultural de la raza, lo

cual seguramente reflejaba la tendencia de dar más importancia a la ambigüedad humana que a los mismos sucesos históricos. C y M significaban «desde» y «hasta» respectivamente; es decir, enterraron la caja en el año 1987 y la iban a extraer en el 2087.

Ante un descubrimiento tan inaudito, el minero llamó por teléfono móvil a la oficina. Desde allí la noticia fue transferida de manera inmediata al Departamento de Educación del gobierno municipal. Al cabo de algunos minutos, llegó una camioneta veloz de onda electromagnética para estacionarse en la entrada de la mina. Ingresaron algunos expertos, equipados con aparatos de investigación, y emprendieron un examen minucioso del huevo de plomo.

Después de medio día de investigaciones intensas, el grupo de expertos llegó a la siguiente conclusión:

—Esta caja de hibernación iba a abrirse automáticamente en el año 2087, pero justo antes de la fecha prevista hubo algún inconveniente físico que imposibilitó la operación y, en consecuencia, permaneció enterrada en el sustrato carbónico durante ochocientos mil años. La vibración de la maquinaria explotadora reactivó por casualidad la caja, que parecía estar prendida en ese mismo momento... Sin embargo, no lograron precisar la fecha de apertura definitiva en medio de tantas conjeturas sobre el punto, que variaban desde un par de horas hasta muchos años. Discutieron con más énfasis acerca de la posibilidad de que el hombre antiguo se conservara intacto en la caja. A menos que se mantuviera en la temperatura cero absoluto, era imposible paralizar por completo la actividad celular; si la velocidad de la actividad básica multiplicada por ochocientos mil años sobrepasaba la edad límite del ser humano, ya estaría muerto de vejez, aun cuando estuviera congelado. Es decir, requería una actividad de menos de un diezmilésimo, y no era muy probable que los humanos antiguos hubieran contado con una tecnología tan avanzada como para lograrlo. Aun así, nadie se atrevía a afirmar que la probabilidad era nula.

Ante la escasa posibilidad de encontrar al hombre con vida en el interior, había algunos apresurados que insistieron en desarticularlo ahí mismo para evitar el trabajo de transportarlo, pero los prudentes terminaron por convencerlos al decir que la espera no iba a ser más de unos cuantos años, o acaso cuestión de horas. De manera que cargaron al día siguiente el huevo de plomo al estilo Clarent entre dos grúas aéreas y lo guardaron en el Museo Histórico del Barrio Humano, tal como lo habían encontrado.

2. Los humanos apuestan

Al ver que no cabía en ninguna sala, menos en la vitrina, decidieron dejar el huevo de

plomo en el salón de entrada sobre el pedestal armado de marcos de madera, así como cuando sirven un huevo cocido en el desayuno, y la gente del Barrio Humano lo convirtió rápidamente en objeto de su curiosidad. Aunque los clasistas conservadores se abstuvieron de visitar el museo antes de las tres de la tarde, hora en que restringían el acceso a la raza esclava, pronto se congregó casi toda la ciudadanía frente al huevo, absorta en discusiones inagotables.

Con el oído pegado a la superficie tersa y fría del plomo, se escuchaban los pasos sigilosos del segundero, como el zumbido de una antena de televisión sacudida por el viento nocturno. Los humanos, siempre tan aficionados a los objetos raros, se alborotaron al máximo con la aparición del huevo, que se podía abrir en cualquier instante. Muchos desearon permanecer al lado todo el tiempo, y no faltaron quienes opinaran que era conveniente prohibir en definitiva la entrada de la raza esclava durante cierta temporada, pero esto no se llevó a cabo al considerar la posibilidad de una emergencia técnica que demandara la mano de obra de los esclavos. Pese a este razonamiento, decidieron no extender el horario de apertura pública hasta la noche para mantener su libertad de conducta, pues la separación de las dos razas era un principio inquebrantable, del cual dependían el orden y la paz social.

Al cuarto día, los humanos, que se aburrían de todo con facilidad, empezaron a desconfiar y muchos modificaron sus apuestas, pagando la cláusula de incumplimiento. Desde los jóvenes hasta los viejos, el pueblo entero se había vuelto tan fanático de las apuestas que ya no podían vivir sin apostar por algo, y ahora el mayor interés giraba en torno a la fecha de la ruptura del huevo. Al principio muchos apostaron a plazos relativamente cortos, fuera antes de las doce del primer día o dentro de tres días, pero al cuarto día muchos lo cambiaron de repente por plazos largos: desde dos o seis meses hasta diez años. Quedaron muy pocos que conservaron su apuesta a plazos menores de un mes. También deliberaron mucho sobre si el hombre antiguo se encontraría vivo en el interior; aunque habían predominado en los primeros días quienes esperaban encontrarlo vivo, todo se invirtió a partir del cuarto día, con la aparición de algunos que negaron la existencia de un ser viviente. Sin embargo, se observó cierta unanimidad en relación con el carácter del hombre antiguo, que bien podía ser idéntico al humano o más bien parecido al esclavo; la gran mayoría creyó que se parecería en esencia más al humano que al esclavo, aun cuando careciera del intelecto y la cultura tan desarrollados en los humanos modernos, atributos que constituían la base para proclamar la legitimidad de su existencia.

Quizá todo este proceso era un indicio del carácter caprichoso de los ciudadanos que no perduraban en ninguna actividad, pero al tener en cuenta su forma de ser, tampoco debemos suponer que perdieran con rapidez su interés en el huevo de plomo. Al contrario, la inestabilidad de sus apuestas se debía al hecho de que la

momentánea curiosidad jovial se fue convirtiendo gradualmente en una preocupación sincera. Bueno, dejemos este punto por ahora, que se detallará más adelante, para retomar el hilo de la historia.

A las seis de la tarde del cuarto día...

3. El hombre antiguo

Mejor dicho, a las cinco cincuenta y tres, para ser más exacto, el huevo, sin más, empezó a crujir. Su contorno se volvió borroso. No, fue que empezó a temblar. Con dos círculos blancos que se resaltaron en forma de cinturones, uno a los veinte centímetros del cenit y el otro a veinte centímetros de la base, se irguió del interior un poste para separar el huevo en tres partes según las dos líneas divisorias. En la superficie de la parte media se cruzaron dos cortes verticales para soltar un bloque de cáscara hacia adelante como si fuera un puente colgante. Se extendió hasta la mitad un tubo blanco de metal ligero y dio media vuelta para abrir la puerta, mientras el huevo dejaba de temblar.

Ahí permanecía de pie el anhelado hombre antiguo, quizá un humano de hace ochocientos mil años, vivo sin lugar a dudas, con los ojos parpadeantes. Los humanos modernos, que contuvieron la respiración en ese instante decisivo, lanzaron un suspiro unánime, originando un torbellino que acariciaba el techo alto del museo. Fue un momento de alivio tan profundo que todos se olvidaron de las apuestas. Hubo una ovación general...

Sin embargo, el hombre antiguo estaba petrificado sin poder controlar el temblor de las rodillas. Tenía un promontorio extrañamente grande en la garganta que se le movía de arriba abajo sin cesar. Debajo de la vestimenta —sería ropa, pues no podía ser piel— se asomaron dos manos grotescas y marchitas en busca de los extraños ojos con forma de bellotas —no, no eran ojos en realidad—. Al quitarse esos ojos falsos, se vio otro par de ojos igual de grotescos pero más auténticos en su forma, ya que se hundían en el centro de la cara; los primeros ojos eran algún sustituto o quizá solo un adorno. El hombre antiguo los frotó cuidadosamente con la manga de la camisa (digamos que era una camisa) y se los puso de nuevo por encima de los ojos auténticos para escudriñar con rapidez el gentío aglomerado en el salón del museo, haciendo el gesto más desagradable que se pudiera imaginar.

De pronto los humanos que lo observaron volvieron en sí, un tanto decepcionados. Además de la figura demasiado repugnante del hombre antiguo —eran muy quisquillosos como para ignorarla al tratarse de un hombre de hace ochocientos mil años que se hubiera fosilizado hacía mucho tiempo—, les molestaba su comportamiento brusco, carente de las sutilezas humanas. Cuando algunos

empezaron a decir que no era un ser humano auténtico sino una trampa tendida por los hombres antiguos que habían querido burlarse de los hombres del futuro, se propagó un escándalo. Al recobrar la calma, volvieron a enfrentarse con los asuntos mundanos, como la liquidación de las apuestas, no sin generar pequeñas querellas en varios lugares.

Sin embargo, estos humanos —los ciudadanos— eran tan educados con respecto a la cortesía y al orden que, pese al alboroto momentáneo, permanecieron a la espera de un nuevo suceso sin dispersarse todavía. De repente, en medio de los pedazos del huevo partido, el hombre antiguo lanzó un grito con la cara cubierta por una mano y se desplomó sobre sus rodillas, sosteniéndose con la otra mano apoyada en la cáscara. Hubo una explosión de júbilo. Los humanos se aliviaron al presenciar la escena, y recuperaron poco a poco la esperanza y la generosidad, que parecían perdidas. «Oh, oh, oh...», gimió el hombre antiguo con los brazos temblorosos. Los humanos se animaron aún más. El hombre antiguo repitió con voz trémula algo confuso que semejaba a la palabra humana. Los humanos se mantuvieron expectantes.

4. La ilusión verde

El hombre antiguo no daba ni siquiera una muestra de somnolencia. Como la hibernación, a diferencia del sueño ordinario, no implica ningún cambio fisiológico, él se despertó de pronto, tan nervioso y lúcido como al mediodía del 1o de febrero de 1987, justo antes de acostarse en el huevo de plomo. Así que se vio en un estado confuso, difícil de expresar, como si tuviera plena conciencia del avance del enloquecimiento; no lograba suprimir la idea de que se estaba volviendo loco.

Creyó que era el 1o de febrero del año 2087, no podía ser otra fecha; ¿qué otro suceso se esperaba en esas circunstancias? Había estado seguro de que iba a despertar con la premeditada exactitud y a avanzar hacia la puerta, escuchando una música festiva que sonaba a lo lejos... La puerta se abriría de manera automática... Bajo el sol radiante del invierno, se vería primero a sí mismo, como si fuera un espejo, en un retrato enmarcado de flores, entre las fotos de su esposa, de sus hijos y nietos, ya todos difuntos... En medio de la ovación general, conocería a sus bisnietos o bis bisnietos, ya maduros, que se le acercarían con pasos tímidos, extendiendo los brazos adormecidos por el peso de los ramos... Variaría uno que otro detalle —el color del marco o la especie de las flores—, pero la ceremonia iba a ser la misma en el fondo; se la había imaginado con tanta vivacidad que ya se sentía como si la estuviera presenciando con sus propios ojos. Todo esto se lo habían confirmado en un expediente antes de que se acomodara en la caja de hibernación. Incluso, había redactado un discurso de respuesta en una hoja guardada en el bolsillo de la camisa,

que ahora producía ruidos susurrantes por encima del pecho...

¿Y qué es lo que presencié en realidad?

Pensé que veía todo a través de un vidrio verde, pero resultó que la luz en sí no estaba filtrada de ninguna manera; los mismos humanos que lo rodeaban eran de color verde. Se habrían disfrazado de verde. Si no, ¿qué estaría sucediendo en el mundo? ¿Se habría formado en estos cien años algún grupo clandestino que imponía la vestimenta verde?... ¡No, no era así!... El hombre antiguo se apresuró a limpiar los lentes. ¡No era ningún disfraz!... Se encontraban desnudos, es decir, su piel era de color verde... Para colmo estaban de pie, como cualquier ser humano. Además, emitían de sus labios oscuros, tan pequeños como si se los hubieran colocado con los meñiques, murmullos ininteligibles que no parecían sino palabras. ¿O sea que eran seres humanos?... Pero esos cuerpos torcidos... ¿qué serían? Le recordaban algo... Claro, eran cactus con forma humana... Todos tenían figuras deformadas, cada cual a su manera. Unos tenían los dedos excesivamente largos, otros los brazos planos con sus dedos demasiado chatos; también se veían brazos convexos, piernas exageradamente largas, pies aplastados, caras hinchadas y estriadas, pieles lisas, ondeadas y escamadas; también había seres espigados y gordos... Todos lampiños, solo se tapaban de la cintura para abajo, especialmente a la altura de las rodillas, con veintenas, o hasta centenas de flecos que colgaban cubiertos por capas de pelusas blancas... No obstante su tremenda repugnancia, el hombre antiguo, dotado de un espíritu inquebrantable y una gran capacidad de observación como para asumir el cargo de transmitir la historia de los seres humanos, no dejó de escrutar todo el espectáculo... «Me estoy volviendo loco, ha habido alguna falla en la caja de hibernación que me originó disturbios en la conciencia...». Al reflexionar así, estuvo a punto de desmayarse, tenía los pies colapsados...

5. El tribunal

Pronto se calmó el alboroto, cuando trajeron el luminoso aparato de traducción simultánea multilingüe. A la cabeza se encontraba un hombre gigantesco —entre ellos lo llamaban Keri— que relucía de color verde profundo con la espalda cruzada por una fila de protuberancias escamosas. Atrás lo seguían sus dos asistentes: Bucchi, de complexión robusta, pero con las articulaciones en extremo delgadas, que parecían estar a punto de quebrarse, y Uro, quien se acercaba más al arquetipo humano —al modo de ver del antiguo, desde luego—, a pesar de su cuerpo estriado con rayas claras y oscuras.

Primero instalaron la base grande, provista de varios diales, en la mitad del salón, más o menos cerca de la entrada —probablemente para transmitir el diálogo al gentío

que estaba afuera—, y luego depositaron una pieza por debajo de la puerta del huevo de plomo para extraer de ahí un pequeño micrófono, que pronto captó murmullos del hombre antiguo, todavía indescifrables. Keri se situó frente a la base, ajustó el botón del lado izquierdo al «cuarto período de la vida renovada» y le habló al hombre antiguo —que todavía no entendía nada— en busca de la posición correcta del dial.

Después de un rato de tanteos, los dos códigos lingüísticos se toparon en un punto determinado.

—Buen clima hoy, buen clima hoy...

Al escuchar estas palabras monótonas de Keri, el hombre antiguo gimió como si se hubiera escondido demasiado tiempo bajo la tierra.

—¡Qué horror, todo está oscuro!

Las dos lenguas distintas se unieron a través de ochocientos mil años para crear una sola en común. «Sh, sh, sh», se rieron los humanos. El hombre antiguo, asustado, alzó la cara. Keri volteó para indicarle a Bucchi el grado del dial: 3-B-1024-KT-menor-8M... Bucchi y Uro arreglaron los pequeños aparatos auditivos según la indicación. Bucchi tomó uno para sí mismo y le entregó otro a Keri; a su vez, Uro cogió uno y le llevó otro al hombre antiguo.

Keri le habló a través del micrófono.

—Ese moteado es Uro. Mucho gusto, me llamo Keri. Y este que parece como cadena de granos de soya es Bucchi, todos para servirle a usted. Los tres somos los diputados en turno de esta semana. Estamos a sus órdenes. Póngase el audífono que le acaba de entregar Uro, y así nos podremos comunicar directamente mediante la cadena auditiva, ajustada a su idioma. Por ahora nos entendemos, pero este sistema solo funciona delante del aparato traductor que, salvo casos contados, no sirve tanto para la traducción simultánea como el audífono, si lo ajusta según el dial. Adelante, póngase el audífono, por favor.

Al volver en sí, el hombre antiguo permaneció contemplando a Uro, quien le acercaba el audífono con su mano estriada; todavía incrédulo y miedoso alargó la mano con fuertes sacudidas de la cabeza a diestra y siniestra. En realidad, Uro estaba tan asustado como el hombre antiguo; apenas logró pasarle el audífono, retiró la mano con una celeridad extrema, al grado de causar risas entre sus compañeros.

Habló Keri:

—Como representante de los miembros de la comunidad, le doy un cordial saludo. Bienvenido, señor... ¿Me permite unas preguntas sin preámbulos? Tenga la bondad de perdonar la indiscreción, y entienda que le dirijo estas preguntas a nombre de la comunidad. En primer lugar, ¿usted es un ser humano? O sea, aun cuando no sea el mismo ser humano que nosotros, ¿al menos cree que se clasifica en la categoría de la especie humana?

El hombre antiguo frunció el ceño. La voz chillona de Keri le molestó. Sin

embargo, esa sensación desagradable pareció sentarle bien, pues indicaba que recobraba la fuerza de voluntad.

—Lo mismo se lo preguntaría a ustedes...

La voz del hombre antiguo, era ronca y flácida, sonaba como una flauta rajada. Hablaba entre sus labios gruesos de color salmón, parecidos a dos heridas mal cicatrizadas que se abrían con un rictus ostentoso. De entrada, su voz sonó tan inaudita que algunos sin querer explotaron en carcajadas. Animado un poco por el regocijo de los compañeros, Keri le habló en un tono más enfático:

—Mire, vamos por orden. Los humanos amamos el orden. No le sirve de nada irritarnos, señor.

Por instinto el hombre antiguo se acordó de la existencia de plantas carnívoras... ¿Acaso serían especies evolucionadas de esas plantas carnívoras? ¿Tendrían colmillos?... Al observar sus comisuras, confirmó que tenían una boca achicada por degeneración, desprovista de colmillos grandes. De todas maneras esos seres le parecieron tan espantosos que decidió hacerles caso.

—No estoy tratando de insinuar nada en particular... —dijo recordando los días en que había fascinado al público, fuera en clase o en alguna conferencia, con su habilidad en el manejo de la palabra y los gestos—. Es que todo me cayó de sorpresa, de una manera completamente inesperada. —¿Quién se habría imaginado que un hombre común lanzaría un discurso ante estos monstruos verdes?— No sabría cómo responderles... —Bueno, este aparato traductor tan sofisticado es un invento útil... Si acaso pudiera regresar de nuevo al mundo humano, me gustaría conseguir un par de estas novedades, que serían unos excelentes regalos...—. A ver, procuraré expresar todo lo que está a mi alcance. —Claro, es lo que debo hacer. En realidad, tengo mucha hambre. El único alimento que me queda son víveres de reserva para dos días, guardados aquí en la caja, pero tendría que ser un idiota para pensar con ingenuidad que uno realmente sobrevive dos días con ellos. Los víveres de reserva solo sirven para quienes estén dispuestos a guardarlos hasta que ya sean absolutamente innecesarios. Tengo que conseguir alimento con la ayuda de estos monstruos a como dé lugar. Me insistieron mucho en que debía alimentarme bien después de la hibernación...— Sí, con gusto. Comencemos con la primera pregunta... —Carajo, estoy muerto de hambre...— No estoy seguro de poder convencerlos, pero yo soy *Homo sapiens*, es decir, un ser humano moderno y civilizado. Esto no lo digo de una forma subjetiva sino que es un hecho garantizado por toda la humanidad y lo podrán confirmar ustedes mismos por medio de una enciclopedia, sea de animales o de anatomía, o cualquier libro de referencia...

Los humanos lanzaron un grito unánime. Sin poder precisar si se trataba de risa o de cólera, el hombre antiguo se encogió de pavor al tomar conciencia de aquellas circunstancias tan precarias. De repente, le entró la sospecha de que estos seres

verdes no fueran humanos, quizá ni siquiera animales, y todo el contorno se le derritió ante los ojos, para transformarse en una maraña selvática que lanzaba un grito unánime.

—Bueno, pasemos a la siguiente pregunta... —Lo alcanzó la voz resonando con vibraciones inestables—. ¿Qué edad tiene?

—Cuarenta y dos... —Al percatarse del notable aumento de la bulla, agregó apurado—: Bueno, es la edad que tenía cuando me acosté en la caja de hibernación. No tengo ni la menor idea de cuánto tiempo ha pasado...

—Parece que han pasado aproximadamente ochocientos mil años.

—¿Ochocientos mil años?... —Se le arrugó aún más el rostro, todo grotesco y marchito—. Disculpe, pero no entiendo.

—O sea que un año pasó ochocientas mil veces. ¿Ya me entiende?

—¿Cómo? Debe haber algún error. Hace ochocientos mil años ni siquiera había comenzado el período glacial. Es la época en que había mastodontes, no habían existido siquiera pitecántropos, ni mucho menos hombres de Neandertal. Apenas empezaban a asomarse los australopitecos en algún lado de África. ¿Acaso me veo como un australopiteco?... Nunca he ido a África, para empezar...

—Mire, usted está hablando de la suma de ochocientos mil más ochocientos mil, es decir, de hace un millón seiscientos mil años. Al estar dormido, el mañana se le convierte en hoy, señor —dijo Keri, y hubo una explosión de risas. Sí, debieron ser risas.

—¿Pero de qué se ríen?... O sea, ¿me están tomando el pelo?

—No, qué va, nada de risa. Se trata de un sentimiento que llamamos desesperación o admiración... Nada que ver con la broma... Temo que no nos esté entendiendo bien...

—Permítame hacerle una pregunta —dijo aferrado a una idea que se le cruzó en la cabeza—. Según su historia, ¿ustedes también son descendientes de pitecántropos? ¿O de alguna especie de planta?... Y otra pregunta, ¿cómo miden el día?

Hubo un silencio general. Keri habló bajando un poco la voz.

—Parece que los pitecántropos también entran a una rama de nuestros ancestros. Bueno, un día es de 20 horas, 10 en la mañana y 10 en la tarde. Creo que en su época todavía tenían el sistema de 12 horas... Bueno, no se ilusione demasiado, porque un año termina siendo de 363 días de todos modos... Ah, claro, en su época, era de 365 días, ¿verdad? La diferencia de dos días parece grande, y a lo mejor pensará que en ochocientos mil años se produce un desajuste como de cuatro o cinco mil años, pero para medir el tiempo del período carbónico... no le molesta que utilice este término, ¿verdad?, ya que lo encontramos en medio de carbones..., la diferencia de cinco mil años no tiene importancia según nuestro criterio... ¿Ya le queda todo claro? Ha de estar un poco embotado después de haber dormido ochocientos mil años.

—O sea que yo... —Su rostro arrugado, después de verse tan solo, aplastado en un instante, se inclinó de repente hacia abajo—. Ochocientos mil años...

—Efectivamente, es por eso que estamos tan curiosos. ¿Ahora sí me entendió bien?

Renovaron las preguntas. El hombre antiguo contestó en un tono melancólico, mostrándose todo el tiempo parco en su expresión. De acuerdo con su carácter frívolo y caprichoso, los humanos verdes lo interrogaron de una manera arbitraria; comenzaron con preguntas sobre asuntos privados y luego se desplazaron gradualmente hacia los aspectos visuales y formales: que si la vestimenta tenía algo que ver con la piel; qué grado de luz solar le parecía ideal, etc.

Mientras el sol declinante envolvía el ambiente en penumbras, algo empezó a brillar con luminosos rayos tenues; si no hubiera sido por las sombras borrosas que se encaramaban unas sobre las otras, cualquiera lo hubiera tomado por el segundo sol. Pronto —aunque el hombre antiguo no veía nada, se mantenía de pie en el marco del huevo— el cielo se oscureció a pesar de la luminosidad persistente. Ahí dejaron de acosarlo con preguntas, y Keri volteó para despedirse del público verde de la siguiente manera:

—Me complace mucho haber cumplido mi misión de hoy como representante de los diputados. Cerremos la sesión por hoy, muchas gracias por su atención... —Lo interrumpió el barullo del gentío, incomprensible para el hombre antiguo, que parecía estar reclamando algo. Keri trató de apaciguarlo—. Comprendo mucho su inquietud, señores. Desde luego, tampoco soy tan ignorante como para aceptar al señor antiguo como humano solo porque domine bien la lengua y tenga conciencia humana, tal como él mismo arguye, pero miren por favor el detector de mentiras... —Señaló un rincón del aparato traductor—. Pienso que no debemos apresurarnos en concluir que no es humano o que pertenece a la raza esclava solo fijándonos en las diferencias físicas que existen entre el hombre antiguo y nosotros, o en las impresiones originadas por su apariencia. Tomemos por ejemplo el caso del protopiteco, que fue el ancestro común de los humanos y los monos; al considerar que tenía bastante de humano, pese a su marcada inclinación hacia lo simiesco, se puede considerar como humano en comparación con otros monos que no tienen ningún atributo humano... —Ante el alboroto que no daba señales de aplacarse, Keri sacudió las manos con resignación—. Claro, ya se, a mí tampoco me gusta discutir. Les interesa saber en concreto el porcentaje de humano o de esclavo que tiene este hombre antiguo para determinar el resultado de sus apuestas. Pero no sé cómo...

—Pregúntale si le gusta trabajar —intervino Bucchi para ayudarlo. Keri asintió con una leve ondulación en los promontorios de su espalda.

—Entonces, permítame una pregunta, señor. ¿Le gusta trabajar?

El hombre antiguo, inquieto, clavó su mirada en un punto lejano con los ojos

entrecerrados. Un pájaro color durazno claro con forma extraña se fue volando a lo lejos después de posarse en el alero del edificio de enfrente... Según su concepción valorativa, el trabajo debía ser algo estimable; sin embargo, la palabra «raza esclava», pronunciada por Keri, tuvo una resonancia tan insinuante en su cabeza que el hombre antiguo no titubeó ni un instante.

—No me gusta.

—¿De ninguna manera?

—De ninguna manera. —No seré esclavo para nada, tengo hambre...

—Parece que lo dice en serio —dijo Keri, revisando el detector de mentiras. El hombre antiguo se alegró con sorpresa al saber que era un ocioso de verdad.

—¿Y le gusta jugar?

—Sí, desde luego.

—¿Apuesta?

—Casi no lo practico, pero me encantaría.

Keri se volvió hacia el público.

—Ahora sabemos que sí es altamente humano, mucho más de lo que aparenta, aunque todavía no está a la altura de nuestra civilización.

Los ciudadanos parecieron contentarse con esta última afirmación. Keri terminó su saludo de clausura, ahora sin interrupción, para cerrar el tribunal. Sí, fue un tribunal, y muy peligroso para colmo. Al encontrarse a salvo, el hombre antiguo sintió un alivio acompañado por un sudor frío y bajó a la tierra por instrucción de los humanos verdes. «Otra vez sobre la tierra, después de ochocientos mil años», dijo para sus adentros, y una repentina sensación de vacío le mordió los huesos hasta dejar un hueco en el interior de su pecho.

6. El paseo

Al ponerse de acuerdo en que Keri lo iba a atender hasta el fin de semana, Bucchi y Uro se fueron arrastrando el aparato traductor en medio de la gente que ya se dispersaba. Ante la invitación de Keri, quien se ofrecía a guiarlo, el hombre antiguo siguió detrás de él hacia la calle, un tanto preocupado por los documentos y víveres que dejaba guardados en la caja de hibernación. En el barrio, cruzado por avenidas inmensas con toda la superficie pavimentada con arena blanca, se veían congregaciones de ciudadanos verdes que disfrutaban de toda clase de apuestas. El hombre antiguo se sorprendió al ver que todos apostaban con dinero en efectivo, en monedas de oro. Apostaban hasta los infantes que apenas caminaban. Recordó haber observado desde la altura de la caja de hibernación que cambiaban con frecuencia objetos amarillos entre ellos, y ahora se dio cuenta de que eran nada menos que

monedas de oro. Al ver que el hombre antiguo se quedó maravillado por el alto nivel de vida —no sin imaginarse en secreto la lujosa comida que le ofrecerían dentro de unos minutos—, Keri, todo orgulloso (aunque no se notaba ningún gesto en los humanos modernos, que a lo mejor tenían degenerados los músculos expresivos de la cara, salvo los rictus pequeños de los labios que les permitían deducir ciertos sentimientos), le presumió la cartera repleta que sacó por debajo de los flecos de las rodillas.

Sin tener nada que decir, los dos caminaron en silencio. De pronto un pájaro grotesco de color durazno claro se les acercó volando para jugar con el brazo de Keri. Habría de ser de la misma especie del que se había posado en el alero del edificio frente al museo.

—Ese pájaro parece estar bien domesticado.

—¿Pájaro? Éste no es un pájaro. Hace más de diez mil años que se extinguieron todas las especies de pájaros. Éste es un perro, señor. —Keri tomó a ese extraño animal por las patas traseras para mostrarle la parte posterior. Ciertamente tenía el órgano genital de los mamíferos.

—Qué hermoso —dijo el hombre antiguo en gesto de adulación, pero fue ignorado por el otro.

Siguieron caminando. De lado a lado había estanques moldeados en concreto, delante de los cuales Keri se detuvo un par de veces para echarse agua en los flecos de las rodillas. Pronto el hombre antiguo empezó a impacientarse. Era el mismo paisaje monótono que se repetía; las tapias blancas enmarañadas, grandes y pequeñas, unas veces ondulaban en curvas enrevesadas y otras se cortaban para juntarse más adelante; no era de extrañarse que no hubiera plantas pues ellos mismos lo eran, sin embargo, no se veía ningún pueblo, ni siquiera una casa que indicara la existencia de la vida humana.

—Queda bastante lejos, ¿verdad?

—¿Qué está lejos, perdón?

—Su casa.

—¿Mi casa?

Este humano moderno no tenía ni la menor noción de lo que era una residencia. Tuvieron que dialogar mucho hasta que al fin llegaron a comprenderse; además de ser verdes de cuerpo, los modernos llevaban una vida completamente vegetal en el sentido de que no necesitaban ni sueño ni reposo, fuera de unos cuantos minutos diarios de inactividad total, y tal vez por eso vivían sin tener casas propiamente dichas.

—¿Tampoco hay supermercados o tiendas?

Desde luego no hacían falta. Ese edificio, ubicado frente al museo, resultó ser el almacén común de los ciudadanos, del cual todos tenían la libertad de sacar cualquier

artículo según su necesidad, hasta las monedas de oro. Si acaso escaseaba algo, los esclavos lo abastecían automáticamente. ¿Y el hospital? ¿La oficina? ¿La escuela? Claro, no había hospitales, pues la única enfermedad que padecían era la excesiva longevidad. Keri —según le contó con melancolía— tenía 388 años de edad y le quedaban todavía 112 de vida. Todos querían morir, pero solo al cumplir 500 años obtenían el derecho a ser condenados a muerte. Tampoco había escuelas ni oficinas, ya que habían acabado con toda forma de labor... Ante el hombre antiguo, que se admiraba de su alto nivel cultural, Keri murmuró indiferente con voz aérea, como si soplara sobre un vidrio, que todo era producto del aburrimiento y de un poco de vocación...

—Es un progreso impresionante. Me imagino que pasaron muchas cosas en la Tierra mientras yo estuve dormido.

—Dicen que hace como quinientos mil años hubo una terrible época de penuria, que duró muchísimo. La gran mayoría de los seres humanos murió de hambre. Solo nuestros ancestros, o sea, descendientes de ustedes, sobrevivieron a los años de escasez, pero con un sacrificio tremendo. En el segundo piso del museo hay una lápida que registra las circunstancias de esa época, por si le interesa a usted. Ahí dice: «Entre los muertos de hambre había cadáveres sin estómago, pues el hambre llegó a tal extremo que el estómago se digirió a sí mismo. Esos cadáveres parecían mucho más vivos que los muertos comunes...».

Agradeciendo en su interior que la conversación se encaminara hacia el estómago, dijo el hombre antiguo:

—¿Y qué siguió?

—No, nada, porque el resto se borró y ya no hay manera de descifrarlo. Pero solo de esto se sabe, que nuestros ancestros, en lugar de dejarse llevar por la corriente, se esforzaron en medio del hambre por descubrir algún método de supervivencia, ¿ve? ... Nuestro modo de interpretar la historia es el siguiente: el hombre desea algo, pero ese algo o no existe o no se consigue. ¿Qué hay que hacer entonces? Los tontos se esforzarían por producirlo solo para caer en infortunios y tristezas; sin embargo, nuestros ancestros descubrieron el truco: todo se soluciona con que el estómago se digiera a sí mismo. Al no encontrar alimento en el mundo exterior, el hombre lo debe buscar en su interior; si no se consigue lo que se desea, se transforma en un ser que deja de desear, en lugar de persistir en el deseo. De esta manera —probablemente nuestros ancestros fueron médicos o biólogos—, emprendieron la obra de reformar la constitución humana; vertieron en su sangre un pequeño porcentaje de clorofila. Usted sabrá que la sangre y la clorofila se asemejan en cuanto a la estructura química.

—Ya veo, el color verde sí era clorofila...

—Claro. ¿Qué otra cosa podría ser?... Bueno, fue un tremendo éxito. Los hombres operados podían abastecerse de fécula mediante la fotosíntesis, con tal de

que hubiera aire y sol. Parece que la mano humana intervino en lo mínimo; en realidad fue apenas un pequeño intento de inyectar el fluido verde en las palmas de las manos... Sin embargo, los seres humanos, que ya se habían vuelto propensos a la mutación a través de años de penurias asimilaron bien el estímulo, y luego empezaron a aparecer sujetos que heredaban la clorofila a sus hijos. Y solo la raza verde logró sobrevivir al hambre y ha tenido una evolución singular hasta nuestro período. ¿Usted se ha fijado en estas raíces? De aquí podemos nutrirnos de agua y minerales. —Le mostré los flecos por debajo de la cintura—. Por otro lado, tanto los bárbaros que no tuvieron valentía ni oportunidad ni dinero para operarse, como los inadaptados que no llegaron a asimilar la operación de su cuerpo, se extinguieron en la grotesca batalla por ganar los pocos víveres que les quedaban. Los humanos de la nueva raza se compadecieron tanto de ellos que decidieron proteger una pequeña porción de esas especies antiguas como animales domésticos, y así se formó la actual raza esclava. Lamento decirle que ahora ya estamos completamente hartos de la vida y que todos queremos morir de inmediato. Solo al pensar que el placer de morir es un privilegio de los vivos, agradecemos a nuestros ancestros, o mejor dicho, a su ilustración fundamentada en el espíritu racionalista... Bueno, frente a esos miserables esclavos, cualquiera se sentiría feliz de su propio estado humano.

—¿Son así de miserables?

—Claro, son degenerados por completo, a tal grado que uno se avergüenza al pensar que compartimos los mismos ancestros.

—¿Pero cómo son los esclavos?

—Mejor ni piense en eso.

El hombre antiguo lanzó un profundo suspiro con las manos entrelazadas.

—Todo ha cambiado tanto...

De repente, Keri, agachándose un poco, lanzó las dos manos adelante.

—Adivine en cuál tengo la piedra. Por un doblón.

—... En la derecha.

Sacudiendo la cabeza verde de piel lisa, Keri le entregó una moneda de oro al hombre antiguo.

—Gracias. ¿Pero para qué sirve esto?

—Qué va. No puedes jugar a las apuestas sin esa moneda.

Los dos siguieron caminando. El paisaje no variaba. La misma avenida blanca, los mismos estanques de concreto (donde algunos se bañaban), los mismos grupos dispersos que apostaban por cualquier trivialidad...

7. La nutrición

Al ladear un estanque, el hombre antiguo se sobresaltó de repente; se bañaba una niña. Fue un golpe que le erizó toda la piel. Quiso seguir de largo para retomar la caminata, pero Keri descubrió su turbación con sagacidad.

—Peca, parece que le caíste bien al señor —le dijo sin pérdida de tiempo.

Peca se volteó con indiferencia. Después de dirigirles una ojeada a los dos hombres, se salió del estanque para marcharse, y se fue caminando con esos cordones largos que le goteaban por debajo de la cintura.

—¿Quiere seguirla?

El hombre antiguo hizo un gesto de negación con un movimiento desganado de la cabeza. La piel de la niña no era de un verde común sino de uno peculiar que nunca había visto hasta entonces; los vellos dorados relucían sobre el fondo verde. Se trataba de un verde de fruta, que parecía rezumar un almíbar al ser apretado entre los dedos. El estómago se le abrió como una cueva oscura ante un poderoso flujo de saliva, que apenas logró contener en la boca. Ya era incontrolable por más que dijera para sus adentros que se trataba de una exageración y que debía mantenerse en calma; se vio acosado por la ansiedad de perseguir a la niña para despedazarla y devorarla.

—El amor es una cosa aburrida, ¿sabe? —dijo Keri con pretensión al sentarse al borde del estanque.

—Oiga, ¿no puedo comer en algún lado? —gimió el hombre antiguo sin poder soportar más el hambre.

—¡Chist! —gritó Keri con un dedo sobre los labios, mirando a su alrededor—. Menos mal que no nos oyeron, esa es una palabra prohibida. Qué barbaridad. Por favor, de ahora en adelante diga «nutrirse».

—Con todo gusto. Entonces, indíqueme por favor cómo me puedo nutrir... Es muy peligroso estar desnutrido después de una larga hibernación.

—¿Peligroso?

—Sí, puede ser mortal.

—Ya veo... Usted, al ser extraño y procedente de la época antigua, tendrá derecho a reclamar un trato especial. Quizá le otorguen la muerte inmediata por unanimidad, pero, a ver, aguante un poco más, que usted es un ser único...

—Yo no he dicho que quiero morir...

—Ah, bueno.

—Le estoy diciendo que me quiero nutrir.

—Vamos, entonces —le respondió Keri con prontitud—. Yo también pensaba en lo mismo. Me empiezan a arder estas raíces cuando llega la hora... Este estanque, a ver... B8... tiene doble carga de magnesio y potasio.

Con una pirueta se lanzó al estanque y, después de sumergirse por completo, empezó a nadar relajado. Los flecos que se abrieron como paraguas parecían envolverle las piernas con un aro de humo.

—Adelante, sin pena, por favor.

—No puedo. ¡Quiero nutrir mi estómago!

—¿Estómago?... Pero no se preocupe, Pruébelo una vez.

—Usted sabe muy bien que yo no puedo. No me exija algo imposible. No soy como ustedes. No puedo vivir sin comer.

—¡La palabra prohibida!

—Pero mi estómago...

—Prohibido, señor. Por favor, no la vuelva a repetir. Qué disgusto.

—¡Yo no quiero morir!

—Me parece muy bien.

—Pero voy a morir.

—Bueno, si es verdad, no tenemos por qué detenerlo aquí...

Al hombre antiguo le entró una desesperación escalofriante porque no detectó ni un asomo de ironía o cinismo en la forma de hablar de Keri. De ser producto del cinismo, todavía habría manera de negociar con él, pero...

—A ver, los esclavos se nutren del estómago, ¿no es cierto?

—Los esclavos no tienen nada que ver. Dejemos de discutir lo que es inútil. Adivine en cuál mano tengo la piedra, ahora por dos doblones...

—Puedo ir al país de los esclavos para comer.

—¡La palabra prohibida! —Keri saltó dando una patada hasta la altura del cinturón—. No sea tan necio. Ahora, adivine la mano de la piedra, ¿derecha o izquierda?

—La derecha...

—Mierda, me ganó de nuevo.

—Definitivamente, voy hacia el lado de los esclavos.

—No se puede, porque mire esa barrera alta, esa que está detrás de la otra más pequeña. No podrá pasar a menos que sea un perro con alas.

El hombre antiguo ya se había fijado en esa barrera. Ahí atrás quedaba el país de los esclavos. Pero... le dio curiosidad... esa barrera inmensa, que tenía una forma bastante irregular, parecía bloquear en todos los puntos el paso hacia cualquier dirección; daba la sensación de que el barrio entero estaba enjaulado por esa barrera alta, a pesar de su aparente extensión creada por el efecto de las tapias entrecruzadas como si fueran un laberinto. Habría de ser una simple ilusión óptica, ya que detrás quedaba el país de los esclavos.

—Pero, ¿no hay ninguna entrada formal?

—A nadie se le ocurriría deportar a un invitado al país de los esclavos por la puerta principal, a menos que cometiera algún crimen.

—¿Qué tal si cometo un crimen de verdad?

—Hace mucho que no hay tales acontecimientos. Lo que nos queda ahora son

puros cuentos legendarios.

—¡Yo voy a resucitar la leyenda, entonces! —dijo el hombre antiguo en un tono provocativo mientras lanzaba una mirada a su alrededor—. A ver, voy a robar algo.

—¿Robar? Por fortuna aquí no hay robos.

—Entonces —dijo impulsado repentinamente hacia la violencia por el hambre insoportable, que no dejaba de atormentarlo ni un instante—. ¡Entonces, voy a matar! ¡Un homicidio será más que suficiente!

Keri solo respondió a secas con un murmullo de indiferencia:

—Quién sabe. El asesinado le agradecerá por un sacrificio tan enorme. Ya sabe que aquí todos queremos morir...

—¿Entonces qué hago? —dijo agachándose en su desesperación—. Bueno, creo que me alteré demasiado, pero a ver, cuénteme... ¿Cuál es el crimen más grave en esta era moderna?

—Eso no se lo puedo contar, porque luego me acusarán de incitación.

Desolado por completo, el hombre antiguo permaneció de pie, contemplando la cabeza verde que chapoteaba en el estanque.

«El célebre profesor falleció de hambre en medio de la incompreensión al emprender la exploración en el mundo de los humanos vegetales...», se le ocurrió la cabecera de un artículo necrológico publicado en un rincón oscuro de alguna revista académica, pero se deprimió aún más al darse cuenta de que tanto la revista como los lectores ya eran cosas de un pasado demasiado remoto.

8. Desenlace

Al regresar al huevo de plomo después de la caminata, sin ninguna utilidad al menos para él, el hombre antiguo destruyó el bolso de víveres de reserva. Estaba ansioso, y sentó en el porche frente a la entrada del museo para devorar con alarde una tostada fina, bien untada de mermelada. El pánico que cundió de manera inmediata entre los humanos modernos congregados en la plaza pasó inadvertido para el hombre antiguo, enceguecido por la desesperación heroica de un mártir ante la muerte inminente. Decía en sus adentros para convencerse: «Esa chica, Peca, se podrá cocinar fácilmente. Me la comeré entera, ya que no es ningún crimen. Después de probar uno de estos seres, ya no tendré más escrúpulos para seguir cazando otros. Así podré llevar una vida satisfactoria en este país. Quizá sea la misma utopía anhelada por los hombres antiguos. Ocio, pereza, serenidad... con ese perro alado como mascota... Dentro de pocos años, es probable que esté gobernando el país... El rey devastado, el rey solitario... Claro, el dictador siempre es devastado y solitario...»

Sin embargo, fue detenido en seco sin aviso previo. La razón era muy sencilla: el

acto de comer resultó ser el único crimen que merecía la deportación. Se alborotaron los humanos verdes. Se apresuraron a cambiar monedas de oro y lo escupieron a cada paso como si quisieran manifestarle su desprecio en la cara ante una imperdonable traición.

El hombre antiguo se puso rígido; luego tuvo pequeños temblores que no podía controlar. Con la solución que le llegó de manera inesperada, la expectativa de conseguir alimento fue sustituida de inmediato por el pavor de enfrentarse a los esclavos; se trataba de una sensación confusa, mezcla de varios sentimientos, que le inducía a reír y llorar al mismo tiempo.

Los humanos modernos rodearon al hombre antiguo para agarrarlo con gestos de amenaza y lo empujaron hacia el interior del museo, emitiendo gruñidos; mientras el hombre antiguo, perplejo, pensó en sus adentros que lo depositarían de nuevo en la caja de hibernación, ellos lo apuraron hacia el fondo del pasillo sin fijarse siquiera en el huevo de plomo. Pronto se vio en una sala grande de la parte trasera del museo, ante una puerta cerrada. Al dejarlo parado delante de la puerta, Keri lanzó un grito incomprensible, con el cual todos los humanos verdes se retiraron en carrera para desocupar la sala.

El hombre antiguo estuvo a solas en espera de lo que venía... Sin ruido, la puerta se abrió con presteza y dejó ver a un hombre detrás del umbral. Le asombró la apariencia de ese supuesto esclavo, tan distinta a la de los otros ciudadanos. Sin embargo, se preguntó enseguida si habría algo de qué asombrarse, pues el hombre era idéntico a los seres antiguos, tan familiares para él. Si no hubiera sido porque vestía un traje de color diferente —el suyo era gris y el del otro marrón claro—, lo habría tomado como su propia figura reflejada en el espejo.

—¡O sea que yo no fui el único!

Al escuchar el grito del hombre antiguo, el otro se rio sosegadamente y le hizo una señal para que se le acercara. Le quitó el audífono para ajustar el botón y le indicó con los ojos que se lo pusiera de nuevo antes de empezar a hablar. Debía de ser otro idioma, puesto que hacía falta la mediación del audífono, pero el tono de su habla le resultó muy familiar.

—Bienvenido. Me imagino que fue una sorpresa para usted...

—¡Cómo no!

—Le pido disculpas, pero me dijeron que era necesario para un experimento científico. Yo mismo lo iba a recibir sin demora cuando usted se despertó de la hibernación, pero hubo investigadores tercos en el Laboratorio de Biología Antigua, que insistieron mucho en la necesidad de observar sus reacciones...

—¿Observar mis reacciones?

—Sí, lo observábamos todo el tiempo en un monitor. Según ellos, es muy útil para los estudios históricos en torno a la evolución de la raza humana examinar el

comportamiento de un hombre antiguo que se enfrenta por primera vez a esos humanos vegetales. Dicen que ahí se precisa la porción, o mejor dicho, la inclinación vegetal, incrustada en su cuerpo...

—¿Pero usted...?

—Yo no soy un hombre antiguo como quizá lo haya pensado usted. Soy lo que esos seres verdes insisten en llamar esclavo.

—Ya veo... pero usted... esclavo...

El hombre se rio con soltura.

—Claro, el argumento inventado por esos seres tan inteligentes resulta muy convincente, y no del todo falso, además. Pero en realidad nosotros somos los hombres modernos de verdad, auténticos seres humanos contemporáneos. Eso de que somos esclavos es un disparate sin fundamento, producto gracioso de su imaginación retorcida. Observe ahí...

Al dirigir la mirada hacia la dirección señalada, el hombre antiguo vio una placa con letras indescifrables, colocada en la puerta ya completamente cerrada. El hombre se la tradujo palabra por palabra por encima de sus hombros.

«Museo Municipal del Período Antiguo: En el interior queda el parque de reserva de los humanos verdes, mansos e inofensivos, que proliferaron hasta hace ciento veinte mil años. Como la única variación sobreviviente de la raza humana del período geológico posterior, estas muestras tienen un inmenso valor histórico...».

—Bueno, vamos, señor. Le tenemos un cuarto de hotel reservado —dijo el hombre sonriente, dándole una palmada sobre el hombro—. Pronto recorrerá este parque en calidad de visitante, y ahí verá que estas frases son muy apropiadas...

Dentro de un coche semitransparente que corría a alta velocidad sin hacer ruido, el hombre antiguo se puso tan contento que se olvidó del hambre. Sin embargo, al sentir que un recuerdo repentino le hacía temblar los hombros, cruzó los brazos con los puños cerrados y rompió a llorar amargamente, sin poder controlar el torrente de lágrimas que corrían sobre su rostro arrugado.

La casa (1957)

En la casa de B seguía viviendo un ancestro a través de numerosas, mejor dicho, innumerables generaciones. Desde luego, es probable que esto no fuera ninguna particularidad de la familia B; quizás los amos, tal como sucede con B, no se atrevían a hablar del caso en público, fuera por discreción social o por alguna otra razón. Mientras no se divulgara la noticia del ancestro vivo de manera general, cualquier familia afectada seguiría considerándose excepcional y procuraría guardar en secreto el hecho. Pero este era dudoso hasta para los mismos miembros, cada vez tenían mayor cautela, convencidos de que nadie lo tomaría en serio.

Aunque las especulaciones sobre los casos ajenos no dejaban de ser inciertas, la mente de B se encontraba más o menos en ese estado precario. Sin embargo, él no se angustiaba de ninguna manera; al contrario, se la pasaba despreocupado por completo, gracias a su innata inclinación hacia la pereza. Si no hubiera sido por ese incidente inaudito, habría terminado la vida en paz sin acordarse siquiera de la existencia de tal ancestro, como si se tratara de una mancha cualquiera en la pared. Los hijos, a su vez, lo heredarían tal cual, junto con otros cachivaches de la casa, para trasmitirlo a la siguiente generación, y así sucesivamente...

Sin embargo, había en la familia B una circunstancia particular que de todas maneras no le habría permitido guardar el secreto, aun cuando no hubiera ocurrido el incidente en cuestión. B nunca tuvo hijos con su esposa. Al verse sin sucesores que lo cuidaran, el ancestro no tendría otro remedio que vagar en la calle o convertirse en una adquisición de algún museo, si esto fuera posible; o, en último caso, se internaría en un asilo de ancianos. En realidad, esto no fue ningún motivo de preocupación para B, pero una coincidencia le hizo tomar la decisión de adoptar una hija, que terminaría asumiendo el incidente. En este sentido, todo sucedió como una cadena de fatalidades inevitables.

Por fortuna, buena o mala —depende de cómo se interprete el suceso—, B tenía un hermano tres años menor, y este fue quien desencadenó la tragedia al suplicarle a B, ante la muerte de su esposa, que se encargara de cuidar a la hija de cuatro años durante cierto tiempo, porque se tenía que ausentar constantemente de casa debido a su trabajo como vendedor de máquinas agrícolas. A B se le ocurrió de repente que era mejor adoptarla de una vez, y pronto tuvo la convicción de que era una idea espléndida. Cuando se la planteó a su esposa, con la suposición de que accedería sin ninguna objeción, esta, a pesar de que sí le había dicho que no le parecía mala la idea y que también había pensado en lo mismo, se mostró un tanto indecisa. B indagó la causa de su duda y supo que se originaba en la sospecha de que él lo hacía por la secreta fidelidad al ancestro; trató de convencerla de que no guardaba ni la más

mínima intención de halagar al ancestro, pero no dejó de sentirse defraudado ante la actitud traicionera de su esposa.

En realidad, B jamás había considerado la posibilidad de establecer de esta manera un vínculo entre la sobrina y el ancestro, hasta que su hermano le pidió el favor. Se le cruzó un instante por la mente la insignificante noción del destino humano, que le pareció repugnante. Qué ocurrencia tan absurda. Para peor, B se sintió aún más desolado cuando apareció al fin su hermano con la niña y reveló la misma sospecha al contestar su pregunta indagatoria.

—¿Cómo es posible que haya tanta gente desconfiada? ¿No te das cuenta de que jamás me preocupo por algo tan trivial? ¿Acaso no te acuerdas que peleé con papá por esta causa?

—¿Peleaste? —el hermano sonrió mientras se acariciaba el cuello bronceado—. Sí, me acuerdo que papá dijo frases casi idénticas como excusa.

B titubeó sin poder replicar. Su hermano tenía razón. La esposa de B colocó a la sobrina asustada sobre su regazo para cepillarle el cabello. Qué acto tan vulgar para tratar a una niña mugrienta que creció sola, bajo la tutela de un hombre descuidado. De seguro estaba imitando a alguna madrastra cariñosa del cine melodramático.

Todo le pareció una farsa irritante.

—No hay nada que merezca tanto alboroto. Ya me estoy volviendo loco. Toda esta gente insiste en acordarse de la existencia del ancestro después de haber vivido tanto tiempo sin pensar en él. Hasta me toman como su cómplice. Qué agravio. ¿Qué culpa tengo yo de su presencia, si solo lo heredé por obligación junto con este cuchitril? Claro, nunca lo eché de aquí, pero viví todo el tiempo ignorándolo por completo. Si acaso algo me quedara por hacer, sería despacharlo de un tajo. Solo la gente irresponsable sería capaz de exigirme semejante barbaridad. No, no me compadezco de él ni en lo más mínimo. Aun cuando se trate de un perro moribundo, nadie tendría derecho a matarlo sin razón. Yo no lo defiendo, pero tampoco veo por qué hacer algo por él. Pero ¿qué tal si ahora renuncio a adoptar a la niña? Ahí sí significaría defender al ancestro. ¿Será algo tan valioso como para exagerar la importancia del asunto?

—Bueno, fíjate que un vendedor como yo se convierte en experto para andar prevenido a cualquier hora. He aprendido mañas —dijo el hermano entre risas, mientras simulaba acariciar a la niña somnolienta—. No la consientas demasiado, cuñada.

—No soy tan experto en escuchar, ya que soy maestro. —B iba a continuar cuando el hermano se volvió de golpe por encima del hombro para insinuar con la barbilla el cuarto de tres tatamis, que estaba al otro lado del pasillo, escondido detrás de la puerta de papel, y dijo al acariciarse la punta de la barbilla con el índice derecho:

—Todo está extrañamente quieto esta noche.

—Siempre está quieto —gritó sin querer, con una vehemencia inesperada, indignado por la intervención inoportuna de su hermano. La niña salió de la somnolencia y comenzó a llorar.

—Esta niña es muy nerviosa... —dijo el hermano con una risa leve, recibéndola en sus manos adiestradas para abrazarla sentándola sobre las rodillas—. Pero ése sale a gatear con ruidos por toda la casa cuando apagan la luz, ¿verdad?

—Ya estamos acostumbrados. Casi ni lo percibimos, como si se tratara de un rollo de periódico que va rodando con el viento —al decirlo, se dio cuenta de la intención implícita de su interlocutor y añadió con amargura—. Durante algunas noches lo mantendré encerrado, porque será una presencia ingrata para quienes no estén acostumbrados.

Sin resolver el asunto de la adopción en términos definitivos, el hermano se fue de viaje, y dejó la niña en manos de B y su esposa. Durante las dos semanas que corrieron desde entonces y hasta el día del incidente, B estuvo desasosegado, soportando una rabia inquietante. De día, cuando trabajaba en la escuela, lograba distraerse en la rutina sin atormentarse demasiado; se enternecía al recordar las manos suaves con que la niña se agarraba de su brazo, a tal grado que empezó a ver a los alumnos del salón con ojos más positivos. De hecho, una niña de cuatro años parecía más madura que una de cinco y, a la vez, más inmadura que una de tres. Quizá al cumplir cinco años, parecería más madura que una de seis y más inmadura que una de cuatro. De todas maneras, era una experiencia nueva para él. Empezó a encariñarse con los niños... Sin embargo, mientras más le pesaba la convivencia con la niña, más lo subyugaba, como para mantener el equilibrio de la balanza, la presencia del ancestro. De repente caía en una terrible depresión como si los dos ojos se fundieran en uno al borrarse la frontera; se irritaba con sus uñas, porque las notaba más largas que nunca, y buscaba algún objeto para arañar. Al salir de la escuela, se sentía cada vez más angustiado a medida que se iba aproximando paso a paso a su casa, y siempre se sumergía en una insalvable desolación como si lo hubieran traicionado, aprovechando su honestidad incondicional.

Aunque se resistía a aceptarlo, la causa de su angustia era evidente; se trataba de un remordimiento originado en el hecho de que tenía encerrado al ancestro en el cuarto de tres tatamis, sin permitirle siquiera una salida de tres segundos. Todo desde que la niña se incorporó a la familia. Desde luego, no se compadecía de ninguna manera, pero igual no atinaba a precisar qué era lo que le producía tal inquietud. Ahora que vivía con un miembro ajeno, le pareció demasiado extraño que un ancestro anduviera gateando de noche en la casa, cuando todos se habían dormido. Menos extraño resultaría si lo dejara encerrado todo el tiempo, pero B no podía conformarse sin que sintiera remordimiento por ese estado, que debería considerarse normal,

después de haberse acostumbrado por completo al estado anormal, pero no tenía tantos escrúpulos. Había perdido la confianza en sí mismo en todos los aspectos de la vida.

El asunto no habría sido tan terrible si la angustia en torno al ancestro se hubiera quedado dentro de su psiquis. Sin embargo, el ancestro le molestaba con actos físicos; unas veces arañaba la puerta para manifestar su deseo de salir, otras silbaba con una entonación lastimera para llamar la atención. Sin poder evitar que la niña se fijara en esos sonidos raros, B se vio urgido a ingeniar alguna solución concreta. «¿Qué es?», pregunta la niña. «Es un gato», le respondió B. «Es inútil decir evasivas, porque la niña ya lo sabe», lo interrumpe la esposa con un reproche. «Es tu abuelo», se corrige B, apresurado. «¿Qué hace mi abuelo ahí?», pregunta la niña. «Está jugando», le contesta, mientras se apura a darle la espalda... Solo se le ocurría una solución, que consistía en acostumbrar a la niña a la presencia del ancestro. No sería bueno sensibilizarla en exceso, pero tampoco alejarla demasiado del asunto; lo ideal sería avanzar al medio sin perder el equilibrio. Le costó trabajo establecer un criterio para juzgar lo adecuado y lo inadecuado. B peleó sin cesar con su esposa en torno al criterio. En una ocasión, por ejemplo, cuando ella iba, como hacía dos veces al día, una en la noche y la otra en la mañana, a llevar al ancestro un par de cucharadas de harina, mezcladas con el residuo del caldo, la niña quiso acompañarla al cuarto. Ante la insistencia de la niña, la esposa se quejó con B, quien dijo que se lo podía permitir sin ningún problema. La esposa respondió que le daba pena enfrentar a la niña con ese rostro tan terrorífico y rencoroso. B insistió en que no era precisamente un rostro terrorífico sino la misma calavera, que solo espantaba a quienes la veían con ojos demasiado ingenuos y prejuiciosos, y que representaba la tristeza humana de la manera más auténtica. La esposa lo contradujo con el argumento de que eso no tenía importancia y que él mismo debería llevar a la niña al lado del ancestro si le parecía conveniente, a lo cual B replicó que no había necesidad de forzar el encuentro y que la mujer era más apta para llevarlo a cabo. En fin, las discusiones se desvanecieron en ambigüedades, sin llegar a ninguna conclusión.

Después de algunos días en ese estado de suspenso, sucedió de golpe algo fatal. Una noche los despertó un grito de espanto, lanzado por la niña. Apenas se levantó, B vio que la niña venía rodando con sus rodillas levantadas hacia la pared en dirección a la cabecera del lecho. Al otro lado se encontraba el ancestro, vaya a saber cómo se había salido, con una postura retorcida, con el cuello estirado, escudriñando el sitio donde la niña se había acostado. Su piel tenía un color de pescado seco bajo la tenue luz de la luna. (La niña acostumbraba a dormir entre B y su esposa. B se tragó su amargura después, al recordar que la niña se había fugado a toda carrera desde el rincón sin pedir auxilio a ninguno de los dos). B reconoció por los rabillos de los ojos entornados que la puerta del cuarto de tres tatamis, al otro lado del pasillo, estaba

entreabierta, dejando un espacio del tamaño de un brazo. La niña respiró por la nariz, pero estaba como ahogada, tratando de meter más aire en los pulmones ya repletos. B se paró de un brinco con un gemido y le dio un fuerte empujón por debajo del hombro derecho al ancestro, que se cayó rodando boca arriba. ¡Imbécil, qué susto le diste! Sin decir nada, el ancestro colapso, y cayó al piso con sus rodillas abrazadas, emitiendo un sonido grave. Su cuerpo se deslizó como una porcelana en el agua. Sorprendido ante la falta de resistencia, como hubiera esperado, B iba a pegarle por la cadera, pero vaciló al instante por alguna causa desconocida y apenas alcanzó a rozarle el fondillo, sin fuerza, con la punta del pie. Se produjo un sonido sordo, como si se rompiera una caja de cartón, y el ancestro lanzó un chillido... Yo no odio de ninguna manera al ancestro, solo me molesta esta circunstancia que me forzó a odiarlo... La esposa trató de hablar en voz baja; con la garganta atestada de alientos entrecortados, no podía formular palabras inteligibles. La niña respiró con sonidos trémulos, como si alguien arañara una tabla estriada de lavar. Mientras detenía a la esposa que iba a prender la luz, B cargó en vilo al ancestro, sosteniéndolo del codo derecho con una mano y de la cintura con la otra. Lo sintió tan ligero como una maleta vacía. (¿Cómo fue posible que este viejo tan arrugado como un muñeco de papel abriera la puerta del cuarto?). Con el ancestro entre los brazos, corrió la puerta, y con un pie lo lanzó al interior oscuro, apestoso a mohos. Se sentía desgarrado por dos fuerzas opuestas —una que propiciaba la violencia y la otra que la frenaba—, B trató al ancestro como si fuera un paquete que exigía un manejo cuidadoso. Antes de caer sobre el piso de tatami, se escuchó el sonido del cuerpo golpeándose contra algo más sólido. ¿Qué sería? En la mente reconstruyó la ubicación del cuarto según su memoria. Debía ser la mesa. Con las extremidades desvalidas, el ancestro demoraba más de una hora para lamer con fruición el caldo de harina, colocado en un plato a la orilla de la mesa. Sostenía los hombros sobre los codos y movía la lengua como un perro. (Claro, al haber colocado la mesa tan cerca, le sirvió de apoyo para realizar la magia de abrir la puerta...) El ancestro permaneció inmóvil, sin emitir ningún gemido. ¿Estaría muerto? Mejor aún. Cuando B cerró la puerta con brío, como si procurara disipar los pensamientos que se renovaban sin cesar en su cabeza, la esposa, que estaba al acecho en el rincón del cuarto, prendió la luz para recibirlo.

La niña temblaba con los labios pálidos, estirados hacia los extremos; tenía los ojos muy abiertos. No, no abría los ojos sino que las pupilas se le desorbitaron hacia arriba. La esposa emitió un susurro ligero, y luego vino un sonido gutural producido por el hipo: «¡Tiene convulsiones!». A pesar de que extendió las manos en busca de la niña, las mantuvo en el aire, con el gesto torpe de palpar el vacío, sin atreverse a tocar el cuerpo trémulo; se paró en seco para arreglarse las solapas del pijama y dijo: «Voy a llamar al médico...». «No, mejor la llevamos al hospital». «Cómo crees. Jamás se debe mover a un niño cuando está convulsionando». B se apuró a ponerse

los pantalones y dijo: «¿Así que colocó la mesa al lado de la puerta?».

«¿La mesa?... ¿De qué estás hablando?». (Ya veo... El ancestro es más mañoso de lo que imaginaba)... «¿Se salvará?», dijo la esposa, mientras pellizcaba el puño de la niña con la punta de los dedos, «Ay, qué lío». «Sí, tremendo lío». La esposa empezó de repente a soplar sobre la cara de la niña. «¡Deja de hacer tonterías!», le dijo, como si la situación se volviera más apremiante con ese acto, y salió de la casa después de dirigir una mirada rápida al cuarto de tres tatamis.

Los médicos en general son reacios a acudir en casos de convulsión, pues saben que no podrían hacer nada al llegar. B tuvo que alegrar mucho, hasta que el médico accedió a atender a la niña, pero igual, la niña ya se había calmado y dormía tranquila cuando llegaron. Al acompañar al médico de vuelta, B aprovechó el viaje para mandarle un telegrama a su hermano y quiso saber si había necesidad de comprar algún medicamento. El médico repitió innumerables veces que la niña debería ir al mar o a las montañas para respirar más ozono.

En la tarde del día siguiente llegó el hermano, reflejaba amargura en su semblante. La niña lo recibió, aunque un tanto tímida, tenía un entusiasmo casi desmesurado que la hizo lagrimear. Qué cosa, B y su esposa ya estaban felizmente convencidos de que era una niña muy dócil y que se acostumbraba pronto a vivir en la nueva casa, pues ella no había dicho ni una palabra sobre su padre durante las dos semanas, ni revelaba un asomo de depresión. Al sentirse burlados ante aquel espectáculo tan ingenuo, tanto B como la esposa se disgustaron con la niña. B se contuvo con una mirada inquisitiva y le indicó a la esposa que se llevara la niña a otro lado. «Mejor evitar más estímulos innecesarios...», dijo, y le relató con brevedad lo que le había sucedido. «Ya veo...». Mientras se rascaba el sudor aceitoso de la nariz con la punta del meñique, el hermano clavaba por encima de los hombros de B su mirada inclemente en el dibujo de las flores, que tapaba los agujeros de la puerta de papel del cuarto de tres tatamis. Después de colocar sus anchas manos grasientas con las palmas abiertas sobre la mesa, las cerró con tanto ímpetu que empalidecieron los nudillos, y habló en un tono tranquilo:

—Tal como lo habíamos planteado... Me la llevo en el próximo tren, entonces.

—No me parece buena idea —dijo B, bebiendo de un sorbo casi la mitad del té tibio que quedaba en la taza—. En tu casa no tienes quien la cuide.

—Pero me la puedo llevar a donde sea. Un vendedor viajero con una hija puede mostrar buena imagen.

—La niña sufrirá demasiado —dijo, al tiempo que escupía con fuerza una ramita de té retenida entre la lengua y el labio superior. Al ver que cayó en la mesa al lado de donde estaba sentado, el hermano la recogió con la punta de un fósforo y la colocó en la orilla del cenicero.

—Pero tampoco la debemos exponer a estímulos innecesarios...

—Estamos de acuerdo. En realidad, me arrepentí de haberte mandado el telegrama. Creo que hemos exagerado. Todo se debe al hecho de que los adultos hemos dado demasiada importancia a la presencia de ese; al darle una categoría especial, hemos propiciado un susto tremendo a esta niña, tan inocente como todas. Le hubiéramos dicho desde el comienzo que era un viejo ciego y sordo, sin tratarlo con esa cautela extrema. Hay tantos viejos en el mundo y jamás han originado problemas en los hogares.

—Qué se puede hacer si ya tenemos un problema real. Por más que insistas, hermano, en que no hay nada especial, aquí estamos frente a un ser especial.

—Yo no me he preocupado nunca.

—No seas incoherente. El hecho mismo de que hables tanto del asunto indica que sí estás preocupado. A mi modo de ver, hay que tomar una medida más radical si quieres negar la presencia de ese con más contundencia.

—¿Qué quieres que haga entonces? ¿Vas a decir que lo tengo que matar?

—No estaría mal si lo pudieras hacer, pero hay soluciones menos drásticas. Lo podrías entregar a la policía, por ejemplo.

—¿Se puede entregar el ancestro a la policía?

—¿Ancestro? ¿De verdad crees que es un ancestro?

B se apresuró a palpar el interior del traje para sacar un cigarro.

—El asunto... no es tan sencillo como crees.

—¿Ves?... —El hermano, sonriente, le pasó la cajita de fósforos, desplazándola sobre la mesa—. Sí que estás preocupado, hermano.

—No inventes, hombre... Te aseguro que jamás estaré amarrado a un ser tan absurdo.

—Mejor dicho, te estás engañando a ti mismo.

—Para mí, ese casi no existe. ¿Qué sentido tiene alborotarse ante algo inexistente?

—Como quieras, pero a mi hija me la llevo ahora mismo.

—Cálmate, hombre. Estás apurando la conclusión —dijo poniéndose de pie—. Ya verás. Te garantizo que esto no vuelve a suceder, te lo prometo. Déjame el asunto a mí, por esta vez.

Cuando B lo quiso conducir al cuarto de tres tatamis, el hermano se negó, ya un poco fastidiado:

—¡Basta! No tengo interés en verlo. Esa cara, como un oscuro dulce de fruta recubierta con harina... no, qué va, me da pavor de solo imaginarla.

—Espera, que hay algo importante. Echale una ojeada nada más. Con la ayuda de mi esposa, tuve la osadía... Jamás voy a repetir el mismo error.

B arrastró casi a la fuerza a su hermano hasta la puerta del cuarto y la dejó abierta unos treinta centímetros para que pudiera mirar el interior.

El ancestro se sentaba con la pierna izquierda doblada debajo de la cadera y la derecha levantada hacia la barbilla, como si fuera un esqueleto de cartón mal armado. Hizo sonar la garganta, asustado ante la luz que se coló por el resquicio. Trató de ladear el cuello, junto con el cuerpo entero, hacia el fondo del cuarto, alzando despacio los brazos como para protegerse del peligro. En ese momento se escucharon sonidos metálicos; el ancestro tenía un collar en el cuello y estaba atado a la columna con una cadena de hierro.

—Dime ahora quién está amarrado, a ver, ¿quién? —B simuló una risa mientras le tocaba el hombro al hermano.

Mordiéndolo sus labios, el hermano metió el pulgar derecho en el puño cerrado de la mano izquierda y lo hundió con mucha presión, girándolo como un taladro. Luego volvió al asiento sin decir nada.

—Dime, ¿qué te parece?

—Nada que decir.

—Claro. Ya podemos estar tranquilos. Pronto la niña se acostumbrará...

—¿Que mi hija se acostumbrará a ese?

—Cómo no, si no le hace daño a nadie...

El hermano, abatido, permaneció en silencio durante un buen rato. De repente bajó la voz:

—Pero, hermano, ¿no será que los engañados somos nosotros?

—¿¡Cómo!?

—A lo mejor ese no es ningún ancestro sino un mero vagabundo... y nuestro padre, o quizá abuelo, tan piadoso, terminó creyendo lo que decía...

—Absurdo. ¿Con qué fundamento lo dices?

—No tengo ningún fundamento, ¿pero no crees que las leyendas son así en el fondo?

—¡Habla más claro, hombre!

—Si es solo un vagabundo, lo podemos entregar a la policía sin ningún escrúpulo...

—Me parece demasiado ingenuo y frívolo lo que dices —dijo B con el pecho erguido de triunfo, mientras apagó el cigarro—. Siempre son así las explicaciones añadidas con posterioridad. Yo sería capaz de inventar miles de argumentos semejantes.

—¿O sea que todavía tienes fe?

—No es cuestión de fe. Te estoy diciendo que abundan argumentos coherentes que te convencerán de una u otra manera, pero que jamás terminarán de explicar el fenómeno mismo de manera satisfactoria... Mira, para empezar, bien puede ser que ese no exista desde el comienzo; aunque creemos verlo, puede ser una mera ilusión... Desde luego, no solo lo veo yo sino muchos otros. Se acaba la comida del plato, lo

puedes tocar, y hasta lo puedes amarrar, como ya viste. En este sentido no será una mera ilusión óptica, pero al afirmarlo, uno no demuestra que exista verdaderamente. Por ejemplo, todo el mundo cree que la Tierra es redonda en la época moderna; ¿pero acaso hay alguien que la haya visto? Si me permites más silogismos, un objeto tan grande como la Tierra no se debe imaginar en tres dimensiones sino en cuatro, lo cual estará completamente fuera del alcance de nuestra capacidad visual. Aun así, todos seguimos creyendo que la podemos ver de verdad, así como nadie duda de que un billete equivale a tanto peso en oro, tal como se indica con el número impreso en la superficie... Es decir, una ilusión individual es falsa, mientras que la compartida entre diez personas tiene derecho a ser verídica; y si la comparten millones de personas, ya tiene una existencia absoluta, ¿me entiendes?... Ahora, piensa bien: ése puede ser el producto de nuestra ilusión, limitada al ámbito familiar... pero también es posible que la compartan millones de personas para convertirla en una existencia absoluta. Está bien; puede ser un ancestro vivo o, como tú dices, un morbosos ajeno que no tiene nada que ver con la familia. Pero ¿qué tal si fuera tan solo una ilusión nuestra? Significaría que ése no existe en realidad y que, en consecuencia, es dudosa la existencia de nosotros mismos que hemos creído en él. Resulta que nosotros no somos lo que creemos ser... Espera, que todavía no he terminado. Piensa bien en este punto. Ése se resiste mucho a estar bajo la luz, y siempre hemos procurado evitar que le caiga un rayo solar, porque tenemos pavor a ese gesto suplicante con que nos mira. Qué horror, ¿no te parece?... ¿Y qué ha sucedido? Que ha logrado permanecer oculto, sin exponerse nunca a las miradas ajenas. ¿Esto no quiere decir que todo ha sido en realidad un sentimiento guardado en nuestro interior? Quizá ya lo hemos presentido de una forma ambigua: es decir, apenas se exponga a los ojos mundanos bajo la luz solar, él se esfumará como el vapor y, de paso, nos desapareceremos nosotros también, sin dejar un rastro...

—¿Y cómo es posible que lo viera mi hija, que no sabía nada? ¿Cómo se pudo asustar ante un ser invisible?

—Es porque ya se ha integrado a la familia. Dos semanas son más que suficientes como tiempo preliminar. Yo recuerdo haber visto un prestidigitador parecido, que manejaba un objeto inexistente como si existiera de verdad. Después de repetir varias veces la misma operación, el público terminó convenciéndose de que sí existía...

—Bueno, no me importa lo que creas, pero a mí no me hace sino reír.

—No te estoy pidiendo que me creas, eso no tiene ninguna importancia... pero yo sí creo que los ancestros auténticos solo existen de esa manera y que es muy probable que ese sea el caso del nuestro... independientemente de que lo creamos o no...

—Entonces, consérvalo bien, así, amarrado con su cadena.

—¿Quién te dijo que lo iba a conservar, hombre?

—¿Entonces? ¿Lo vas a matar?

—¿Cómo podría matar algo que puede ser inexistente?

—Vuelve la burra al trigo, hermano. ¿Por qué no pruebas de una vez su existencia? A ver si te desengañas al fin.

—Cómo no... ¿Con qué método lo puedo probar?

—¿Por qué no me haces caso y lo entregas a la policía? Lo puedes acusar de incursión ilegal en la residencia. Lo ideal sería que se esfumara de verdad bajo la luz, como dices tú...

—¿Cómo podrías comprobar que se trata de una luz auténtica? Puede ser que solo acumulemos una tras otra las falsedades en el peor de los casos.

—No me digas... estás exagerando.

—Claro que no estoy exagerando. Por eso digo que eres demasiado ingenuo. Yo en tu lugar —a mí no me importa que la cosa se mantenga tal como está ahora—, apelaría a un recurso mejor si tuviera que matarlo de verdad.

Al ponerse de pie, B fue a tomar un pequeño frasco de una repisa de la cocina. En la etiqueta se veía una diminuta calavera blanca sobre el fondo negro.

—¿Qué es?

—Raticida.

—¿Cómo se te ocurre!

—¿Tú no querías despacharlo?

—Pero sin llegar a tal extremo...

—No es ninguna ocurrencia fulminante, pues ya he deliberado mucho. Para acabarlo de verdad no habrá otro recurso mejor. Si todo sale bien, morirá sin dejar de ser una ilusión.

—Pero cometerás un homicidio en el peor de los casos.

—¿Qué problema hay? ¿Quién se preocuparía por la desaparición de un hombre sin nombre ni registro civil? Al excavar una fosa en el jardín, se soluciona todo sin dejar huellas. Incluso, ese también se sentiría feliz al encontrarse muerto. Yo me hubiera suicidado antes de llegar a un estado tan miserable. Me horrorizo solo al imaginar que tendría que vivir así hasta la eternidad...

—Estoy de acuerdo, ¿pero qué tal la cuestión legal? Antes deberías consultar bien el compendio de leyes...

—Primero lo planteaste tú, hombre. Te reitero que a mí me tenía sin cuidado la presencia de ese. Bueno, manos a la obra, antes de que vuelva mi esposa.

—Espera, te digo, hermano.

—¿O sea que te conformas con el estado actual? ¿O decides dejar a tu hija? Insisto en que yo jamás apelaría a la policía. Me da asco imaginar ese rostro rencoroso...

—Ya, de acuerdo... —suspiró el hermano con los hombros caídos—. Anda, hazlo rápido, antes de que venga mi hija...

El ancestro escuchó toda la conversación detrás de la puerta de papel. Los familiares de B jamás dudaron de que fuera sordo, lo cual pudo ser un error de interpretación originado por la completa parálisis de sus cuerdas vocales y la rigidez de los músculos alrededor del cráneo que le imposibilitaban la expresión de sus sentimientos. En realidad, él entendía todo; sin embargo, a estas alturas ya no había ninguna frase que lo irritara. A pesar de que entendió bien, la conversación sostenida entre los dos hermanos le sonó como una canción fragmentada que estaba fuera de su capacidad comprensiva.

Mientras acariciaba la cadena, puesta en torno a su cuello, lentamente, con las puntas de los dedos secos como pergaminos, se encontraba en un estado de serenidad y plenitud nunca antes experimentado. Tal como acertó B con sagacidad, el ancestro se sentía tan precario como el periódico viejo que revolotea bajo el viento fuerte, y la cadena puesta, en lugar de pesarle como una carga innecesaria, le sirvió como un ancla que estabiliza un barco demasiado ligero; era un beneficio mutuo en realidad, ya que los familiares también encontraban una tregua en esa situación. Mejor habría sido esto, aún si se les hubiera ocurrido ponerle la cadena mucho antes —así no habría cometido la torpeza de espantar a la sobrina de B, nuevo miembro de la familia—. Esto era lo único que lamentaba...

Además, el argumento de B —la idea tan atrevida de que él no fue sino un producto de la ilusión colectiva de la familia— también le pareció gracioso. Claro, el ancestro no se sentía mal al saber que gozaba de una presencia privilegiada entre sus descendientes; se conformaba tan solo con que lo reconocieran como un ser existente, pues era muy modesto y sencillo por naturaleza.

Aun así, no le quedó del todo claro por qué B, hombre tan perspicaz en muchos sentidos, tuvo una ocurrencia tan ridícula como la de apelar al raticida. Mientras sorbía tranquilo la sopa con raticida, moviendo los labios arrugados que despedían un resplandor pálido, el ancestro no pudo dejar de emitir risas sigilosas ante la ingenuidad de sus descendientes; si él era un producto de la ilusión colectiva de la familia, la pequeña sobrina de B debía ser un producto del deseo de él. Al tratar de adoptar a la sobrina y matar al ancestro al mismo tiempo, los familiares caían en la inevitable contradicción de aniquilar la ilusión en virtud de la ilusión producida por la ilusión; es decir, intentaban realizar un homicidio lógicamente imposible. Una vez más él se sintió afortunado de verse incomunicado debido a su parálisis, no solo de sus cuerdas vocales, sino también de los músculos de los brazos, que no le permitían ni hablar ni escribir. Desde luego, no sintió remordimiento al no darles un consejo, a pesar de que sabía muy bien a quién debían envenenar en realidad.

La muerte ajena (1961)

Hoy hubo una visita inesperada. Un hombre estaba acostado boca abajo con los dos pies juntos, apuntados hacia la puerta. Estaba muerto.

No comprendió la situación de manera inmediata. Hubo una pausa de segundos, no logró escuchar ni siquiera su respiración antes de que lo poseyera el pavor.

Se le contrajeron de golpe los vasos capilares alrededor de los labios, sus pupilas se abrieron blanqueándole la vista. Su olfato también se agudizó pues percibió un fuerte olor a piel. Este olor lo despertó abruptamente. A, fulano, habitante del departamento número 7 del edificio M, se estremeció al verse en una circunstancia inaudita. Un desconocido que había entrado a su departamento sin permiso estaba muerto. No había duda de que se trataba de un cadáver, por la ubicación forzada del brazo derecho encima de la cabeza.

A se volteó para revisar el resquicio de la puerta que no había dejado bien cerrada. Las fibras del cuello le tronaron como fósforos de madera cuando se quiebran. No percibió ningún movimiento afuera, salvo el pasamanos de la escalera que despedía una luz blanquecina. Con alivio cerró apresurado la puerta, pero se preguntó por qué se sentía aliviado; si hubiera habido alguien allí por casualidad, seguro habría salido en busca de auxilio. No había nada que temer, puesto que era inocente a todas luces. Sin embargo, se sintió aliviado en verdad por no haber salido. De todas maneras hubiera necesitado un poco de tiempo para examinar con calma la situación, pero su mente se encontraba en un estado que ni él mismo se explicaba.

Si ahí hubiera intuido lo que ocultaba esa aparente contradicción, habría optado por alguna otra forma de actuar y, sin duda, hubiera tenido un desenlace totalmente distinto. Una vez cerrada la puerta, sin embargo, lo que tenía que seguir como consecuencia lógica era trancarla desde el interior; la reflexión cedió ante la lógica. ¿Quién sería capaz de reprocharle por haber pasado por alto un momento de vacilación como una simple trivialidad? Él se encontraba en una circunstancia demasiado seria y apremiante.

Trancó la puerta, sintiéndose un poco apresurado. Era un pasador ordinario de latón grueso, cortado en forma de ficha. El recipiente tenía en su interior un forro de caucho para evitar el ruido de choque. Al ajustar el pasador con la yema del pulgar, sintió cuando había encajado bien... Se le cortó la respiración en seco frente a otro golpe mortal. No cabía duda... Recordó haber entrado después de abrir la puerta con su llave; el muerto no pudo haberla cerrado con llave... A pesar de que insistía en disipar la sospecha en contra de su corazonada siniestra, desde el momento en que se había percatado de la presencia del cadáver, ya no podía negar la posibilidad de que hubiera sido un homicidio. Además, todo esto indicaba que la extrañeza había

comenzado con el acto ilegal de forzar la puerta... ¿O sea que todo habría sido planeado de antemano? ¿El involucrado no fue tan solo el muerto sino también él mismo, que sin saber había formado parte del plan criminal como una pieza indispensable desde el inicio?... Ante la presencia invisible de un enemigo malicioso, se le erizaron los vellos de la piel... Habría sido el mecanismo de autodefensa, activado por instinto al considerar esa posibilidad, lo que le impidió buscar socorro de inmediato.

Claro, la cerradura, no solo de su departamento sino del edificio entero, no era un producto elaborado. Al parecer, tenía la forma de un candado de cilindro, pero su función como tal era dudosa. Él mismo había perdido su llave en una ocasión, y ahora solo cargaba una provisional, ofrecida por el portero, que no le originaba muchos inconvenientes después de haber aprendido un pequeño truco para manejarla. Quizá servía cualquier llave para abrir todas las puertas del edificio, con tal de que no difiriera mucho en tamaño y grosor. Es decir, quedaba la posibilidad de que el criminal no se hubiera fijado en su departamento por algún motivo específico sino que lo hubiera escogido por casualidad solo porque le quedaba más cerca de la escalera. Por otra parte, el recuerdo de haber quitado el cilindro para abrir la puerta podía ser producto de algún error sensorial, originado por la llave que siempre se atoraba, y era posible también que la puerta hubiera estado sin candado desde el comienzo... Estas reflexiones no servían de nada para aligerar la malicia circunstancial; en cambio, tantas posibilidades abiertas lo dejaron perplejo sin ninguna hipótesis segura.

Se volvió para examinar el cadáver. Las fibras del cuello le sonaron de nuevo como los fósforos al partirse. El muerto parecía irritado; estando inmóvil, daba la impresión de desplazarse de manera casi imperceptible pero sin cesar, como el segundero de un reloj. Quizá fuera por causa de esa posición extraña; estaba torcido con tanto artificio, como si fuera un bailarín que brincó a fin de posar ante la cámara. Con el brazo izquierdo aplastado debajo del cuerpo desde la raíz del hombro, y el derecho doblado hacia afuera como si se hubieran quebrado las articulaciones, el muerto sostenía el peso entero de la cabeza en un solo punto de la frente, pegado al piso. Extrañamente las piernas se encontraban estiradas por completo, como amoldadas en un marco. Era demasiado evidente que había intervenido una fuerza exterior después de la muerte.

Llevaba puesto un pantalón azul con rayas desteñidas. Estaba muy arrugado detrás de las rodillas. Calzaba zapatos color marrón con las suelas de goma desgastadas, a las cuales se adherían granos de arena. En los pliegues del pantalón también se esparcían los mismos granos. Desde la entrepierna hasta las nalgas se formaba una gran mancha negra. A lo mejor fue estrangulado. Alguien le había contado que los ahorcados siempre se orinaban al morir. Vestía una chaqueta azul

celeste con cortes en la espalda. Por debajo se asomaba la camisa. No tenía cinturón.

A dirigió apresurado la mirada hacia el interior del departamento. No se notaba nada anormal. El lavamanos al fondo del pasillo... la llave de agua que seguía goteando... el cuarto de seis tatamis con un tapete ligero encima... el cielo raso de madera con tablas cruzadas... la mesa con una silla y el pequeño estante de libros... La ventana, que ocupaba la mitad de la pared, resplandecía bajo el sol declinante... Al lado de la ventana, había una maceta con una planta marchita y una toalla colgada...

No alcanzó a escudriñar la hendidura de la cama encajada en la pared del lado norte, con la vista tapada por una cortina barata de color ocre con dibujos de peces. Agudizó los oídos para ver si se escuchaba algo, pero los ruidos que llegaban de afuera difuminaban todo el ambiente. Jamás se había fijado en que había tantos sonidos alrededor de su casa. Hasta se escucharon con nitidez los chillidos producidos por los amortiguadores de un automóvil. Había más de tres perros que ladraban sin cesar. Algún transeúnte lanzó una carcajada sonora. Alguien lavaba una cazuela. No solo se escuchó el tren que pasaba, sino que le llegó el silbato de un barco que resonó en medio de las nubes.

Se agitó la cortina. Al prestarle atención, le pareció que estaba temblando constantemente, pero no se inquietó demasiado. Quizá intuía que la amenaza no iba a tomar una forma tan simple. Se quitó los zapatos y avanzó unos pasos, procurando no mirar el cadáver, hasta un punto en donde alcanzaba a ver la concavidad de la cama. Estaba vacía desde luego, y desordenada, tal como la había dejado en la mañana. Parecía demasiado deslucida. Hizo una revisión mirando debajo de la cama. Vio el bacín de peltre blanco que relucía.

Descorrió la cortina, sintiéndose avergonzado, y se enfrentó de nuevo con el cadáver. Ahora se fijó más en la parte superior del cuerpo. El cabello corto parecía demasiado rígido... el cuello alto, subido artificialmente... la nuca arrugada y mugrosa que contrastaba con la blancura de las solapas... las orejas estaban marchitas, ya se habían descolorido... los dedos azules parecían entalcados... las uñas tenían las puntas moradas...

No alcanzó a ver directamente la cara, pero estaba casi seguro de que era un hombre desconocido. A buscó heridas en el cuerpo. Dio vueltas rápidas alrededor del cadáver para examinar las partes pegadas al piso. Lo que más le preocupó fue la sangre, que podía haber manchado el tapete. Al ponerse en acción de una manera un tanto errática, despertó del estado de parálisis en que había permanecido hasta ese momento. No detectó ni una huella de sangre hasta donde pudo averiguar. Al levantarse, A miró con detenimiento la mandíbula del muerto. En la sombra de la barbilla se erizaba un pelito que se había salvado de la rasuradora.

De golpe se desbordaron varios pensamientos de su mente; mejor dicho, eran

impulsos que todavía no tomaban forma de palabras, o una manada de animales anónimos, acosados tan solo por la voluntad de huir, pero realizaban acciones demasiado confusas para estar en busca de una salida; y se desesperaban, como si fueran reses acorraladas. ¿De verdad no habría ninguna salida? Claro que sí la había. Solo con voltear encontraría la salida, lo sabía muy bien, pero carecía de valor para volverse, pues era precisamente esa misma salida la que lo espantaba... No le quedaba otro remedio que voltear para disipar estos temores.

Estaba seguro de que el muerto no tenía nada que ver con él. Era un hecho irrefutable en absoluto. Sin embargo, no habría nadie capaz de verificar que la muerte fuera ajena a él. Un suceso queda anclado en el mundo empírico de la gente que lo experimentó como experiencia directa. Habría que demostrar la veracidad del suceso para que se convirtiera en un asunto público, posible de compartir con otros. Dada la circunstancia, él se vería obligado a demostrarla. Solo cuando pudiera demostrarla, tendría un salvoconducto para salir. No sabía qué tan difícil resultaría la demostración. La evidencia no sería un fundamento válido para solucionar el problema. Por ejemplo, el axioma de las líneas paralelas, que jamás se cruzan, es imposible de demostrar pese a su convicción, mientras que es facilísimo probar el teorema de que dos líneas no paralelas se cruzarán sin falta en algún punto. No llegaría a ninguna conclusión antes de examinar la situación en concreto.

Entonces, ¿por qué no se puso en marcha de inmediato, teniendo la salida a la mano? ¿Qué le hizo titubear? De todos modos tendría que dar una explicación satisfactoria a la policía, pero podría apelar antes a la municipalidad. Lo más natural sería mantener la actitud del inocente. Los oficiales, en lugar de ponerse quisquillosos con papeleos, tendrían la bondad de colaborar con él para aclarar el enigma... ¿De verdad era lo que sucedería?... ¿Se trataba de un caso tan ordinario, al cual se le aplicaba el sentido común? ¿La autoridad recibía tantas quejas sobre muertos desconocidos, encontrados de pronto en las residencias sin motivo alguno? No, no era posible. En una circunstancia tan inusual, uno nunca podía andar demasiado precavido. Se trataba de un asunto que no tenía nada que ver con la dificultad de demostración. El hecho mismo de que tenía que llevar un salvoconducto para salir ya era un indicio de que se le tendía una trampa peligrosa.

Se oyó un leve carraspeo al otro lado del pasillo. Algo le explotó en el interior de la cabeza. Se quedó quieto al acecho de un nuevo sonido. Un aro estremecedor le subía ardiente desde los pies, apretándole todo el cuerpo. No hubo ningún otro ruido. Recordó haber tenido una experiencia semejante; un ruido producido en otro departamento se escuchaba muy cerca, justo detrás de la puerta, quizá debido al diseño arquitectónico del edificio; esto no sucedía con cualquier ruido sino tan solo con sonidos difíciles de percibir en estado normal, tales como un suspiro o el de un papel al rasgarse. Debía haber sido un fenómeno parecido...

Un tanto aliviado, adelantó la mandíbula con los labios abiertos para respirar hondo, pero los cerró de prisa, evitando mirar al muerto; se sintió como si estuviera a punto de tragarse el efluvio cadavérico. Ahí le surgió el temor a la putrefacción del cadáver. Aunque todavía no había ningún síntoma, tarde o temprano el cuerpo iba a despedir su pestilencia. Era cuestión de horas. Jamás había experimentado el olor a cadáver, pero se lo podía imaginar de alguna manera. Debía ser algo horripilante, insoportable.

Le era imposible permanecer así sin hacer nada. Si bien era cierto que podía haber peligro a la salida, no siempre serían esos carraspeos inexistentes lo que le amenazarán con su presencia. El cadáver tampoco iba a permanecer quieto todo el tiempo. Lo podían sorprender las visitas inesperadas de los compañeros de trabajo... Hasta podía venir algo peor... Pronto el muerto empezaría a esparcir su olor en todo el edificio para delatar su presencia. Vacilar ante la salida equivaldría a renunciar al escape; acabaría en la paradoja insalvable de la serpiente que se muerde la cola. Habría que cortar la serpiente en algún punto, de un tajo.

No obstante la decisión, le era igual de difícil despachar el cuerpo de la serpiente. Parecía fácil segmentar esa figura esbelta, pero el resultado variaría mucho dependiendo de cómo lo cortara. Así que permaneció en el mismo estado oscilante con la decisión final en las manos, gastando tiempo en vano, mientras la argolla de la serpiente le apretaba cada vez con mayor fuerza.

Le tembló el cuerpo. Bajaba la temperatura. El sol declinante que llameaba fuera de la ventana casi desaparecía sin dejar rastro. ¿Cuánto tiempo habría pasado? Bueno, el ocaso siempre era efímero en esa temporada, quizá solo había durado unos cuantos minutos, pero le pareció muy largo. Se apresuró a ver el reloj de pulsera, como si acabara de recordar que lo tenía puesto. Las cinco y diez. Cómo no se le ocurrió verificar la hora al encontrar el cadáver. Se arrepintió cuando ya era demasiado tarde. Su mente no se encontraba en un estado confiable.

Pronto se pondría el sol por completo. Al oscurecer, tendría que prender la luz. La imagen de la ventana con la luz encendida se le cruzó por la cabeza, y un ardor le quemó el cuello como si fuera una cuchilla. Alguien se fijaría en la luz prendida para desbaratar la coartada. Lo acusarían del encubrimiento de un cadáver.

Tampoco sería posible seguir con la luz apagada. ¿Qué se podía hacer en la completa oscuridad? Aun cuando se le ocurriera alguna solución, no sería capaz de llevarla a cabo. También era una cuestión de seguridad. En este edificio, un sonido trivial podía repercutir en sitios lejanos, tal como había sucedido hacía unos minutos con el carraspeo. Probablemente algún ruido ya hubiera delatado su presencia en el departamento; podía haber algún residente que hubiera asociado una pisada, el giro de una llave, un toque en el pomo de la puerta, o un chirrido de gozne con su regreso. Tal vez hubo testigos que lo vieron entrar sin que él se diera cuenta. Si alguno de

ellos llegara a extrañarse ante la ausencia de luz en su departamento, ¿qué se imaginaría al enterarse de la existencia del cadáver?...

En fin, se encontraba en una situación desfavorable. Para liberarse por completo del muerto solo le quedaban dos opciones: o borrar todas las huellas de que había regresado al departamento o desaparecer el cadáver. Si ninguna le convencía, ¿qué debería hacer? ¿Se resignaría a reportarlo a la policía?...

Imposible. Terminaría cayendo en la trampa tendida por el enemigo invisible. Todavía ni siquiera sabía en qué consistía la trampa. Los policías lo interrogarían con una sonrisa maliciosa: «¿Un muerto desconocido? ¿En serio?». Sería inútil tratar de elaborar alguna respuesta, a menos que lo demostrara con una evidencia. Y no había manera de demostrarlo. Hubiera sido mucho menos complicado si se tratara de un conocido, pero le resultaba imposible, casi al grado de la desesperación, demostrar lo contrario a quienes insistieran en no creer en lo que les dijera.

Otra vez se cerraba la serpiente que se mordía la cola.

La habitación empezó a oscurecer desde los rincones. El cadáver empalidecía cada vez más. Se acordó de que todavía no había mirado bien el rostro del muerto. Sería el único momento que tendría para hacerlo. Estaba casi seguro de que no lo conocía, pero era posible que la cara familiar de un vivo cambiara de impresión al estar muerto.

Sin embargo, no se animó a tocar el cadáver. Quiso realizar todo en un solo acto seguido. Agarraría primero el cabello para levantar la cara y luego, al ladearla hacia la izquierda... Podía funcionar bien en teoría, pero quizá solo serviría para modificar el ángulo del cuello. Lo probó con su propia cara. Parecía resultar, pero no del todo. Habría que sostener la cabeza con la otra mano para torcerla bien. Haría falta emplear una gran fuerza pues le pesaría mucho. Para evitar el contacto directo, agarró la toalla colgada al lado de la ventana para envolverse la mano derecha. Después botaría la toalla al basurero. Se dispuso con una rodilla colocada sobre el piso. Quería terminar todo de un tiro con un solo movimiento de las manos.

El cuello estaba demasiado tieso. Lo podía girar, pero con mucha dificultad. Al fallar el cálculo en el primer intento, el hombre se desplomó encima del cadáver sin poder controlar el impulso. El muerto estaba endurecido de cuerpo entero. ¿Sería a causa de lo que se llamaba rigidez cadavérica?

Tuvo que girar la cabeza despacio, venciendo la resistencia pesada y rechinante. El cabello estaba frío y pegajoso. Alcanzó a ver el semblante, que tenía una expresión extraña en los labios. Debajo de los párpados entrecerrados se asomaban las pupilas: una cara huesuda, un poco estirada hacia la barbilla. Detectó un gesto cómico alrededor de las fosas nasales. Salvo el color, era un rostro de alguien que se avergüenza de haber dormido demasiado.

A huyó de un brinco, lanzando un grito silencioso. Con el cuerpo convulsionado,

las articulaciones de las extremidades parecían estar a punto de desbaratarse. Desesperado, se quitó la toalla de la mano derecha para echarla encima de la cara del muerto. Alcanzó a cubrir el rostro, aunque no por completo.

En realidad, no se asustó por la novedad; por supuesto que no era ningún conocido. Como no había esperado un gesto tan particular en el rostro del cadáver, este le cobró sin misericordia su falta de imaginación. No podía controlar los gemidos intermitentes que salían de su garganta. Con pasos sigilosos rodeó la cabeza del muerto para atravesar el cuarto, y se puso de bruces sobre la mesa. Sosteniendo la cabeza entre los dos codos, se presionó las sienes con las yemas de los pulgares.

Durante un largo rato, siguió dándose esa especie de masaje. Luego enderezó el cuerpo con brusquedad. Y se le ocurrió una idea torpe, casi igual que el mismo acto. Claro, debería trasladar el cadáver a algún lado... Solo el criminal, que lo había abandonado ahí en algún momento, y él sabían que el cuerpo se encontraba ahí... Si alguien se hubiera enterado, ya lo habría reportado a la policía... Ya se estaría armando un escándalo con los policías que llegaban... No había riesgo de que le cayera encima la sospecha, ya que el criminal se callaría aunque él se desprendiera del cadáver...

De una u otra manera había que probar una tajada de la serpiente. La idea de trasladar el cadáver no solo le proporcionó una solución sino que lo liberó también del temor a la salida que lo había estancado. Así como algo delicado se deteriora con una sola fricción, se le esfumó la paradoja de la salida sin dejar una huella; al menos, le pareció que era lo que iba a ocurrir. ¿Por qué se había angustiado tanto?... Pese a su voluntad de razonar, no había funcionado de ninguna manera la razón hasta ese momento... Pero ya era diferente. Empezaron a brotar uno tras otro los juicios realistas y las conjeturas razonables. Esta idea de sacar el cuerpo tampoco fue producto del azar al cabo de la desesperación, sino que se fundamentaba en un argumento lógico.

Quizá fuera el mérito de colocarse en el lugar del enemigo invisible; fue que, al tratar de mover el cadáver, aplicó sin querer la mente del criminal. Una circunstancia tan absurdamente simple, en la cual se había visto forzado a darle la cara a un muerto desconocido, aparecía con una nueva fisonomía al ser observada desde un punto de vista diferente; por ejemplo, llegó a sospechar que el enemigo era un residente del mismo edificio. No cabía duda de que habían introducido el cadáver al departamento de día, durante un lapso como de diez horas, en el cual el departamento estaba desocupado. ¿A quién se le ocurriría andar en la calle con una carga tan llamativa a pleno día? Era razonable pensar que la mudanza se había realizado dentro de este mismo edificio.

Bueno, todavía no se sabía si el asesino había escogido su departamento según un plan premeditado o solo había sido azar. De todas maneras, habría mucha gente que

estaba enterada de que él se ausentaba casi siempre de día y que la llave de la puerta, que solo cumplía su función como tal a medias, se abría con un truco sencillo. Obviamente habría otros departamentos que se encontraban en las mismas condiciones, de los quince que se repartían entre la planta baja y la superior. Podía haber sido muy conveniente el primer departamento de la planta superior, en el caso de que el asesino fuera residente de la planta baja. Parecía que iba alcanzando la verdad...

Solo de un punto estaba seguro: el asesino era un desconocido, puesto que ignoraba quién era el muerto. Había una pequeña posibilidad de que el cuerpo hubiera sido solo un medio para atormentarlo, pero no se le ocurría alguien conocido capaz de realizar semejante barbaridad, ni un motivo que la justificara. Lo más probable es que al asesino no le importara diferenciar el departamento, mientras no fuera el suyo; al contrario, le convenía el carácter anónimo, y se fijó en un departamento cualquiera sin preocuparse de quién pudiera ser su habitante.

No veía ningún obstáculo que le impidiera realizar el plan del traslado. No podía haber ninguno, a menos que el asesino le hubiera tendido una trampa con la intención de evidenciar su vínculo con el cadáver. Tenía que pensar bien en este punto. De ser asesino, él lo tomaría en cuenta al cometer el homicidio. Había varias posibilidades: una sería sugerirle al portero que A había hospedado a algún conocido en su departamento la noche anterior; otra consistía en llamar por teléfono desde el exterior y armar un escándalo ante el portero que le informaba de su ausencia, con insultos desenfrenados sobre el carácter irresponsable y la deshonestidad de A; en este caso, el portero sospecharía de que A tuviera amistades extrañas. Este método le pareció muy convincente, ya que lograría dejar una impresión fuerte sin comprometerse directamente.

Sin embargo, esos trucos solo darían los resultados deseados cuando encontrarán el cadáver en el departamento; él no tendría que alarmarse por un testimonio desfavorable si no hubiera ningún muerto desde el comienzo. Al realizar una requisita exhaustiva de todos los departamentos, los policías detectarían uno que otro rasgo sospechoso en cualquiera de los residentes. Solo se vería perjudicado el que cargaba el cadáver; nadie sería capaz de vencer el irrefutable hecho de que el cadáver se encontraba en su departamento, por más que insistiera en su inocencia. Ante la autoridad que le reclamaba la prueba de que él o ella eran ajenos al muerto, solo se desesperaría al saber que era imposible demostrar un hecho tan obvio... Dejarlo en manos de un desconocido resultaba ser la manera más sencilla y segura de despachar un cadáver; de hecho, sería mucho mejor que excavar un foso para enterrarlo.

Ahora, ¿en cuál de los departamentos debería depositar el cadáver? Con la espalda pegada a la ventana, A escudriñó la puerta cerrada por encima del cadáver, pues así sintió como si pudiera observar el edificio entero a través del resquicio.

Parecía más bullicioso de lo que se había imaginado. Las cinco cincuenta y cinco... No era buena hora, a pesar de que se trataba de un edificio con muy poca actividad, habitado solo por solteros y parejas que tenían empleos regulares. Bueno, la bulla se podría aprovechar en beneficio del plan, ya que no llegaba al grado de que pasara gente sin cesar por el corredor; después de escucharse una serie de pasos, había una pausa suficiente como para permanecer con calma a la espera de la siguiente llegada. Al sincronizar bien con la frecuencia, quizá pudiera realizar el traslado con éxito sin necesidad de preocuparse demasiado por el ruido de abrir y cerrar la puerta.

Para cargar el muerto, estaba decidido a probar un buen método, utilizado en una película que le había impresionado, y que consistía en simular la presencia de un borracho. En realidad, le repugnaba la idea de apoyar al muerto en su hombro, pues él detestaba abrazar hasta a la gente viva; pero no era el momento de obstinarse en sus gustos personales. Envolverlo con una cobija sería fatal, porque lo volvería más llamativo. Al contrario, debería defraudar la expectativa general de que un cadáver siempre estaba oculto. El asesino habría estado bien enterado de esa táctica al cargar el muerto. Puesto que lo oculto sería descubierto tarde o temprano, lo que había que preparar era una buena forma de ser descubierto.

Desde luego, era demasiado arriesgado trasladar el cadáver escalera abajo. Aun cuando tomara precauciones, no había necesidad de exponerse demasiado. Además, la dirección de movimiento tenía que ser de la entrada hacia el interior del edificio, ya que necesitaba simular el regreso a casa. Lo contrario sería una anomalía inusitada, que activaría la curiosidad de la gente por conocer el desenlace. En fin, solo le quedaban departamentos de la planta superior para realizar el plan; los más convenientes eran los tres hacia el fondo. Por fortuna, los habitantes se ausentaban con cierta frecuencia. No se sabía en qué estado se encontraban los departamentos ese día. Quizá no había nadie, ya que no había percibido pasos desde su llegada.

El hombre de al lado era un soltero corpulento y barbudo de cara redonda con una manía de chasquear, tan fuerte como para hacerse escuchar a través de la pared. Trabajaba en la sección de venta de una fábrica de aparatos de soldadura con oxígeno, y a veces llegaba borracho y aumentaba la frecuencia de los chasquidos. Salvo un par de ocasiones en que se vieron en el baño público, casi nunca había conversado con él.

El del medio era un hombre encorvado, de profesión desconocida, con patillas largas, que casi siempre canturreaba algo cuando pasaba delante de su departamento. Llevaba una vida bastante desordenada con muchas salidas irregulares; un día aparecía con afán y se calmaba al día siguiente; a veces pasaba varios días sin salir, guardando un silencio absoluto. De cuando en cuando prendía el radio a todo volumen como si se hubiera enloquecido; en una ocasión un vecino fue a quejarse por no soportar más aquel ruido tormentoso, pero solo encontró el departamento vacío.

En el del fondo vivía una pareja, de la cual no sabía nada en absoluto. Desde luego, no era necesario tener conocimiento para poner el plan en práctica; bastaba con que fuera gente ajena. Al contrario, quizá le convenía más cuanto menos supiera de ellos.

Sin embargo, sintió pena al imaginar cuánto se desconcertaría la pareja frente al cadáver abandonado. Se les multiplicaría el tamaño de la angustia y la desolación ante el peso del compromiso de quienes asumían la responsabilidad mutua de mantener sosiego en la vida conyugal. Probablemente huyeran despavoridos a toda prisa, cayendo en la trampa, sin detenerse a reflexionar sobre el posible interrogatorio severo que los esperaba a la salida... ¿Pero qué culpa tengo yo? Me vi en la misma circunstancia peligrosa y encontré un método para salvarme. Cada quien debe buscar una solución por sus propios medios. Todavía le quedan más departamentos pues... Quizá el que botó aquí el cadáver también lo había encontrado de igual manera en su departamento. ¿O sea que el cadáver estaría circulando de un departamento a otro sin cesar? Del fondo de su corazón le surgió una risa que le presionó los dientes. No había que tomar nada en serio. Solo haría lo que hacían los otros. Se le esfumó por completo el pequeño remordimiento originado por la idea de echarle el muerto a otra persona.

En su mente elaboró más o menos el siguiente plan: después de confirmar, ante todo, que no había nadie, desactivaría la llave; lo lograría sin mucha dificultad mediante los trucos aprendidos, al menos con alguna de las tres puertas, que iría probando una tras otra; la presa sería la primera en ceder. Luego, volvería a su departamento para observar desde la ventana a los transeúntes que iban por la calle. ¿Cuánto se tardaría caminando desde el límite de la vista hasta el pie de la escalera, pasando por la entrada del edificio? Hizo el cálculo desplazando la vista a lo largo de la ruta con una velocidad un poco apresurada y determinó que eran 35 segundos. Significaba que tenía 35 segundos asegurados si no se veía a nadie desde ahí en ese instante. Cargaría al muerto sobre el hombro para salir al corredor, dejando la puerta abierta que, además de ahorrarle unos segundos, serviría de obstáculo para tapar la vista desde el exterior: otra ventaja de avanzar hacia el fondo. Imaginándose cada uno de los actos que realizaría para trasladar el cuerpo al departamento indicado —cerrar la puerta con llave, tal como había estado antes, y regresar con naturalidad—, hizo una simulación de todo el proceso. Tardó 24 segundos; le sobraban más de 10 segundos. Aun cuando se le cayeran los zapatos al muerto, tendría suficiente tiempo para reponérselos.

Al muerto se le había disipado su aire horripilante y tenebroso, pero igual no dejaba de ser desagradable tener que soportarlo enfrente. Qué cosa tan repugnante y absurda. Solo era una molestia que corría de un departamento al otro, originando problemas a los inocentes. Un poco más de paciencia. El cadáver se convertía en una

sombra pálida, casi sin peso.

Sacó la llave del departamento para lanzarla al aire y la cogió entre las dos manos con el ademán de frotarla. Repitió varias veces el mismo acto, esperando diez minutos más... Dentro de diez minutos estaría más oscuro, al grado de no poder leer el periódico, y cualquier perezoso prendería la luz. Si no se colaba ni un rayo del resquicio de la puerta en ese estado, era seguro que no había nadie adentro. Ahí se pondría en acción...

Agarró un cigarro entre los labios. Buscó a tientas los fósforos.

Se le ocurrió que se había involucrado en un asunto extraño. Su relación con el muerto no cambiaría de ninguna manera aunque lo dejara en un departamento ajeno. En realidad, la ley no sancionaba que hubiera una relación sino la falta de táctica que lo condujo a una situación en que se veía forzado a comprobar que no tenía ninguna relación con el muerto. La ley era demasiado estricta en su aspecto negativo, pero podía ser generosa con respecto a su flexibilidad. El ser humano era libre, mientras que no cometiera errores graves.

Por supuesto que un ser humano se exponía cada minuto al riesgo de cometer errores sin querer, pero tampoco era justo lamentarse por esta desdicha. Ahora que iba a abandonar el cadáver en manos de algún desconocido, ese mismo desconocido podía ser el asesino original que le había echado la culpa. En medio de tantas farsas que tenían lugar en la vida cotidiana, la ley garantizaba una justicia solo hasta cierto punto... Esta reflexión tampoco le compuso el ánimo. ¿Por qué sentía una extraña asfixia en el pecho?...

Su mano insistió en manosear la superficie de la mesa... entre las viejas revistas amontonadas... por debajo de la bandeja de aluminio con varios platos encima... No encontraba los fósforos. Recordaba haberlos dejado por ahí. ¿O el muerto los escamoteó para guardárselos en el bolsillo?...

De repente algo irrumpió con un chasquido en su cabeza. La imagen absurda del muerto que tomaba los fósforos. Al habersele ocurrido que le devolverían de nuevo el cadáver, esto se convirtió en una horrible advertencia real. Cualquier evidencia material lo podía delatar. ¿Cómo no se le había ocurrido eso hasta ahora? Era facilísimo armar un truco para evitar que el cadáver circulara de mano en mano.

Le bastaría al asesino, por ejemplo, con recoger la cajita de fósforos para guardarla en uno de los bolsillos del muerto; ésta tenía inscrito el nombre de su cafetería favorita, Three Cats, y en el centro del fondo dorado había un dibujo muy elaborado de tres gatos con rayas negras y verdes, todos clavados en brocheta como sardinas secas. A lo mejor había anotado algo ahí a mano. De todas maneras, sería facilísimo seguirle la pista por medio de la cajita. Cómo no se le había ocurrido. La dificultad de demostración no quedaba en el plano de las discusiones generales. Los fósforos no eran sino uno de tantos recursos posibles; podría ser una tarjeta de

presentación, una foto o un pelo enmarañado entre los dedos del muerto. Cualquiera de los objetos dispersos en el cuarto era más que suficiente para delatarlo.

Se le cayó el cigarro de los labios. Lo dejó rodar. Por primera vez en su vida sintió el peso del cigarro. Se volteó hacia la ventana en busca de algo. Sin un rayo de la luz deseada, solo se palpaba la transparencia difusa que envolvía los objetos. Habría que prender la luz para despojar al muerto de posibles evidencias que lo pudieran comprometer. Con la luz prendida, ya no tendría razón para negar que estuviera en casa a esta hora...

Quería despachar el cuerpo antes de prender la luz. Todavía no renunciaba al plan de trasladarlo. Iba a llevarlo a cabo en cuanto terminara de revisar el cadáver de manera exhaustiva. Aun cuando borrara evidencias falsas, quedaría intacta la desventaja inicial de tener que demostrar su inocencia. Después de terminar el traslado, podría prender la luz con calma; mejor dicho, debería prenderla para reafirmar su inocencia. Si era necesaria la luz para la requisita del cadáver, que constituía una etapa preliminar del plan de traslado, no le quedaba otra alternativa que prenderla con audacia, confiando en el resultado exitoso. No debería temer a lo que vendría cuando fallara el plan con la luz prendida...

Sus nervios se encontraban en un desasosiego tan aterrador que ya se asustaba con cualquier trivialidad. Hasta la claridad de la luz le cayó como un golpe que le hizo sudar frío. Recobrado el aliento, el espacio entero lo amenazó con la posibilidad de integrarlo de nuevo. El cadáver mostró su presencia abrumadora. Era comprensible la amenaza de las paredes y los muebles que le eran familiares, pero el muerto también le demandaba un reconocimiento. La luz ya estaba prendida. Se acercó titubeante, empujado por el flujo del tiempo que avanzaba inclemente alrededor del cuerpo, tal como una roca inmóvil intensifica la corriente del río.

Los dos bolsillos del traje se encontraban debajo del cuerpo. Tampoco le podría tantear el pantalón en esa postura. Habría que darle media vuelta para colocarlo boca arriba. Calculó en la mente la fuerza, el ángulo y la dirección de los movimientos necesarios para sincronizar todas las partes plegables y flexibles, y supuso los resultados. Quería limitar el contacto a lo mínimo posible. ¿Qué tal si metía el mango de la escoba entre el cuerpo y el piso para que sirviera de palanca? ¿O le tirara del traje desde el otro lado? Mejor no. Si el cuello ya estaba tieso, la mano derecha habría de estar endurecida también; al estirla con fuerza en la dirección opuesta, podría alzar el cuerpo entero con facilidad. Pero la muñeca se mostraba tan expresiva que parecía condensar la muerte, mucho más que el rostro, y casi le infundió el miedo de un contagio. La insertó entre las páginas de la revista abierta para elevarla con las dos manos. Inesperadamente la muñeca se dobló sin resistencia; no sólo la muñeca sino la articulación del codo se desplomó al perder sostén. El brazo, que tenía una forma extraña desde el comienzo, quedó en una posición demasiado grotesca... Estaba

fracturado por completo. Un cadáver lastimado era mucho más repugnante que ver las lesiones en un cuerpo vivo. ¿El brazo fracturado no se endurecía nunca? ¿O habría alguna razón especial?

Quería acabar con esa situación tan repugnante cuanto antes. Fue al zaguán para calzarse el zapato en el pie derecho con la brusca intención de patearlo en el costado, a ver si lo hacía rodar. Después de presionarlo con toda la fuerza concentrada en el pie, logró darle media vuelta al fin, a medida que la energía elástica se transmitía del costado hacia las extremidades. A pesar del resultado exitoso, dejó una huella evidente del zapato sobre el traje azul. Sintió un escalofrío: una sensación aciaga de pérdida fatal. Apresurado tomó un cepillo para limpiar la huella. Por fortuna se borró pronto, pues la suela del zapato estaba seca. O al menos no se notaba a simple vista.

Comparado con lo que sobrevénía en ese momento, la huella del zapato era un asunto sin importancia; ocurrió algo que superaba cualquier expectativa inquietante. Primero fue una mancha rojiza que reconoció con el rabillo del ojo. Se asomaba solo una puntilla por debajo de las solapas del traje. Parecía un pedazo de esos envoltorios que se utilizan para los envíos. Lo escrutó levantando las solapas y se dio cuenta de que la camisa estaba desgarrada. Tenía una rotura descubierta hacia el exterior, y exhibía una mancha de sangre descolorida.

Dirigió la mirada casi por instinto hacia el pecho, imposible de ver cuando el cuerpo había estado boca abajo. Como lo temía, detectó una mancha parda del tamaño de la moneda de un yen sobre la cobertura del piso; tenía un punto rojo semitransparente en el centro, y una forma irregular, como una costra lustrosamente tenue a su rededor. Quizá las gotas que chorrearon por la fisura de la camisa terminaron coaguladas.

No fue un golpe fatal como se suponía. Más bien fue una sensación de colapso que le entumecía el cuerpo. Recogió la toalla que se le había caído de la cara al muerto cuando intentó moverlo, y frotó maquinalmente la mancha de sangre. La ensalivó para volver a intentarlo nuevamente. Al rato se borró apenas en la superficie, pero fue un intento vano para quitar lo que se había infiltrado entre las fibras del forro. Fue al lavabo para mojar la toalla. Al pasar vio con desgano el rostro del cadáver. Se extendía una magulladura en el borde del ojo izquierdo, que había estado oprimido hasta hacía unos minutos. Pero, a ver... Recordó haber visto antes un moretón semejante que cubría la piel desde la nariz hasta la barbilla... No era ninguna magulladura sino quizá la misma mancha mortuoria... ¿Sería que se desplazaba por su propio peso según la postura? ¿Era cierto entonces que un cadáver no era sino un bolso de esponja, llena de aguas coloridas?

La toalla mojada se mostró ineficaz ante la maraña de fibras espesas. Haría falta bencina o algún alcohol, al menos un líquido disolvente. ¿Serviría el detergente? Podría funcionar, ya que sí limpiaba bien las manchas de sangre dejadas en la toalla

después del afeitado. Aplicó primero unas gotas directamente alrededor de la mancha, luego la hizo espumar dándole pequeños golpes con la toalla mojada, y después recogió la espuma. Al realizar dos veces la misma operación, se borró la mancha casi por completo. Sin embargo, sucedió algo peor; el lavado había dejado un círculo blanco por efecto del detergente.

Cualquier inspector se fijaría en la fibra descolorida. Una mirada casual sería suficiente para descubrir el truco. Una vez que se generara una duda, ya no habría escapatoria. Había oído hablar de un método científico que daba relieve a la sangre humana, sacándole un brillo azulino mediante una esencia química.

El muerto estaba resuelto a anclarse en ese departamento por culpa de la pequeña huella de sangre. Ya de nada serviría el plan del traslado. Al descubrir el cadáver en algún sitio, los policías emprenderían una investigación, visitando a los vecinos casa por casa. Con o sin motivo, revisarían todos los departamentos del edificio en busca de cualquier rastro sospechoso; «la mancha blanca del lavado reciente», esa conclusión los pondría eufóricos. Ubicada justo al lado de la entrada, la mancha no podría ser tapada por los muebles.

Una vez en manos de los policías, la huella de sangre se pondría elocuente: la identificación del tipo sanguíneo para empezar; y luego pasaría a revelar el transcurso temporal. Sería determinante para especificar el orden de los sucesos; aclararía la hora en que el cuerpo había dejado de sangrar... Es decir, demostraría el hecho irrefutable de que él se encontraba en el departamento, o justo en el momento del homicidio, o unos minutos después. ¿De qué manera estas aclaraciones lo relacionarían con el homicidio? De seguro lo perseguirían hasta el final sin dejarle ni un minuto de sosiego.

Aunque sabía que ya no se iba a quitar la sensación pegajosa por más que se frotara las manos con la toalla, igual se las frotó con insistencia. Pese a la turbación originada por la huella de sangre, hizo la requisa del cadáver a ver si encontraba algunas pertenencias. Ni siquiera en una circunstancia tan desfavorable, debería permitir que hubiera una falsa evidencia que lo comprometiera de una manera injusta. Los suicidas también se cuidarían de sus objetos personales. Sin embargo, todos los bolsillos estaban vacíos: nada de tarjetas de presentación ni de la cajita de Three Cats, ni un palillo de fósforo. No solo no llevaba ningún objeto que indicara el vínculo con él, sino nada de lo que un hombre común y corriente cargaría al salir, ni monedas, ni pañuelo, ni agenda. Toda la ropa estaba tan ajada que no parecía recién salida de la tintorería sino pasada por una aspiradora. Y se sabría que todo fue a propósito, ya que le habían quitado hasta el nombre bordado en el traje. No había nada que indicara la identidad del muerto. Salvo los granos de arena, pegados a las suelas de los zapatos y a los faldones del pantalón, todo lo que llevaba puesto eran artículos corrientes.

La situación ni mejoró ni empeoró con este dato. Volvió al punto de partida en

resumidas cuentas. Era lo que había esperado de una u otra manera. El asesino se comportó con buen juicio al no dejar ninguna evidencia falsa. Todo hubiera marchado bien de no haber sido por esta mancha tan absurda de sangre... Ni que la hubiera buscado el mismo asesino...

Alguien entró subiendo la escalera con pequeños pasos tambaleantes. Eran los taconazos inseguros de una dama. ¿Sería ella?... Pero era miércoles... ¿Cómo se le ocurría venir el miércoles?... Con una celeridad inverosímil metió el cadáver debajo de la cama. El bacín hizo un ruido al deslizarse entre la pared y el cadáver. Los pasos tambaleantes siguieron de largo delante de la puerta. Alcanzó a escuchar el sonido de la llave al girar en la puerta que estaba al fondo del corredor.

Con la respiración entrecortada lamió repetidas veces sus labios. Por más que se los mojara con saliva no aplacaba la sensación de sequedad. Más que secos, sus labios estaban entumecidos. Se le complicó un poco el trabajo, ahora que la mujer estaba en su departamento, pero eso no era motivo para sentir más presión. Todavía le quedaban varias salidas. Si le estorbaba la presencia de la mujer, le podía pedir que se fuera mientras se dedicaba a la maniobra; o sea, le llamaría desde la cabina telefónica de la esquina. Con la luz prendida, ya era inútil preocuparse por las miradas ajenas. Al llamar, el portero saldría a buscar a la mujer, entonces él regresaría al departamento dejando el teléfono descolgado. Mientras la mujer se quedara esperando en vano la respuesta del desconocido en el cuarto del portero, él podría despachar el cuerpo con presteza. La mujer no abandonaría el teléfono en menos de 24 segundos. Su cerebro estaba provisto de una eficacia suficiente como para improvisar un plan de emergencia.

Se agravaría la situación si llegara otro residente, pues solo quedaría un departamento disponible para la maniobra. No era imposible pero aumentaría el riesgo. Tal vez debería empezar a obrar de inmediato. ¿Pero para qué iba a actuar en vano? Un truco fallido lo condenaría a la desgracia. ¿Cómo lograría escaparse de esta huella de sangre?...

Con el cadáver escondido, el espacio se veía extrañamente extenso. En la amplitud se destacaba aún más la blancura del lavado sobre el tapete. Se vio atacado por un deseo de ampliar la blancura en todas las direcciones; y ese deseo, que al inicio fue una mera reacción fisiológica, más que una idea razonable, creció con matices inesperados al hacerlo consciente. Claro, al lavar el tapete entero con detergente se borraría la mancha blanca en medio de la blancura general...

La idea se desarrolló aún más: lo mejor era eliminar el tapete. Pero no lo podría botar a la calle, porque así dejaría una pista comprometedor. Lo despedazaría desde los bordes para quemarlo poco a poco en el cenicero. Qué bueno haber comprado un cenicero de gran tamaño para así evitar el fastidio de tener que limpiarlo cada día. Al echar la ceniza al inodoro, se borraría la evidencia por completo.

Asunto arreglado. El cadáver lo podría despachar después. Si no alcanzaba a hacerlo esta misma noche, podía ser al día siguiente.

Las fibras de carbono se quemaron con bastante facilidad. Disfrutó también del proceso de despedazar el tapete poco a poco. Cada fibra quemada lo hacía avanzar hacia la libertad. Pero el humo era insoportable. Tosió varias veces mientras se secaba las lágrimas. No era tanto por el humo sino por ese horrible olor a chamuscado. ¿No lo percibiría el portero, que siempre tenía un olfato extremadamente sensible? Al levantar la mirada se dio cuenta de que el cuarto estaba tan saturado de humo que hasta la luz eléctrica se veía turbia. La estrategia resultó un fracaso rotundo, ya que ni siquiera había terminado de quemar el primer puñado de fibras. Vertió agua de la tetera, que había sacado de la cocina. El cenicero estalló con un chasquido cuando se levantó la primera columna de vapor.

Ahora tendría que tomarse el trabajo de lavarlo. Después de traer un balde con agua, se arremangó el pantalón y la camisa para esparcir el detergente. Demostrar su inocencia le imponía un trabajo penoso.

Luego se dio cuenta de que había dado un rodeo innecesario: ¿esta misma huella de sangre, que había tratado de borrar a como diera lugar, no sería acaso su salvación o la mejor prueba de su inocencia?... Es decir, la policía llegaría a especificar la hora del homicidio con exactitud al examinar bien el cadáver según su estado de rigidez y por la posición de las manchas mortuorias; de ahí le faltaría solo un paso para deducir la hora en que metieron el cadáver en el departamento. La huella de sangre hubiera sido una evidencia favorable para él. Al probar la coartada... y cómo no probarla ya que ese día no salió ni una sola vez de la oficina durante todo el turno laboral... Así probaría su inocencia.

Esto se le ocurrió demasiado tarde, cuando ya había terminado de limpiar y de haber dejado todo de un blanco luminoso. Los nuevos detergentes tenían un inmenso poder para blanquear. Permaneció estupefacto mientras observaba el tapete lavado con tanto esmero. ¿Cómo podría explicar esta blancura absurda? Era un objeto demasiado llamativo, que solo serviría para motivar más sospechas. La mancha de sangre lo hubiera salvado...

Para colmo, había descubierto un cadáver, y dejó correr el tiempo sin reportarlo de la manera adecuada. No tenía ninguna excusa en este punto. Ya nadie creería en su posible coartada. La situación iba de mal en peor a medida que permanecía en esa espera pasiva. Debería entregarse de una vez sin más titubeos; cuanto antes mejor...

Este piso tenía una blancura ridícula... Ya no habría manera de remediarlo... Mejor sería seguir luchando con el cadáver y dejar de lamentarse. Le faltaba valentía para tomar la decisión final: o entregarse de inmediato o seguir luchando. ¡Ánimo! La opción correcta tenía que ser la que le exigía mayor valor...

Cuando comenzó a clarear la aurora, él todavía estaba dubitativo, parecía

demasiado cansado para sopesar cuál de las dos le exigía mayor valor.

Al borde del abismo (1964)

... No me dejaré vencer... es una pelea... yo no voy a luchar para perder...

¡Carajo, esta leche es de ayer, ya no sirve! Aun cuando la guardes en la nevera, da lo mismo. La leche está viva, ¿me entiendes?, está viva, es un ser viviente, de verdad. Al estar viva, se digiere a sí misma y se queda sin valor nutritivo. Qué problema, oye... ¿por qué no te fijas en la fecha impresa en el envase? No gastan el dinero de la impresión solo para ponerle un adorno, ¿sabes? El producto de hoy se debe consumir hoy mismo...

¿Qué hora es?

Pero las nuevas peras locas que acaban de llegar... esas bolas rojas... me sentaron de maravilla... uno dos, uno dos, uno dos... ¿sabes que tengo oídos muy sensibles? Reacciono de inmediato ante cualquier sonido trivial. En el ring las suelas de las botas untadas con resina suenan de una manera muy especial, ¿me entiendes?, y ahí sé en qué estado físico me encuentro. En una ocasión, tuve que volver apurado a la esquina, a mitad de la pelea, para untar las botas con más resina. Y la risa que eso produjo...

Buenas noches... le fue muy bien ayer, señor Kimura... fue magnífico de verdad. Al lado del ring, ¿se fijó?, había una mujer espléndida que le vitoreaba, así...

Qué frase: «¡Me encantas, me encantas!»...

Qué fastidio... Tengo que ganar la pelea...

Últimamente me cuesta tanto la dieta que de noche me despierto soñando con la vianda de arroz. Para colmo, he tenido demasiadas peleas; ya no soporto ese ritmo tan acelerado. ¿Acaso me toman por pan comido?

Claro, sin peleas me aflojaría en el entrenamiento, pero el exceso también me acabará con celeridad. Ya me siento agotado, ¿sabes? Es mejor calidad que cantidad... Cómo me gustaría escoger solo presas fáciles... pero jamás gozaría de semejante lujo...

Carajo, el otro día hasta llegué a la pesada... ya había terminado el chequeo médico... y nunca apareció el contrincante... Cómo lloré, te lo juro... Después de haber sufrido tanto la dieta, ¿ves lo que pasó? Desde luego, el dinero sí lo cobré, pues ya me habían pesado y no podía regresar con las manos vacías. Pero qué decepción, para uno que atraviesa la edad de andar hambriento todo el tiempo; si no fuera por el boxeo, ¿te imaginas?, me hartaría de comida. Al pesar 51 kilos, uno más no me importaría a mí, ni menos a los demás. Al comienzo de la carrera no tuve ningún problema de peso. Con tantos ejercicios que hacía, todo el alimento pronto se me convertía en músculos...

Tantas ofertas en avalancha me harán la vida imposible. Empecé a practicar el

boxeo para no morir de tedio ante una vida demasiado ordinaria, pero me ha resultado tan azaroso que no dejo de angustiarme. Tampoco sería capaz de suicidarme, ¿verdad que no?... No, no sería capaz... Solo un hombre con un cerebro más desarrollado tendría la osadía de hacerlo...

... Oye, te cortaste mucho el pelo, por la parte de arriba... no, no, es mejor ir a la peluquería antes de la pelea... La barba que crece por culpa de la pereza te vuelve doblemente miserable cuando te tumban en el ring...

Uno dos, uno dos, uno dos, uno dos, uno dos, uno dos... Mira, hoy estoy en muy buenas condiciones...

Oiga, señor Kimura, fíjese que el otro día saqué un oráculo escrito y me tocó uno que decía: «Suerte inesperada». Esa máquina que arroja un cacahuete al colocar una moneda de diez yenes y levantar la manivela, ¿la ubica? Me puse de buen humor y probé otro, pensando que sobrevenía algo extraño. Otra vez lo mismo: «Suerte inesperada». Me dejó atontado y quise probar uno más... y me tocó otra vez la misma frase. No lo podía creer. ¿Verdad que es extraño? Usted sabe que tengo el brazo lesionado, pero me infundió tanta confianza que fui a hablar con el maestro para suplicarle que me ayudara a realizar esta pelea, a como diera lugar. Pero qué tal si la pierdo después de todo esto, qué congoja...

Anda, el sparring

Uno dos, seguidos

¡La derecha, uno dos!

Ahora, jab, jab, jab, jab

Un uppercut directo

Tres derechas, una, dos, tres

Un uppercut derecho

¿Qué sonó ahora?... Ya, la puerta de abajo... hasta la puerta es de acero... El ruido me cayó como un golpe en el vientre.

Ay... estoy despistado hoy. Se me han olvidado muchas cosas. ¿Alguien tiene una toalla de más que me preste? La mía se me quedó en la casa. Quizá soy un tarugo insalvable...

Me levanté de un tiro a las cinco de la mañana, como de costumbre, a pesar de que me habían dicho que hoy podía omitir el trote... Qué torpe soy... Iba a dormir a mis anchas, porque me dijeron que ya no había problemas de peso... Anoche escuché música en la cama para relajarme... el concierto para violín de Tchaikovski... ¿no le parece hermoso?... El canto del cisne también es relajante... Me gusta más el jazz, pero el problema es que me desvela...

Me cuesta levantarme temprano en la mañana, más que todo; cómo sufro, de

verdad... el término «trotar» suena exagerado, pero no me resulta tan pesado correr unos cuantos kilómetros... Al levantarme y vestirme... qué sufrimiento tan terrible... tengo que soportar el sueño y el frío... Ya estoy añorando la llegada del verano... qué pereza...

Y qué importa..., me gusta lo que hago, eso es todo. Aunque a veces me parece odioso, en el fondo me gusta, sabes. Si uno lo odiara en serio, no volvería a practicarlo después de haber recibido tantos golpes fuertes. Hay algo que me atrae. Para empezar, es tajante; todo es blanco o negro y puedes definir lo que significa vivir con claridad, ¿no te parece?

¡Jab, jab, jab, jab!

Jab, al fin y al cabo. Disparando el jab, me puedo serenar. Confío en mi golpe directo. Con el jab provocho al contrincante, así.

Jab, jab, jab, jab

¡Upper directo!

¿Qué hora es?

Bueno, la pelea comenzará pronto... qué fastidio... casi no lo aguanto...

¿Ves que compré medias rojas? El color rojo nos trae buena suerte, dicen, a los que nacimos en agosto... ¿Sabes que nací en agosto?... El color rojo es para los que cumplimos años en agosto. Por eso compré estas medias rojas... ¿Cómo?... ¿Color blanco?... ¿En serio? Pero usted no nació en agosto, ¿verdad?... Qué malvado es... deje de tomarme el pelo... Qué extraño... ¿las medias rojas no surtirán efecto?...

... Pero estoy en buenas condiciones físicas. He tenido mucha suerte estos días. ¿Vio que me tocó «Suerte inesperada»? Y de noche duermo como un tronco. Ayer me dolía tanto el cuerpo a la hora del masaje que llegué a pensar que se me habían petrificado los músculos, pero después de haber dormido bien, amanecí como un resucitado, como si nada. Será en virtud de la experiencia. Mire con qué agilidad estoy moviendo los brazos en el boxeo de sombras... La victoria es mía, estoy segurísimo. La lesión en el brazo se me curará por completo al comenzar la pelea, ¿no me cree?

Hombre, no voy a perder... Si me derrotan ya estaré fuera de la clasificación...

<Primer round>

... ¡Voy bien! Escuché el pitazo muy cerca de los oídos... Esto quiere decir que estoy tranquilo... La resina de las botas también suena como debe ser... Voy a ganar... Ya van cuatro derrotas consecutivas... Sí, me he esforzado, pese a la lesión del brazo... un esfuerzo casi innecesario... Por más que me digan que descanse, que me cuide más el cuerpo, no puedo calmar la ansiedad... El descanso solo serviría para descalificarme... Qué humillación sería... Una vez descalificado, difícilmente

saldría a flote... sí, casi imposible... con tanta competencia encima...

Uppercut directo
Al centro, al centro, al centro
¿Qué haces?, golpea, hombre
Eso, eso
Adelante, adelante
Uno dos, uppercut

Lo sé, no me molestes... tengo experiencia...

Del décimo al noveno... del noveno al octavo... del octavo al séptimo... del séptimo al sexto... cada vez que subo un puesto en el ranking, derribo cinco enemigos... me lo dijo el maestro... O sea que el campeón ha derribado, a ver, cinco por diez, cincuenta boxeadores en total... Qué bueno ser campeón, pero qué terrible ser uno de los cincuenta derribados... pero si no eres campeón, eres uno de los derribados... A veces me pongo a reflexionar... Del séptimo al octavo... del octavo al noveno... del noveno al décimo... Qué ciclo tan detestable... Ahora solo estoy boxeando para que los demás suban de ranking... ¿por qué será?... ¿Será que carezco de vocación?...

(Gong)
Ahora, respira hondo
Ese golpe al vientre estuvo bien
Pero no te conformes con uno dos
Uno dos tres cuatro
Relájate, pero no te detengas
Luego, hacia arriba
Cuidado con el jab del enemigo
Muévete bien
Con las piernas ágiles
Métete adentro
Y uno dos tres cuatro
Sin parar, luego hacia arriba

<Segundo round>

... De veras creo que hoy tengo suerte. Cambié de trabajo el 18 de febrero... llegué ese día a las 8 en punto a la oficina... Estamos en el año 38, para rematar, ¿no ves?... tres veces el número 8, que es de suerte, indica buen futuro. Soy afortunado.

No perderé... Otra derrota me descalificará...

A la derecha, pásate a la derecha

Ahora, el directo

Date prisa

La derecha, hacia adelante

La derecha, la derecha, la derecha, la derecha

Esquívalo, y al vientre

Bien, bien

Tranquilo, vas ganando

¿Sabes que yo anoto todos los acontecimientos del día en mi cuaderno... todo lo que hago durante la jornada...? Sí, todos los días... no he faltado ni un día, te lo juro... Primero la fecha, las horas que duermo, la hora a la que me levanto, la duración de los ejercicios físicos, los kilómetros que corro, el estado físico... Luego, a ver, cómo diría, la bebida antes del desayuno... té japonés, jugo, leche... también la cantidad y los ingredientes de la comida... Viene otra vez la bebida después del desayuno... Claro, lo que como en la oficina, si acaso pruebo algo... Sigue el almuerzo acompañado de alguna bebida... y cuando estoy muy cansado, duermo la siesta... Todo esto lo anoto... todo lo que como y bebo... Luego entro al entrenamiento técnico...

Apunto también la hora de salida de la oficina y la de entrada al gimnasio... el peso según la báscula... En general, comienzo con el boxeo de sombra... y el sparring... claro, sin olvidar el nombre del contrincante... Continúo con el costal... otra vez el boxeo de sombra... tengo que recordar cuántas veces lo hice... la pera... los saltos de la comba, los ejercicios de los músculos abdominales, de contracción y estiramiento, etc. De todo esto anoto cuánto hice... A ver, a ver... el baño, quiero decir, la ducha... la báscula otra vez para terminar, y la hora de salida del gimnasio... La bebida, la cena, la bebida de nuevo... Si acaso pruebo algo más, también lo anoto sin falta... la hora de acostarme... el masaje, si me lo hacen... las vitaminas que tomo... y una que otra observación general...

Todo esto lo apunto en mi cuaderno... te lo juro, todos los días... solo para mí... ya que a nadie más le sirve... Bien sabes que la pelea comienza antes de subir al ring... En realidad, uno pelea todos los días... es indispensable la disciplina para superar a los demás...

No me dejaré vencer después de haber hecho todos estos esfuerzos... me he entrenado con una rigurosidad espartana...

(Gong)

Te sale bien el jab
Mejor que en el primer round
Ahora sí es más certero
¿Comprendes?
Ahora, respira hondo, uno dos tres
O.K.
¿Me escuchas?
¿De veras?
No te acerques por el lado izquierdo
De la derecha, de la derecha
Abanicas porque vas a la izquierda
Eso sí está mal, ¿sabes?
De la derecha, del interior
Y no del exterior
De la derecha, del interior, ¿me entendiste?
Muévete bien para meterte adentro

<Tercer round>

Eso, a la derecha
Un uppercut Dale un jab, otro
Anímate
Un jab corto, otro corto
Demasiado grande
Más corto, más, más
Ahora a la derecha, métete adentro
Relájate un poco
La izquierda
Ahora al vientre

Carajo, la caída se acelera sin freno... a pesar de que conté treinta patrones en mi mejor momento, ahora solo me quedan siete, dicen... En la oficina ya me siento incómodo... «Deseamos de todo corazón que sigas haciendo esfuerzos hasta ganar el glorioso título de campeón», me han dicho... Qué ingenuidad... Solo uno entre cincuenta llega a ser el campeón... Sin esos cincuenta derrotados no existiría tampoco el campeón... me deberían agradecer por eso... Qué ridiculez...

Es extraño, ahora me pesan más los brazos; cuidado, se me ha caído la defensa... Ayer me dolieron muchísimo durante el masaje... ¿Será que ya no hay esperanza?... No, ya no quiero pelear contra este hombre que golpea tan fuerte... Debo esquivarlo

con el juego de piernas antes de que me deje molido... o con un daño en la lengua, así ni podré trabajar en la oficina...

Ay, qué terrible es la caída en el mundo del boxeo... Es como estar colgando de un paracaídas perforado... al agarrarlo con las manos, solo sientes un alivio ilusorio y, en realidad, es lo mismo que soltarlo... Campeón... bueno, es veloz también la caída de un campeón... quizá más que la de un boxeador común... Detrás del campeón se ve el barranco más abrupto... ¿Verdad que sí?... Te precipitas acá o te precipitas allá: es la única diferencia si de todas maneras caes al abismo... Qué tristeza...

<Cuarto round: a dos minutos con dieciséis segundos>

... A ver, ¿dónde estoy? ¿Será que me quedé dormido? Me siento como en el fondo de un río. Mira, pasan muchos peces aquí arriba...

¿Cuatro? ¿Cuatro, dijo?... No se oye nada, porque habla en voz muy baja... ¿O sea que me han tumbado?... Ya veo, siento el olor de la colchoneta... Tranquilo, todavía hay tiempo... ¿Cuatro, verdad?... No te preocupes, todavía me faltan seis segundos...

Claro, me he excedido en el entrenamiento... un boxeador clasificado cuando está de capa caída es muy solicitado entre los jóvenes que van en ascenso... pues sirve de peldaño para la promoción... y le sobran ofertas... Yo mismo me fijaba en aquellos boxeadores menguados al iniciar la carrera... A propósito, ¿cómo se llamaba ese boxeador?... El que peleó conmigo cuando yo estaba recién clasificado... Nunca más lo he vuelto a ver... Ya no seguirá activo...

Ya me pararé...

No, mejor descanso un poco más. Apenas va por cuatro, ¿verdad? Me quedan nada menos que seis segundos. Ahora mismo me pararía si lo deseara; me incorporaré primero sobre el codo derecho, así, y luego retiraré la pierna derecha para desplazar el peso hacia la rodilla izquierda. Y listo.

Qué bonito... el cielo azul, pero es un azul celeste auténtico... ¿Pero por qué veo el cielo?... ¿Habrá algún resquicio en la bóveda?... Qué pereza... me da pereza pensar en la bóveda... bien... a mí qué me importa...

¡Ahora sí que me levanto! Lo esquivaré con el juego de piernas para darle un golpe por encima del ojo izquierdo. Esa herida todavía no está bien cicatrizada. Apenas estamos en el cuarto round... con una caída no pierdo nada... Yo tengo más experiencia que él, hombre... esto no es nada... lo voy a inmovilizar con mis jabs... ¡Ya me levanto!

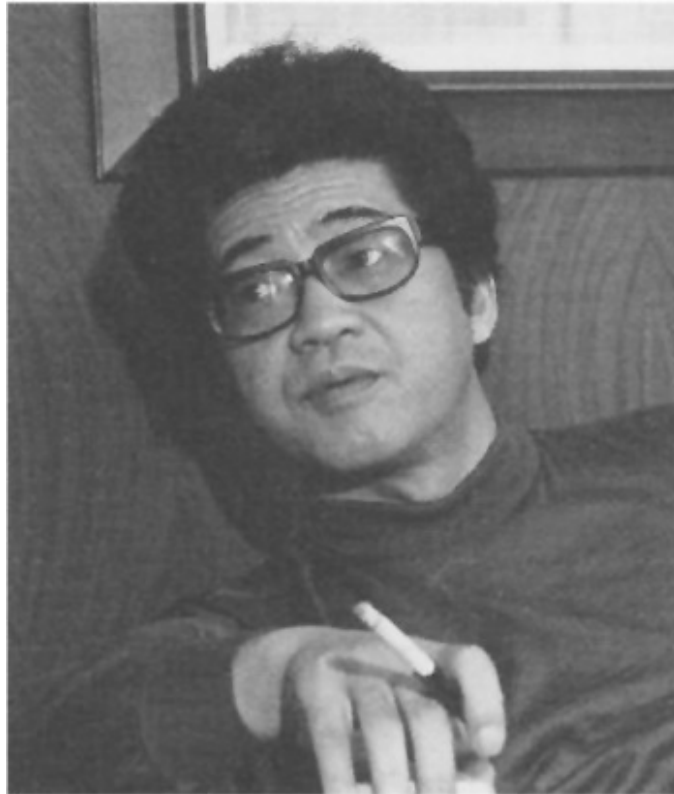
Incorporarme sobre el codo derecho... retirar la pierna izquierda... desplazar el peso hacia la rodilla izquierda...

Qué extraño... Me siento como si estuviera dividido en dos, como si fuera dos personas... Ya estoy de pie, ¿verdad?... ¿Dónde está el ring?... Qué ruidoso... ¡Tanto ruido me vuelve loco!...

Ya, ya, claro...

Estas medias rojas, recién estrenadas, no me sirvieron de nada... sí, lo sé... un hombre como yo está destinado a avanzar sobre el camino prohibido... Cuatro años y seis meses después... he vuelto al punto de partida... En casa me hartaré de comida... comeré hasta más no poder, ya olvidándome del cuaderno... También fumaré y beberé... me comeré una fuente entera de gelatina... me dedicaré a hacer todo lo que no he podido... te lo juro, porque me he disciplinado en exceso...

¡Cómo me duele la cabeza! Carajo, tanto dolor no me dejará dormir un par de días... Ay, me duele... voy a explotar... Auxíliame, por favor, te lo suplico...



Kôbô Abe, novelista y dramaturgo japonés, nació en Tokio (1924), pero pronto se estableció en Mukden (actualmente Shenyang), en Manchuria, donde su padre ejercía la medicina. Esta tierra de nadie, lejos de Japón, tuvo una influencia considerable en Abe. En su infancia mostró interés, entre otras cosas, por la entomología y la literatura de Franz Kafka. Regresó a Japón en 1941 y se matriculó en la facultad de Medicina de la Universidad de Tokio en 1943, pero se trasladó de nuevo a Manchuria para esperar el fin de la II Guerra Mundial, momento en que fue repatriado. Acabó la carrera en 1948; un año antes se había financiado él mismo la publicación de un libro de poemas. Ese mismo año irrumpe en el panorama literario con *La señal de tráfico al final de la calle*. Tras una breve etapa como dramaturgo marxista, estableció un estilo característico, absurdo y kafkiano, poblado por personajes alienados atrapados en situaciones estrambóticas, vagamente simbólicas, a menudo inspiradas en las novelas policíacas, la ciencia ficción y otros géneros populares. Con *El crimen de S. Karma* (1951) obtuvo el Premio Akutagawa. *Edad del hielo 4* (1959) abundaba en las catástrofes ecológicas; *La mujer de la arena* (1962), que gira en torno a un entomólogo aficionado atrapado por una extraña comunidad costera, se convirtió en una película de fama internacional. *El rostro ajeno* (1964) relata la lucha de un hombre con el rostro desfigurado por recuperar una identidad social, y *El hombre caja* (1973) presenta a un héroe que se retira a una caja de cartón. Otras novelas importantes de Abe son *El mapa en ruinas* (1967) y *Encuentro secreto* (1977). Kôbô Abe mantuvo su propia compañía de teatro en Tokio con obras como *Vosotros*

también sois culpables (1964) o *Amigos* (1967), además de escribir para la televisión y otros medios. Falleció en 1993.